

LOS PAPAS DE LA EDAD MODERNA
(1447-1799)

por MAXIMILIANO BARRIO
Profesor Titular de Historia Moderna.
Universidad de Valladolid

Nicolás V (6 marzo 1447 - 24 marzo 1455)

Personalidad y carrera eclesiástica. Tomás Parentucelli nació en Sarzana el 15 de noviembre de 1397. Estudió artes en la Universidad de Bolonia, pero al no disponer de recursos económicos se trasladó a Florencia, donde trabajó como preceptor en la casa de Palla Stronzzi. Volvió a Bolonia, se licenció en teología y entró al servicio de Nicolás Albergati, obispo de la ciudad y cardenal, a quien acompañó en sus misiones diplomáticas. Muerto Albergati, Eugenio IV le nombró vicecamarlengo (1443) y al año siguiente obispo de Bolonia. Desempeñó dos misiones diplomáticas en Alemania y, en premio, recibió el capelo cardenalicio en 1466. A la muerte de Eugenio IV el cónclave se volvió a reunir en Santa María sopra Minerva de Roma y, de forma inesperada, la rivalidad tradicional entre los Colonna y los Orsini impidió la elección de Prospero Colonna y facilitó la de Tomás Parentucelli. Elegido papa el 6 de marzo de 1447, fue coronado el 19 del mismo mes y tomó el nombre de Nicolás en recuerdo de su protector, el cardenal Albergati. Eneas Silvio Piccolomini (*Opera quae extant*, Basilea, 1551), que más tarde sería papa, trazó este retrato de Nicolás V:

Tuvo una estima excesiva de sí mismo y quiso hacerlo todo por sí. Creía que nada podía hacerse bien, si él no intervenía personalmente. Amaba los libros bien hechos y los vestidos preciosos. Fue amigo de sus amigos, aunque no hubo nadie al que no hubiera irritado alguna vez. Se vengaba de las injurias y no las olvidaba.

Primera etapa del pontificado. Buen diplomático, consiguió poner fin al cisma con la definitiva disolución del Concilio de Basilea y la abdicación del antipapa Félix V. La conclusión del período conciliarista estuvo precedida de una laboriosa acción diplomática para conseguir que el emperador Federico III (1440-1493) volviera a la obediencia romana. Las negociaciones concluyeron con la firma del concordato de Viena el 17 de febrero de 1448, ratificado en Roma el 19 de marzo (A. Mercati, *Raccolta dei Concordati*, Roma, 1919, I, pp. 177-85). Este concordato, que formalmente estuvo en vigor hasta 1803, so-

lucionó en parte el espinoso problema de la cuestión benefical. El papa se aseguraba la provisión de todos los beneficios ya reservados a la Santa Sede por las anteriores constituciones de Juan XXII y Benedicto XII, y respetaba el derecho de presentación de los obispos y abades, nombrados mediante libre elección, aunque se reservaba el derecho de revocación si la elección no se realizaba de acuerdo con las disposiciones canónicas.

También se esforzó por conseguir que Francia reconociese los derechos de la Santa Sede, menoscabados por el movimiento conciliarista, y aunque Carlos VII (1422-1461) no quiso revocar la pragmática sanción de Bourges (N. Valois, *Histoire de la Pragmatique Sanction de Bourges sous Charles VII*, París, 1906), se avino a reconocerle como legítimo papa en el verano de 1448.

La abdicación del antipapa Félix V el 7 de abril de 1449 y la disolución espontánea del concilio, que se había trasladado a Lausana por causa de la peste, el 25 de abril de 1449, después de haber reconocido a Nicolás V como el único papa legítimo, puso fin al cisma. Al antipapa dimisionario le concedió grandes honores: fue nombrado cardenal del título de Santa Sabina y legado apostólico perpetuo en Saboya. El último antipapa de la historia murió en Ginebra el 7 de enero de 1451. Para borrar las huellas del pasado, Nicolás V publicó tres bulas: en la primera revocó las censuras fulminadas contra los que se habían adherido al Concilio de Basilea, y en las dos restantes confirmó las provisiones beneficales hechas por el concilio e incorporó a los cardenales creados por el antipapa Félix V al sacro colegio.

Restaurada la paz de la cristiandad, celebró jubileo el año 1450 con gran concurrencia de peregrinos, que puso de manifiesto el poder espiritual del papa y contribuyó a la recuperación de las finanzas pontificias. Dice Vespasiano de Biticci (A. Mai, *Spicilegium romanum*, I, p. 48) que «la Sede Apostólica ganó sumas enormes de dinero; por lo cual comenzó el papa a construir edificios en varios lugares y a encargar la compra de libros griegos y latinos donde fuera posible, sin mirar el precio; contrató a muchísimos copistas, de los más excelentes, para que continuamente transcribiesen los códices». Entre las celebraciones de este año hay que resaltar la canonización del franciscano san Bernardino de Siena (1380-1444), que como gran predicador popular y reformador de la orden había merecido también la alta estima de Eugenio IV.

Preocupado por la reforma de las costumbres y el restablecimiento de la autoridad pontificia, Nicolás V envió legados pontificios a diferentes países europeos: Nicolás de Cusa (1401-1464) recorrió Alemania y Bohemia y, al menos en parte, consiguió reformar las costumbres del clero alemán, eliminando la simonía y el concubinato, y restablecer la disciplina y la obediencia en los monasterios; san Juan de Capistrano (1386-1456) viajó por Austria, Baviera, Turingia y Sajonia, pero no obtuvo frutos duraderos; y el cardenal Guillermo d'Estouteville marchó a Francia con el objetivo de conseguir abrogar o al menos suavizar la pragmática sanción, pero no tuvo éxito, porque la asamblea del clero francés, reunida en Bourges en julio de 1452, se adhirió en gran parte a la pragmática con gran satisfacción de Carlos VII. La autoridad pontificia, sin embar-

go, vio afianzar su poder con la coronación del emperador Federico III en Roma el año 1452. Ésta fue la última coronación imperial que vivió Roma y la primera de un Habsburgo.

La caída de Constantinopla. Al año siguiente se cernió sobre la cristiandad la desgracia de la caída de Constantinopla en poder de los turcos. Como el último emperador de Bizancio, Constantino XII (1448-1453), tardase en publicar el decreto de unión de la Iglesia griega con la romana, Nicolás V le amonestó el 11 de octubre de 1451 y le exhortó a cumplir lo prometido en Florencia en 1439. El emperador se mostró dispuesto a aceptar la unión y el papa le envió como legado al cardenal de Kiev. El 12 de diciembre de 1452 se proclamó la unión oficial de las dos Iglesias en la basílica de Santa Sofía, pero el pueblo y los monjes no se adhirieron a ella. Entre tanto, el sultán Mohamed II (1451-1481) continuó cerrando el cerco de Constantinopla, que cayó el 29 de mayo de 1453. Como la sede patriarcal estaba vacante, nombró patriarca al monje Genadio, radical antiunionista, y así se acabó de consumir la definitiva separación de la Iglesia romana.

Desde el momento de la caída de Constantinopla, los papas se preocuparon por unir a las naciones cristianas para organizar la cruzada contra los turcos. Nicolás V dirigió a todos los príncipes el 30 de septiembre de 1453 un férvido llamamiento a la cruzada contra Mohamed, «precursor del anticristo». Los reyes en general prestaron oídos sordos. Sólo el de Portugal, Alfonso V (1438-1481), hizo preparativos militares serios, pero en la práctica no se hizo nada.

Nicolás V se propuso unir por lo menos a los italianos y a este fin envió legados a Nápoles, Florencia, Milán y Venecia, y congregó en Roma a los embajadores de los principales Estados peninsulares. No consiguió nada, pero lo que no se obtuvo en Roma se logró al menos parcialmente en la paz de Lodi (9 abril 1454) por un acuerdo entre Venecia y Milán. El 30 de agosto, Venecia, Milán y Florencia firmaron una liga defensiva para veinticinco años, y en esta liga entraron finalmente Nicolás V y el rey de Nápoles, Alfonso de Aragón (1442-1458). Esta liga itálica, que se ponía oficialmente bajo la protección del papa, fue promulgada solemnemente en Roma el 2 de marzo de 1455 y aseguró por algunos años el pacífico equilibrio de los Estados italianos, aunque nada hizo contra el turco.

La política pontificia y el mecenazgo. Ya hemos dicho que Portugal fue el único reino donde se predicó con éxito la cruzada. Su rey aparejó una armada con respetable ejército y Nicolás V correspondió aumentando los privilegios a la corona portuguesa en su lucha contra los musulmanes del norte de África y otros infieles. Por la bula *Dum diversas* (18 junio 1452) autorizó al rey Alfonso hacer la guerra a los musulmanes y otros infieles, y le exhortó a conquistar las tierras de los enemigos de Cristo. Pero la bula más trascendental fue la *Romanas Pontifex* (8 enero 1455), en la que concedió al rey portugués y a sus sucesores la posesión y dominio de todas las islas, puertos, mares, provincias que habían ocupado, desde los cabos de Bojador y Nam, con toda la Guinea, hasta las tierras más meridionales de África; todo para la propagación de la fe.

En el problema de la rivalidad castellano-portuguesa, la bula *Romanas Pontifex* constituye un hito fundamental, y como además viene a coincidir con fracaso de las gestiones del infante Enrique (1394-1460) para obtener la soberanía de las Canarias, resulta que el año 1454 señala de hecho un deslinde inicial de las zonas de expansión correspondientes a Portugal y Castilla, y, como dice Pérez Embid (*Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano portuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*, Sevilla, 1948, p. 164), «de derecho marca el de la corona lusitana sobre toda la costa de África a partir del cabo de la Nao».

Por lo que se refiere a la política pontificia, Nicolás V confirmó los acuerdos firmados por Eugenio IV con el rey de Nápoles y trató de ganarse su favor reconociendo sus pretensiones sobre los beneficios eclesiásticos y librándole de las tradicionales prestaciones y actos de homenaje a que estaba obligado en calidad de vasallo de la Santa Sede. En realidad, toda la política en materia benéfica y fiscal de Nicolás V consistió en una revisión de las pretensiones pontificias en favor de los príncipes, a cambio de que prestaran su apoyo a la política temporal del papado.

Nicolás V proyectó en Roma un gran programa urbanístico, que sólo pudo realizar en una pequeña parte. La Biblioteca Vaticana bien puede considerarle su fundador por el gran número de manuscritos que adquirió e hizo copiar. Este gran mecenas de las artes, bibliófilo y amante de las letras, murió en Roma el 24 de marzo de 1455 y fue sepultado en la basílica de San Pedro. Fra Angélico le inmortalizó con los frescos de la leyenda de San Lorenzo en la capilla de Nicolás V.

Calixto III (8 abril 1455 - 6 agosto 1558)

Personalidad y carrera eclesiástica. Alfonso de Borja nació en Játiva (España) el 31 de diciembre de 1378. Cursó los primeros estudios en Valencia y los continuó en la Universidad de Lérida, donde se doctoró en ambos derechos, adquiriendo después la cátedra de cánones y una canonjía en la catedral. Su fama de buen jurista y de hombre recto indujo al rey de Aragón, Alfonso V (1416-1458), a nombrarle consejero suyo. Sus buenos oficios consiguieron la renuncia de Gil Muñoz, elegido antipapa a la muerte de Benedicto XIII, y la reconciliación de Alfonso V con el papa Martín V, que apoyaba a Luis de Anjou como candidato a la sucesión del reino de Nápoles. Martín V premió a Alfonso de Borja nombrándole obispo de Valencia en 1429. Fiel al papa de Roma, rehusó asistir en representación de Alfonso V al Concilio de Basilea (1431-1449) y consiguió reconciliar al papa Eugenio IV con Alfonso V en 1443. En recompensa de sus servicios, el papa le nombró cardenal en 1443 y se trasladó a Roma, distinguiéndose por su preparación jurídica, por sus costumbres austeras y religiosidad.

A la muerte de Nicolás V los cardenales, a causa de las rivalidades entre los Colonna y los Orsini, no consiguieron ponerse de acuerdo sobre ninguno de los grandes favoritos y optaron por un papa de transición, y el 8 de abril de 1455

eligieron a Alfonso de Borja, que ya tenía setenta años, y tomó el nombre de Calixto III.

La actividad política y religiosa. El gran objetivo de Calixto III fue organizar una cruzada para luchar contra los turcos. Envío predicadores a todos los reinos cristianos, pero la mayor parte de los Estados se mostraron poco interesados. El cardenal Juan de Carvajal (L. G. Canedo, *Un español al servicio de la Santa Sede, Juan de Carvajal*, Madrid, 1947), su legado en el Imperio y en el reino de Hungría, obtuvo el apoyo del emperador Federico III y del rey de Hungría y Bohemia, Ladislao V. El ex regente de Hungría Juan Hunyadi, con la ayuda del gran predicador de la cruzada Juan de Capistrano, obligó a los turcos a levantar el cerco de Belgrado (1456), que el papa quiso conmemorar instituyendo la fiesta de la Transfiguración el 6 de agosto. La oposición de los príncipes y prelados de Alemania, que consideraban la imposición de décimas para la guerra como un desafuero contra la nación germánica, llevó a Calixto III a apoyarse sobre todo en el príncipe de Albania, Jorge Skanderbeg (1443-1468), y en el rey de Nápoles, Alfonso V de Aragón. Derrotada la flota turca en Metelino por la armada pontificio-aragonesa, dirigida por el cardenal Scarampo, y vencido el ejército otomano por Skanderbeg en Tomorzina (1457), el papa se alió con Esteban Tomás, rey de Bosnia, y con Matías Corvino (Hunyadi), nuevo rey de Hungría (1458-1490), pues se convenció de que el apoyo sólo podría venir de las naciones más amenazadas por los turcos, dada la escasa ayuda que se podía esperar de Alemania, Borgoña, Francia, Castilla o Portugal. El papa tuvo que conformarse con sus propios medios y la ayuda, no siempre desinteresada, del rey de Nápoles, del emperador Federico III y del rey de Hungría.

Calixto III también se preocupó de mantener la paz y concordia entre los príncipes italianos, de acuerdo con el tratado de Lodi de 1454. Se opuso a los proyectos de su antiguo protector Alfonso V, rey de Aragón, Nápoles y Sicilia, que pretendía heredar el señorío de Milán a la muerte de Felipe María Visconti, y apoyó la sucesión de Francisco Sforza (1450-1466).

La preocupación por la cruzada le impidió ocuparse a fondo de la reforma de la Iglesia, que hubiera tenido que comenzar por Roma. Hombre austero y profundamente religioso, tanto en su vida privada como en su política europea, cayó, en cambio, en un abuso del tiempo, el nepotismo, que ensombreció su pontificado, sin olvidar que el nepotismo era una práctica normal de los papas de estos siglos. Es cierto que la animadversión de muchos romanos hacia un papa extranjero le obligó a apoyarse en gentes de su absoluta confianza. Pero ello no basta para justificar el excesivo número de valencianos, catalanes y aragoneses en puestos claves y en cargos secundarios de la curia romana (J. Rius Serra, *Catalanes y aragoneses en la corte de Calixto III*, Barcelona, 1948). Tal favoritismo no hizo sino aumentar la tensión con los italianos, y más con los romanos. Dos sobrinos fueron creados cardenales en 1456: Rodrigo de Borja (futuro Alejandro VI), obispo de Gerona, Oviedo y Valencia, y vicescanciller de la Iglesia, y Juan Luis de Milá, obispo de Segorbe; y Pedro Luis de Borja, hermano de Rodrigo, fue designado capitán general de la Iglesia.

Calixto III propició la revisión del proceso de Juana de Arco (1412-1431), a la que se declaró inocente; beatificó a san Vicente Ferrer y a santa Rosa de Viterbo. No fue un papa humanista del estilo de Nicolás V, pero recompensó a algunos de los grandes humanistas: a Lorenzo Valla (1405-1457) le nombró secretario pontificio y canónigo de San Juan de Letrán, y a Eneas Silvio Piccolomini, futuro Pío II, le concedió la púrpura cardenalicia.

Murió en Roma el 6 de agosto de 1458, día de la fiesta de la Transfiguración, que él mismo había instituido para conmemorar la victoria de Belgrado. Fue sepultado en la rotonda de San Andrés, al lado de la basílica de San Pedro, y en 1610 fue trasladado a Santa María de Montserrat, iglesia nacional de la corona de Aragón en Roma.

Pío II (19 agosto 1458 - 15 agosto 1464)

Personalidad y carrera eclesiástica. Eneas Silvio Piccolomini nació en Corsignano, Siena, el 18 de octubre de 1405. Hijo de Silvio Piccolomini y de Victoria Forteguerra, nobles empobrecidos, cursó estudios de derecho en Siena, aunque desde joven se sintió atraído por la cultura humanista. En 1432 dejó los estudios y se puso al servicio del cardenal Caprancia, al que acompañó al Concilio de Basilea; después sirvió a Nicolás Albergati, al que acompañó a Borgoña para firmar la paz de Arras (1435), y fue enviado a Escocia con una misión ante el rey Jacobo I (1406-1437). Vuelto a Basilea, llamó la atención de los sinodales por sus grandes dotes de elocuencia y su formación humanista. Después de la deposición de Eugenio IV y la elección del antipapa Félix V, Eneas Silvio se convirtió en secretario del nuevo antipapa y obtuvo diversos despachos que le acreditaron como delegado del concilio. Enviado a la Dieta de Frankfurt de 1442 entró en contacto con Federico III (1440-1493), que se había declarado neutral en la lucha entre el papa de Roma y el concilio, y le nombró secretario de la cancillería imperial.

Durante su estancia en Alemania, por influjo de los cardenales Cesarini y Carvajal, modificó su postura y se pasó a la obediencia romana, lo que también consiguió del emperador, que en 1445 le envió a Roma con una embajada. En Roma declaró a Eugenio IV su arrepentimiento por haber sido uno de los más firmes defensores del Concilio de Basilea y su deseo de tomar el estado eclesiástico, el papa le absolvió de las censuras y le perdonó, y en 1446 recibió las órdenes sagradas.

Desde aquel momento Eneas modificó su conducta y prestó grandes servicios a la Iglesia romana, consiguiendo el fin de la neutralidad alemana con la firma del concordato de Viena (1448). Nombrado obispo de Trieste por Nicolás V, envió al rector de la Universidad de Colonia una carta de retractación, confesando su error por haber seguido las teorías conciliares y explicando las razones por las que había vuelto a la obediencia romana. Trasladado al obispado de Siena, Fernando III le encargó concertar su matrimonio con Leonor de Portugal y conseguir su coronación imperial, recibiendo a cambio el título de consejero del Imperio. En 1456 Calixto III le creó cardenal del título de Santa

Sabina y ya permaneció al lado del papa como consejero de las relaciones con el Imperio.

En el cónclave que siguió a la muerte de Calixto III, Eneas Silvio fue elegido papa el 19 de agosto de 1464 con el apoyo de los cardenales italianos, y con gran decepción de los franceses que esperaban la nominación del cardenal Es-louteville. El 3 de septiembre recibió la tiara de manos del cardenal Colonna en la basílica vaticana y seguidamente tomó posesión de San Juan de Letrán.

La cruzada contra los turcos. El pontificado de Pío II, como el de su predecesor, estuvo dominado por la cruzada contra los turcos. El año 1459 convocó un congreso en Mantua, en el que se acordó la cruzada, pero no tuvo ningún éxito, porque los príncipes y los señores estaban más preocupados por sus problemas que por la guerra contra los infieles.

En la política italiana llevó a cabo una función mediadora entre los diferentes Estados, aunque la concesión de la investidura del reino de Nápoles a Ferrante de Aragón (1458-1494), que le había apoyado en el cónclave, le enfrentó con Francia, que sostenía las aspiraciones de Juan de Anjou. Pues como dice Combert (*Louis XI et la Saint Siége*, París, 1903), Luis XI de Francia (1461-1483), que había abolido la pragmática sanción de Bourges, con la esperanza de que el papa cambiara su política respecto a Nápoles, sin restablecer oficialmente la pragmática promulgó una serie de ordenanzas «para la restauración y defensa de las libertades galicanas contra las usurpaciones romanas».

En el ámbito de la disciplina eclesiástica promulgó varias disposiciones. En primer lugar, a fin de extirpar la doctrina conciliarista que subvertía el orden constitucional de la Iglesia, al defender la superioridad del concilio sobre el papa, prohibió apelar las sentencias del pontífice al futuro concilio, imponiendo a los apelantes la pena de excomunión (1459); en segundo lugar, rescindió todo lo que él mismo había hecho contra Eugenio IV en el Concilio de Basilea (1463); y en tercer lugar, abrogó los convenios firmados en 1436 entre los husitas y los legados del Concilio de Basilea, por los que se había concedido a los seglares de Bohemia el derecho de comulgar bajo las dos especies, de donde les vino la denominación de «utraquistas».

Ante el avance de los turcos, el año 1464 Pío II asumió personalmente la cruzada, esperando que los príncipes cristianos se avergonzarían de permanecer en casa, «cuando vieran marchar a la guerra a su maestro y padre, al obispo de Roma y representante de Cristo, un anciano enfermo y débil». Pero el papa se vio defraudado. Cuando llegó a Ancona, donde los cruzados tenían que congregarse, no encontró más que una chusma desarrapada. Y en Ancona halló la muerte el día 15 de agosto de 1464. Su cuerpo fue sepultado en la capilla de San Andrés en San Pedro, pero en 1614 fue trasladado a la iglesia de San Andrea della Valle. Uno de sus nepotes, el cardenal Tedeschini Piccolomini, que sería más tarde Pío III, mandó pintar al Pinturicchio (1454-1513) por los años 1502-1508 la vida de Pío II en la sala de libros corales de la catedral de Siena.

Pío II fue un espejo fiel del Renacimiento: hombre de mundo, diplomático, político y papa, escritor, poeta, humanista y amante de los libros; supo conci-

liar sus intereses privados con la institución que representaba y se sirvió del humanismo para llevar a cabo su acción política y religiosa. Practicó el nepotismo, como su antecesor; fue un fecundo escritor y, junto con Nicolás de Cusa, proyectó una reforma del clero que por la dificultad de los tiempos no se llegó a terminar; canonizó a santa Catalina de Siena (1347-1380) y protegió a los judíos.

Paulo II (30 septiembre 1464 - 26 julio 1471)

Personalidad, carrera eclesiástica y primera etapa del pontificado. Pedro Barbo nació en Venecia el 22 de febrero de 1417. Hijo de Nicolás Barbo y Polixena Condulmieri, hermana de Eugenio IV, rica familia de mercaderes, estaba llamado a seguir la empresa familiar, pero la influencia de su tío le inclinó a la carrera eclesiástica. Estudió artes y fue nombrado protonotario apostólico y arcediano de la catedral de Bolonia. En 1440 fue designado obispo de Cervia y cardenal diácono del título de Santa María la Nueva, que Nicolás V le cambiará en 1451 por el de San Marcos. Tuvo una gran influencia durante los pontificados de Eugenio IV, Nicolás V y Calixto III, que le nombró obispo de Vicenza, para pasar en 1459 al de Padua, al que renunció al año siguiente. Las relaciones con Pío II fueron conflictivas, pero apenas se resintió su popularidad en la curia y en Roma. Muerto Pío II, fue elegido pontífice en el primer escrutinio del cónclave el 30 de agosto de 1464. Escogió el nombre de Paulo II, fue coronado el 16 de septiembre y tomó posesión de San Juan de Letrán con una ceremonia de gran fastuosidad.

Al inicio del cónclave todos los cardenales juraron una capitulación electoral por la que el futuro papa se comprometía a llevar a cabo la reforma de la Iglesia, convocando un concilio en el plazo de tres años. Paulo II, después de consultar a diferentes juristas, presentó al colegio cardenalicio un nuevo pacto que modificaba sustancialmente el anterior y que al final fue aceptado con pocas resistencias.

Siguiendo el ejemplo de sus predecesores se dedicó, en primer lugar, a preparar la cruzada contra los turcos, aunque no consiguió reunir fuerzas suficientes para enfrentarse a las fuerzas de Mohamed II. Concedió una importante ayuda económica al rey de Hungría, último baluarte de la cristiandad, y al príncipe Skanderbert de Albania para la lucha contra el turco, pero con su muerte en enero de 1468 casi toda Albania cayó en manos de los turcos y la cristiandad se vio privada de uno de los principales paladines de la cruzada. El único que podría haber hecho frente a los turcos era el rey Jorge Podiebrady de Bohemia (1458-1471), pero, por sus simpatías hacia los husitas, Pío II abrió un proceso contra él y Paulo II le excomulgó y depuso del reino en 1466. Jorge de Bohemia apeló al concilio general y trató de ganar el apoyo del rey de Francia. El papa pidió al rey de Hungría, Matías Corvino (1458-1490), que declarase la guerra al bohemio y así lo hizo en 1468, aunque las armas fueron favorables a las tropas bohemias y Corvino tuvo que solicitar una tregua. La guerra se reanudó por voluntad de Paulo II y Matías Corvino se hizo proclamar rey de

Bohemia; pero no por ello se solucionó el problema, pues las hostilidades continuaron con mayor dureza y se iniciaron negociaciones con Jorge Podiebrady, que murió el 22 de marzo de 1471 sin haber normalizado sus relaciones con Roma.

En las relaciones con Francia, Paulo II no consiguió ningún resultado positivo, pues Luis XI (1461-1483) utilizó la pragmática sanción de Bourges como un medio de presión y chantaje hacia el pontificado. Mejores fueron las relaciones con el emperador Federico III, que visitó Roma en 1468 para pedir al papa la convocatoria de un concilio en Constanza, aunque sin ningún resultado. En los últimos años de su vida Paulo II trató de acercar la Iglesia ortodoxa rusa a Roma favoreciendo el matrimonio entre Iván III, gran duque de Rusia (1462-1505), con la hija de Tomás Paleólogo, déspota del Peloponeso, que se había refugiado en Roma, donde murió en 1465.

La política italiana. En la política italiana Paulo II se apoyó en Venecia, con la que tuvo algunos enfrentamientos violentos, y en Florencia, abandonando la tradicional alianza con Milán y Nápoles. La inestabilidad italiana se agravó con la muerte de Francisco Sforza en 1466, pues aunque le sucedió su hijo Galeazzo (1466-1476), se creó un nuevo problema de inseguridad en la compleja política italiana. Paulo II consiguió que el año 1470 se firmara una alianza entre los Estados italianos, con la intención de renovar la paz de Lodi, pero fue algo transitorio y su firma se hizo por la emoción que causó la caída de la isla veneciana de Eubea en poder de los turcos.

La tendencia absolutista del nuevo pontífice se manifestó particularmente en la política interna, afirmando la autoridad temporal de la Santa Sede en las relaciones con algunos feudatarios. En 1465 sometió a la familia Anguillara, que pretendía crear una señoría independiente, y se aseguró el control de un vasto territorio que más tarde se extendió al importante centro minero de alumbre de Tolfa. Menos fortuna tuvo con Malatesta, que controlaba Cesana y Rímini, pues si consiguió incorporar la primera ciudad al dominio pontificio, la segunda quedó en poder de Roberto Malatesta (1468-1482), apoyado por Milán, Florencia y Nápoles, aunque reconociéndose vasallo de la Santa Sede.

En Roma promovió la publicación de unas ordenanzas que regulasen las competencias, sobre todo en el ámbito jurídico, entre los administradores municipales y el gobernador pontificio. Estas medidas, orientadas a potenciar el poder municipal, se acompañaron de un importante programa urbanístico en torno al Capitolio, centro de la ciudad comunal, donde el papa había comenzado a construir en 1455, cuando todavía era cardenal, el impresionante palacio de San Marcos (hoy de Venecia), en el que residió de forma estable desde 1466 y reunió importantes colecciones de arte. Paulo II, amante de las fiestas y de las diversiones, se ganó el favor de los romanos con la potenciación de los carnavales, en los que por primera vez se permitió participar a los judíos. Por la bula *Ineffabilis providencia* (1470) estableció el ciclo de los años jubilaes cada 25 años y a partir de 1475 se ha observado este decreto sin interrupción, a excepción del año 1800 por las circunstancias políticas del momento.

Paulo II se atrajo la enemistad de los humanistas al reducir a su primitivo estado al colegio de los «abreviadores apostólicos», en el que trabajaban muchos humanistas, por los abusos simoníacos que allí se cometían, y al suprimir la Academia romana que dirigía Pomponio Leto (1428-1497). Su descontento lo manifestó Bartolomeo Platina (*De vitis pontificum*, Colonia, 1568), presentando a Paulo II como enemigo del arte y de la ciencia, afirmando que «los estudios eruditos de tal manera excitaban su odio y aborrecimiento, que a quienes los seguían los calificaba sin excepción de heréticos». La venganza de Platina contra el papa se vio satisfecha, pues el retrato negativo que trazó de Paulo II como de un bárbaro inculto ha condicionado hasta no hace mucho el juicio de los historiadores. Paulo II murió en Roma el 26 de julio de 1471, a los 53 años de edad, y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Sixto IV (9 agosto 1471 - 13 agosto 1484)

Personalidad y carrera eclesiástica. Francisco della Rovere nació en Abisola, cerca de Savona, el 21 de julio de 1414. Hijo de Leonardo, pequeño comerciante, y de Luchina Monleone, descendiente de la vieja nobleza genovesa. Algunos escritores afirman que era de origen humilde y que fue adoptado por el rico genovés Paulo Riario, que después se uniría con los Della Rovere del Piamonte. A los nueve años entró en el convento de San Francisco de Savona, hizo los primeros estudios, y a los 15 años profesó en la orden franciscana. Después de estudiar en Bolonia, Pavía y Padua, donde se doctoró en teología, enseñó esta disciplina y filosofía en Padua, Bolonia (donde conoció a Besarión, que se convertiría en su amigo y protector), Florencia, Perugia y Siena. La preparación y elocuencia que demostró en el capítulo general que la orden celebró en Genova el año 1434, le permitieron escalar los más altos cargos de gobierno en la orden: procurador general, ministro provincial de la Liguria, vicario general de Italia y en 1464 ministro general de la orden. Nombrado cardenal del título de San Pedro *ad vincula* el 18 de septiembre de 1467, renunció al generalato dos años después. A la muerte de Paulo II, después del cuarto día de cónclave y gracias al apoyo del partido filomilanés, fue elegido papa por su formación teológica, su vida intachable y su capacidad de mediador. Tomó el nombre de Sixto IV y fue coronado el 25 de agosto.

De acuerdo con la capitulación electoral, que preveía continuar la guerra contra los turcos, envió legados a los distintos reinos para organizar la cruzada, pero los príncipes cristianos, empeñados en luchas internas, no escucharon la llamada. La flota organizada con la ayuda de Nápoles y Venecia se limitó a conquistar Esmirna (1472), pero no consiguió frenar el empuje otomano.

Las relaciones con los príncipes católicos y el mecenazgo. Sixto IV tuvo duros enfrentamientos con los reyes de Castilla y Aragón por el problema de las provisiones episcopales de sus reinos, máxime después de la condescendencia que en este punto habían mostrado los pontífices anteriores y los principios establecidos en la concordia de Segovia de 15 de enero de 1475 sobre el nombramiento de prelados. Después de largas negociaciones, se llegó al acuerdo de

3 de julio de 1482, por el que Roma admitió las provisiones propuestas por la reina Isabel (1474-1504). A juicio de Azcona (*La elección y reforma del episcopado español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1960), este acuerdo solucionó cuestiones de hecho pero dejó intacta la cuestión de derecho, pues la Santa Sede no concedió ningún derecho de presentación de obispos. Más éxito tuvieron los Reyes Católicos al obtener de Sixto IV la bula *Exigit sinceræ devotionis* (1 noviembre 1478) que les autorizaba a nombrar inquisidores para vigilar la ortodoxia de los conversos.

Con los Estados italianos trató de mantener una política de alianzas y equilibrios, pero los intereses enfrentados de los príncipes y la actuación intrigante de los nepotes del papa, Juliano della Rovere, Pedro Riario y, después de su muerte, de Jerónimo, hicieron inviable la alianza. El año 1475 se celebró el año jubilar y se restableció la alianza con Ferrante de Nápoles, pero las relaciones entre los Estados italianos empeoraron. Lorenzo de Médicis (1469-1492) pretendía conquistar la Umbría y Romagna, aliándose con Venecia y Milán, y Sixto IV, queriendo destruir a los Médicis y mal aconsejado por Jerónimo Riario y el arzobispo de Pisa, dio su asentimiento a la conspiración de algunas familias florentinas guiadas por los Pazzi contra los Médicis que gobernaban Florencia. Aunque el papa se había opuesto a cualquier derramamiento de sangre, el 28 de abril de 1478 Juliano de Médicis fue asesinado en la catedral durante la misa, pero su hermano Lorenzo escapó al atentado y se vengó de los conspiradores. Con el pretexto de la muerte del arzobispo de Pisa y la prisión del cardenal nepote Sansoni Riario, Sixto IV lanzó la excomunión contra Lorenzo de Médicis y el entredicho contra Florencia. El enfrentamiento con Florencia, a quien apoyó Luis XI de Francia (1461-1483), que amenazó con la convocatoria de un concilio, y la conquista de Otranto por los turcos (1480), obligaron al papa a firmar la paz con los Médicis y revocar todas las censuras.

La figura y la obra de Sixto IV ha sido muy controvertida. Se observa una contradicción en su conducta, sencilla e intachable antes de la elección y después cínica y violenta, quizás por el influjo nefasto de los nepotes. García-Villoslada (*Historia de la Iglesia católica*, III, Madrid, 1960, pp. 393-410) afirma que una de las acusaciones más graves que se le hacen es por el desaforado nepotismo que practicó, cuyo objetivo no era sólo promocionar a su familia, sino transformar el Estado de la Iglesia en un principado, reforzando el poder del papa en un sentido monárquico para convertirse en un soberano absoluto. Roma se transformó en la capital del principado, donde el papa concentró el poder religioso, político y militar, gracias al control del ejército por personas fieles por vínculos familiares o institucionales.

Sixto IV protegió las artes y las letras. La Biblioteca Vaticana vio incrementar considerablemente sus fondos, dotándola de sede y rentas, y abriéndola al público bajo la dirección de Bartolomeo Platina con la bula *Ad decorem militantis Ecclesiae* de 15 de junio de 1475. Hizo importantes obras en Roma, como se puede leer en multitud de inscripciones conmemorativas; restauró el puente Sixto y el hospital de Santo Espíritu, trazó y pavimentó varias calles,

construyó y restauró muchas iglesias y, sobre todo, la capilla Sixtina, decorada, entre otros, por Botticelli, Ghirlandaio, Pinturicchio, el Perugino y Signorelli, que dejaron hermosos frescos representando las figuras de los papas y escenas de la vida de Moisés y de Cristo.

En el ámbito eclesiástico apoyó a los franciscanos y protegió a los mendicantes, intentó reformar a los conventuales, introdujo algunas modificaciones en la Rota, confirmó la orden de los mínimos fundada por san Francisco de Paula, potenció la devoción a la Virgen María y fue demasiado generoso en conceder indulgencias y privilegios. Murió el 13 de agosto de 1484 y fue sepultado en la capilla de la Concepción de la basílica de San Pedro.

Inocencio VIII (29 agosto 1484 - 25 julio 1492)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Bautista Cibo nació en Genova el año 1432. Hijo de Arano Cibo y de Teodorina de Mari, patricia genovesa, pasó su juventud en la corte de Nápoles, en cuya ciudad trabajaba su padre en la administración de la justicia. Antes de entrar en el estado eclesiástico tuvo dos hijos ilegítimos: Teodorina y Francescheto. Estudió en Padua y Roma, y ordenado sacerdote Paulo II le confirió el obispado de Savona en 1467 que, en 1472, cambió por el de Molfetta, cerca de Bari. Gracias a la amistad con el nepote del papa Juliano della Rovere, el futuro Julio II, hizo una rápida carrera en la curia. En 1473 Sixto IV le creó cardenal del título de Santa Sabina, que poco después cambió por el de Santa Cecilia. A la muerte de Sixto IV, mientras se reanudaban en Roma las luchas entre los Orsini, que apoyaban al cardenal Borja, y los Colonna que sostenían a Della Rovere, se reunió el cónclave, y el 29 de abril de 1484 eligió papa al cardenal Cibo, gracias a los manejos de Della Rovere. El nuevo papa tomó el nombre de Inocencio VIII.

Era hombre de elevada estatura, dadivoso y de distinguido porte, indeciso y débil de carácter, pero tan afable que, al decir de Conti (*Le storie de suoi tempi del 1474 al 1510*, Roma, 1880), «nadie se iba descontento de él; acogía a todos con bondad y dulzura, y se mostraba amigo de nobles y plebeyos, de ricos y pobres». Fue dominado por el cardenal Della Rovere, que inspiró gran parte de sus actuaciones políticas.

La política pontificia. Al igual que sus antecesores, quiso organizar una cruzada contra los turcos, pero las discordias entre los príncipes cristianos lo impidieron. Aprovechó los enfrentamientos entre los hijos de Mohamed II y llegó a un acuerdo con el sultán Bayaceto (1481-1512) para retener en prisión al príncipe Hixem, que se había entregado a los cristianos al no poder derrocar a su hermano, recibiendo como recompensa la lanza que se creía había traspasado el costado de Cristo y un tributo anual de 40.000 escudos.

Con los reyes de Castilla y Aragón sólo tuvo un duro enfrentamiento por la provisión del obispado de Sevilla, que finalmente se sustanció a gusto de los monarcas. Después, los reyes consiguieron el privilegio de patronato y de presentación para todos los obispados y beneficios del reino de Granada (13 diciembre 1486), cuya conquista avanzaba con lentitud, pero con seguridad; de tal

manera que cuando llegó a Roma la noticia de la caída de Granada, Inocencio VIII se dirigió procesionalmente a la iglesia de Santiago de la nación española, en plaza Navona, para decir una misa en acción de gracias y dar la bendición papal.

Confirmó al rey de Portugal los derechos que le habían sido concedidos por sus antecesores sobre Guinea y la costa occidental africana. Reconoció a Enrique VII Tudor como rey de Inglaterra (1485-1509), después de la guerra de las Dos Rosas, y aprobó su matrimonio con Isabel de York, hija de Eduardo IV (1461-1483), de cuyo matrimonio nacería Enrique VIII (1509-1547).

Más difíciles fueron sus relaciones con los príncipes italianos y, sobre todo, con Ferrante de Nápoles. El apoyo del papa a los barones napolitanos rebeldes contra el monarca desató la guerra, a la que se unió el rey de Hungría, por su parentesco con el monarca aragonés. El papa solicitó la ayuda francesa y se firmó la paz en septiembre de 1486, pero las relaciones no mejoraron y el papa excomulgó a Ferrante en 1489, ofreciendo el reino de Nápoles a Francia. En enero de 1492, ante la amenaza francesa, el rey se mostró más conciliador y se firmó la paz. Con el fin de romper su aislamiento y sanear las maltrechas finanzas pontificias, Inocencio VIII buscó la alianza de los Médicis. Casó a su hijo Francescheto con Magdalena, hija de Lorenzo de Médicis, con gran pompa en el Vaticano, y nombró cardenal al hijo del mismo, Juan, joven de trece años, ya abundantemente prebendado, y que más tarde sería papa León X.

En el Estado de la Iglesia el papa trató de gobernar apoyándose en las oligarquías locales. La familia Della Rovere continuó manteniendo el control del gobierno de la Iglesia, como había hecho con Sixto IV. Después de duros enfrentamientos, también los Orsini y los Colonna llegaron a un acuerdo que restableció su dominio en las regiones cercanas a Roma a costa del poder papal. Entre tanto la relajación de la curia pontificia continuó. Para hacer frente a los dispendiosos gastos, se recurrió a la venta de los oficios curiales, a incrementar el número de cargos y a aumentar el precio de los existentes.

En el campo religioso hay que recordar la bula *Summis desiderantes affectibus* (5 diciembre 1484), que concedía plenos poderes a la Inquisición para luchar contra la brujería y demás prácticas supersticiosas. El papa también condenó las novecientas tesis *De omni re scibili* que Pico de la Mirándola (1463-1494) extrajo de autores latinos, griegos, judíos y caldeos sobre lógica, moral, física y otras ciencias como contrarias al dogma.

Aunque no fue un gran mecenas de las artes, restauró en Roma muchas iglesias y en el Vaticano construyó un grandioso palacio para los oficiales de la curia. Murió el 25 de julio de 1492 en Roma y su cuerpo fue sepultado en la basílica de San Pedro, en un sepulcro de bronce construido por su nepote cardenal Lorenzo Cibo.

Alejandro VI (10 agosto 1492 - 18 agosto 1503)

Personalidad y carrera eclesiástica. Rodrigo de Borja nació en la localidad valenciana de Játiva (España) hacia el año 1431. Hijo de Jofre e Isabel de Bor-

ja, hermana de Calixto III, con el apoyo de su tío hizo una carrera rápida y brillante. Estudió en Bolonia y se doctoró en derecho canónico en 1456, siendo ya notario apostólico. El 20 de febrero de 1456 su tío le hizo cardenal del título de San Nicolás in carcere y en mayo le nombró vicescanciller de la curia romana, cargo que mantuvo hasta que fue elegido papa. Otros muchos beneficios y dignidades consiguió de su tío y de sus sucesores: obispo de Gerona (1457-58), Valencia (1458-92) y Cartagena (1482-92), los beneficios del obispado de Mallorca (1489-92), etc. Este conjunto de oficios, y sobre todo la Cancillería, le proporcionaron importantes ingresos, y junto con el cardenal francés d'Estouville pasó por ser el cardenal más rico de su tiempo, lo que le permitió llevar un estilo de vida de un príncipe del Renacimiento.

Elegante en sus comportamientos, versado en el derecho y hábil en los negocios políticos y en la administración de la curia, fue víctima de una gran sensualidad y del excesivo amor por los hijos que tuvo de diferentes mujeres. En los años 1462-1471 nacieron Pedro Luis (nombrado por Fernando el Católico duque de Gandía), Jerónima e Isabel de madre desconocida. De Vannozza de Catanei tuvo los cuatro más célebres: César, Juan, Jofre y Lucrecia; siendo papa tuvo a Juan Borja, duque de Camerino, y a Rodrigo, de madre desconocida. Durante algunos años de su pontificado mantuvo relaciones con Julia Farnese, aunque no tuvieron hijos. Sin embargo, no se debe olvidar que sus contemporáneos daban escasa importancia a los comportamientos inmorales de los allos eclesiásticos y al hecho de que tuvieran hijos.

Al inicio del cónclave que siguió a la muerte de Inocencio VIII, los dos cardenales más poderosos, Ascanio Sforza (hermano de Ludovico el Moro) y Juliano della Rovere (nepote de Inocencio VIII) contaban con el apoyo de Ludovico y Ferrante. Pero ninguno de ellos podía tener la mayoría de votos necesaria para alcanzar la tiara, y Ascanio patrocinó y promovió la candidatura de Rodrigo de Borja, que había dado pruebas de gran habilidad política, requisito esencial entonces, cuando Carlos VIII de Francia (1484-1498) se presentaba a la conquista del reino de Nápoles, como heredero de los Anjou. Rodrigo de Borja fue elegido papa el 10 de agosto de 1492 y tomó el nombre de Alejandro VI. El 26 de agosto se celebró la coronación en San Pedro.

La política pontificia. La actividad de Alejandro VI como papa se desarrolló en una triple dirección: su misión pontificia, la política italiana y los intereses familiares. Apenas elegido, declaró que su deseo era procurar la tranquilidad de Italia y la unión de los príncipes cristianos ante el avance turco, siguiendo el ejemplo de Calixto III. En el primer período de su pontificado, hasta 1498, procuró seguir esta línea, aunque quedó limitada al equilibrio italiano y al europeo.

Tras la ruptura de Milán con Florencia y Nápoles, Alejandro VI negoció la formación de la liga de San Marcos (1493) con Venecia y Milán, a la que luego se unieron otros príncipes italianos y vino a reemplazar la ya quebrada liga itálica. La amistad con Milán se reforzó con el matrimonio de Lucrecia con Francisco Sforza, sobrino de Ludovico, y tendía a alejarle de su amistad

ron Carlos VIII, que pretendía la investidura del reino de Nápoles. Pero el papa no se la concedió cuando en agosto de 1493 el embajador extraordinario de Francia la solicitó en nombre de su rey. Para entonces, Alejandro VI ya había trabado lazos de amistad con los dos reyes de la casa real de Aragón, Ferrante de Nápoles y Fernando II de Aragón, que propuso al papa el matrimonio de Juan de Borja, duque de Gandía e hijo del papa, con María Enríquez, prima hermana del rey de Aragón, y comenzaron las negociaciones para la concesión de las bulas alejandrinas. Por lo que respecta a Nápoles, el papa casó a su hijo Jofre Borja con Sancha de Aragón el 7 de mayo de 1494, y al día siguiente el cardenal de Monreal, Juan de Borja, como legado *a latere* coronó a Alfonso II como rey de Nápoles (M. Batllori, *Alejandro VI y la casa real de Aragón*, Madrid, 1958).

Esta toma de posición del papa no bastó para que Carlos VIII desistiese de la empresa contra Nápoles, a la que le incitaba el cardenal Della Rovere que había huido a Francia. Alejandro VI no tuvo más remedio que dejar paso libre a las tropas francesas por los Estados Pontificios y Carlos VIII entró en Roma el 31 de diciembre de 1494. El papa hizo algunas concesiones al rey francés, pero no le otorgó la investidura de Nápoles; salió de Roma y el 31 de marzo de 1495 organizó con el Imperio, España, Venecia y Milán, la Santa Liga contra Carlos VIII, que había ocupado Nápoles. Esta alianza y la oposición que Carlos encontró en aquel reino obligaron al francés a abandonar Italia. En los años siguientes el papa continuó la política de acercamiento a España y Nápoles, y tropas españolas conquistaron la fortaleza de Ostia que pertenecía al cardenal Della Rovere y había quedado en poder de los franceses (9 marzo 1497).

En la noche del 14 al 15 de junio de 1497, el joven duque de Gandía y capitán general de la Iglesia, Juan Borja, fue misteriosamente asesinado y tirado al Tíber, y el papa acosado por el dolor, por la reflexión y por las invectivas de Savonarola (1452-1498) contra los desórdenes del pontificado romano, planeó una reforma de la Iglesia que de haberse puesto en práctica hubiera podido impedir peligros futuros a la Iglesia. Pero la bula de reforma no llegó a publicarse.

En los años 1495-1498 tuvo que hacer frente al conflicto que provocó el dominico Savonarola, prior del convento de San Marcos de Florencia. Apoyado por la facción florentina contraria a los Médicis, pretendía instaurar un Estado teocrático, y en sus sermones designaba a Carlos VIII como el nuevo Ciro que venía a liberar Florencia, Roma y a toda Italia de la corrupción y tiranía de la curia romana. Alejandro VI le prohibió predicar, pero no hizo caso. El 13 de mayo de 1497 fue excomulgado, pero continuó predicando contra la curia romana. Alejandro VI pidió entonces a la Señoría que encarcelara a Savonarola y, una vez arrestado, fue juzgado por comisarios pontificios y condenado. El 23 de mayo de 1498 fue ejecutado por el poder civil (A. Hueriga, *Savonarola. Reformador y profeta*, Madrid, 1978).

Alejandro VI no quería jugar a una sola carta y, en 1498, cuando César Borja renunció al capelo cardenalicio y se secularizó, inició una política francófila. César marchó a Francia y contrajo matrimonio con Carlota Albret, hermana

del rey de Navarra, y el papa declaró nulo el matrimonio de Luis XII (1498-1515) con Juana de Valois, para que se pudiera casar con Ana de Bretaña, que incorporó aquel ducado a la corona francesa. Ante la alianza de Francia y Venecia contra Milán (1499), el papa conservó la neutralidad, pero favoreció apoyó decisivamente las empresas de César Borja para conquistar la Romagna y las Marcas, y le nombró duque de la Romagna. El 25 de junio de 1501 Alejandro VI aceptó el tratado de Granada del año anterior por el que Fernando el Católico y Luis XII se repartían el reino de Nápoles, y César Borja se puso al servicio del rey francés. Probablemente el papa creyó que ésta era la mejor solución para impedir la hegemonía de España o de Francia en Italia. Disgustó a Fernando e Isabel por recibir en Roma a muchos judíos expulsos, pero les favoreció con las bulas alejandrinas y con la concesión del título de reyes católicos. Se apoyó en Luis XII para engrandecer a su hijo César, pero con ello frenó también las ambiciones de España en Italia. La víctima de esta política oscilante fue el reino de Nápoles.

A pesar de su actividad política no abandonó la idea de la cruzada que proyectó al inicio de su pontificado. En marzo de 1499 convocó a los embajadores de los príncipes cristianos para invitarles a la unión frente a los turcos, y en junio de 1500 publicó la bula de cruzada, enviando a todos los países legados y predicadores. Sólo España y Venecia respondieron a la llamada, pero en 1502 Venecia firmó la paz con los turcos y todo terminó.

Gran importancia tuvieron las bulas alejandrinas que el papa concedió a los Reyes Católicos en 1493. Con las bulas *inter coetera* o de donación, concedió a los Reyes Católicos «todas y cada una de las tierras descubiertas o por descubrir, que no se hallen sujetas al dominio actual de algunos señores cristianos», con la obligación de enviar misioneros que instruyeran a los nativos en la doctrina cristiana. Con el breve *Eximiae devotionis sinceritas* les otorgó los mismos privilegios que a los reyes de Portugal, y con la bula *Dudum siquidem* demarcó las tierras descubiertas y por descubrir entre Castilla y Portugal.

La actividad religiosa y el mecenazgo. En el aspecto religioso no pueden tomarse en serio las acusaciones de herejía que le hicieron; al contrario, demostró un auténtico celo por la pureza de la fe, renovó la bula *In coena Domini* contra los herejes, promovió las reformas eclesíásticas en Europa y la propagación de la fe en América, y confirmó la orden de los mínimos fundada por san Francisco de Paula. La celebración del Año Santo de 1500 contribuyó a dar prestigio al pontificado y a hacer ver que la vida privada del papa no estaba reñida con una piedad sincera.

En lo cultural extendió su mecenazgo a los juristas y a los humanistas: Lascaris, Aldo Manuzio, Brandolini, Pomponio Leto, etc. En su tiempo, el Pinturicchio decoró las estancias Borja del Vaticano y Miguel Ángel (1475-1564) esculpió la *Piedad*. Reconstruyó la Universidad de Roma (la Sapienza) y realizó obras notables en el castillo de Sant'Angelo y en la basílica de Santa María la Mayor, construyendo el magnífico artesonado, dorado con el primer oro llegado de América.

Murió el 18 de agosto de 1503. Sepultado provisionalmente en Santa María delle Febri, junto al Vaticano, no llegó a tener el mausoleo que Paulo III (Alejandro Farnese) deseaba se le erigiese en Roma. En 1610 sus restos y los de su tío Calixto III fueron trasladados a Santa María de Montserrat, iglesia de la corona de Aragón en Roma, pero sólo en 1889 se les erigió una tumba en ella.

Pío III (22 septiembre 1503 - 18 octubre 1503)

Francisco Tedeschini Piccolomini nació en Siena el 9 de mayo de 1439. Hijo de Nanni Tedeschini, jurisconsulto, y de Laudomia Piccolomini, hermana de Pío II. Estudió artes y leyes en Ferrara y después se doctoró en derecho canónico en Perugia. Con la subida de su tío al trono pontificio consiguió prebendas y beneficios. A los veinte años fue nombrado obispo de Siena y cardenal diácono del título de San Eustaquio (1460); poco después, legado pontificio en las Marcas y, finalmente, vicario de Roma y de los Estados de la Iglesia cuando el papa salió para Ancona a ponerse al frente de la cruzada (1464). Durante los siguientes pontificados prefirió mantenerse alejado de Roma, aunque desempeñó importantes encargos: en la Dieta de Ratisbona de 1471 y ante Carlos VIII en marcha hacia Nápoles, que no quiso recibirle (1494).

A la muerte de Alejandro VI, como los candidatos favoritos, los cardenales Della Rovere y D'Amboise, no pudieran tener el número de votos necesarios, fue elegido como papa de transición Francisco Tedeschini el 22 de septiembre de 1503 y tomó el nombre de Pío en recuerdo de su tío. Por desgracia, Pío II, que deseaba reformar la Iglesia, celebrar un concilio y organizar la cruzada contra los turcos, sólo gobernó la Iglesia 26 días.

No fue un gran político, y en su prudencia y generosidad algunos quisieron ver debilidad e incapacidad. Amante del arte, fundó en Siena la biblioteca de la catedral, decorada por Pinturicchio con escenas de la vida de Pío II, para recoger sus libros y los de su tío. Murió en Roma el 18 de octubre de 1503 y fue sepultado junto a Pío II en la capilla de San Andrés de la basílica Vaticana, pero en 1614 fue trasladado a la iglesia de San Adrea della Valle.

Julio II (31 octubre 1503 - 21 febrero 1513)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juliano della Rovere nació en Abisola, cerca de Savona, el 5 de diciembre de 1443, y su carrera estuvo ligada a la protección de su tío Sixto IV. Cuando éste ascendió al pontificado, Juliano abrazó el estado eclesiástico y, en seguida, fue nombrado obispo de Carpentras y creado cardenal del título de San Pedro *ad vincola* en el mismo consistorio que su primo Pedro Riario (15 diciembre 1471). En los años sucesivos acumuló numerosas dignidades: los obispados de Lausana (1472), Mesina y Catania (1473), Avignon (1474), Coutance (1476), Viviers (1478), Bolonia (1483), Lodévois (1488), Savona (1499) y Vercelli (1502), y además ricas abadías.

En 1474 hizo su entrada en la vida política. Muerto su primo, el cardenal Riario, con el que rivalizaba, su tío le nombró obispo de Avignon y, en 1476, legado de esta ciudad pontificia. Después de la conjura de los Pazzi contra los

Médicis se desató la guerra entre Florencia y el Estado de la Iglesia, y el papa designó al cardenal Della Rovere legado *a latere* para entablar negociaciones y restablecer la paz. En el pontificado de Inocencio VIII actuó de consejero en la guerra que todavía continuaba entre Ferrante de Nápoles y Roma, y que terminó en mayo de 1492. Al subir al trono pontificio Alejandro VI, el cardenal Della Rovere se pasó a la oposición y así se mantuvo hasta la muerte del papa Borja. Acompañó a Carlos VIII de Francia en su marcha sobre Nápoles e intentó inútilmente deponer al pontífice cuando los franceses entraron en Roma. Cuando el rey francés se retiró de Italia en 1495, Della Rovere se encerró en su legación de Avignon y allí recibió a César Borja cuando éste, nombrado duque de Valentinois, fue a entregar a Luis XII (1498-1515) la dispensa papal para poder casarse con Ana de Bretaña. Después del breve pontificado de Pío III, el cardenal Della Rovere fue elegido papa el 1 de noviembre de 1503. Tomó el nombre de Julio II y fue coronado con gran pompa el 26 de noviembre.

Estadista y mecenas. El principal objetivo de Julio II fue, a juicio de Cloula (*Jules II*, París, 1990), restaurar y consolidar los Estados de la Iglesia. Para ello utilizó de forma sistemática las armas temporales y las espirituales, y cambió de alianzas cuando favorecía sus intereses. De hecho, Julio II más parecía seguir las huellas de un general que las de san Pedro. En 1506 asumió directamente el mando de un ejército para recuperar las ciudades de Perugia y Bolonia, en las que habían impuesto su propio poder los Baglioni y los Bentivoglio, y lo consiguió con el apoyo de las tropas francesas. Y como los venecianos se resistían a devolver las plazas que ocupaban indebidamente en la Romagna, Julio II firmó la Liga de Cambrai (1508) con el emperador Maximiliano I (1493-1519) y Luis XII de Francia. El papa excomulgó a los venecianos y el ejército de la liga los derrotó, obligando a Venecia a restituir al papado todos los territorios usurpados. A fin de no debilitar en exceso a la república de Venecia y para contrarrestar el poder de Francia en la Italia del norte, Julio II cambió de campo, firmó la paz con los venecianos (1510) y concertó una liga con España e Inglaterra contra los franceses y su aliado el duque Alfonso de Ferrara. A los enfrentamientos militares acompañaron los eclesiástico-disciplinares. Luis XII convocó un concilio en Pisa (1511) para condenar al papa (16 mayo 1511) y éste respondió convocando el concilio de Letrán (18 julio 1511). La guerra entre tanto seguía su curso, pero con la adhesión del emperador al Concilio de Letrán (diciembre 1512) la victoria de Julio II parecía total. El concilio, además de condenar a los franceses por promover el conciliábulo de Pisa, ratificó la condena de las prácticas simoníacas que se utilizaran para conseguir votos en los futuros cónclaves, y tomó importantes medidas para la reforma de la Iglesia.

Aunque los monarcas españoles tuvieron serios problemas con Julio II por la política de las provisiones episcopales, gracias al empeño del rey Fernando, les concedió la bula *Universalis Ecclesiae* (28 julio 1507) por la que otorgaba el patronato de las tierras descubiertas y por descubrir en las Indias, que «es la mejor piedra que adorna la corona, la parte más principal del mayorazgo del

reino». El papa otorgó a los reyes y a sus sucesores el derecho a nombrar obispos y a designar a todos los titulares de cualquier tipo de beneficio eclesiástico.

Julio II no sólo fue un estadista, sino también un auténtico mecenas y amante de las artes. Gracias a él se convirtió Roma en el centro del Renacimiento italiano, acogiendo a los mejores artistas. Encargó a Bramante (1444-1513) la construcción de la nueva basílica de San Pedro, «un templo tan grande como ningún otro existiera», que había de sustituir a la vieja basílica vaticana, y el 18 de abril de 1506 se puso la primera piedra, aunque su terminación iba a exigir el esfuerzo de no menos de veinte pontificados. Miguel Ángel (1475-1564) pintó los famosos frescos del techo de la capilla Sixtina y Rafael (1483-1520) los apartamentos pontificios.

Julio II murió el 21 de febrero de 1513 y fue sepultado en San Pedro junto a la tumba de su tío Sixto IV, pero después fue trasladado al mausoleo que había proyectado en la iglesia de San Pedro *ad vincula*. Del gigantesco monumento sepulcral que Miguel Ángel había proyectado, sólo la imponente figura de Moisés le confiere una especial fuerza de atracción, pues «toda la vehemencia violenta y la energía casi sobrehumana del papa Della Rovere, y también el orgullo, el tesón, la naturaleza indomable y el carácter desmesurado, vehemente y apasionado del artista, nos hablan desde esta figura titánica».

León X (11 marzo 1513 - 1 diciembre 1521)

Personalidad y gobierno de los Estados de la Iglesia. Juan de Médicis nació en Florencia el 11 de diciembre de 1475. Hijo segundogénito de Lorenzo el Magnífico y de Clara Orsini, tuvo una esmerada y cuidadosa educación bajo la dirección de Ángel Poliziano. A los siete años recibió la tonsura y, poco después, el cargo de protonotario apostólico; a los trece fue nombrado cardenal por Inocencio VIII y marchó a Pisa a estudiar derecho canónico. La muerte de su padre en 1492 y los desórdenes fomentados por los seguidores de Savonarola contra los Médicis, obligaron al joven cardenal a refugiarse en la corte de Urbino, en compañía de su hermano menor Juliano y de su primo Julio. En 1500 se trasladó a Roma y se estableció en el palacio Madama, residencia de los Médicis en la ciudad. Allí permaneció hasta su elevación al trono pontificio, llevando una vida refinada y apoyando a los artistas.

A la muerte de Julio II, después de un cónclave muy breve, el cardenal Médicis fue elegido papa el 11 de marzo de 1513, a pesar de que sólo contaba 37 años de edad. Tomó el nombre de León X y fue coronado el 21 del mismo mes. En uno de los arcos triunfales que se levantaron con motivo de la solemne toma de posesión de San Juan de Letrán se podía leer: «Antes había imperado Venus, después llegó el turno del dios de la guerra, y ahora llega tu día, soberana Minerva», que aludía evidentemente a los pontificados de Alejandro VI, Julio II y León X. Y, efectivamente, el papa León distribuyó con generosidad principesca sus tesoros en favor de muchos discípulos de Minerva, la diosa de la sabiduría.

Una vez entronizado, León X se preocupó de continuar el concilio lateranense iniciado por su predecesor, que llegó a su fin en marzo de 1517, y concedió el perdón a los cardenales cismáticos, Carvajal y Sanseverino, que habían participado en el conciliábulo de Pisa, reintegrándoles a sus cargos.

Uno de los objetivos del papa fue mantener los Estados de la Iglesia y Florencia al margen de las luchas entre franceses y españoles que se disputaban el dominio en Italia. La antipatía del papa León por Francia era bien conocida, pero el pontífice supo vencerla y entabló negociaciones con Luis XII para restablecer la paz y conseguir que el monarca aceptara el concilio lateranense. La lucha de la liga contra Francia continuó con alternancias hasta la victoria francesa de Marignano (1515), que abrió el camino a la paz y consagró la división de las influencias entre Francia (el norte) y España (el sur); sólo Venecia y los Estados de la Iglesia conservaron una independencia real. El papa tuvo que renunciar a Parma y Piacenza, y por el concordato de 1516 concedió al rey francés el derecho de presentación de todos los beneficios consistoriales del reino, mientras que Francisco I (1515-1547) derogó la pragmática sanción de 1438. El concordato fue ratificado por el concilio lateranense el 19 de diciembre de 1516 y, en opinión de Imbart de la Tour (*Les origines de la Reforme*, II, París, 1909), puso remedio a la anarquía que reinaba en Francia en la provisión de los beneficios.

Por el mismo tiempo, con el pretexto de que el duque de Urbino, Francisco María della Rovere (1508-1516), había traicionado los intereses del papado, León X le privó del ducado y se lo entregó a su sobrino Lorenzo de Médicis, que lo ocupó en agosto de 1516. La decisión fue mal vista entre los cardenales y algunos organizaron un complot para asesinar al papa. La conjura falló y el cardenal Petrucci, su principal artífice, fue ejecutado en julio de 1517; otros, como Sauli y Riario, fueron encarcelados y liberados después de pagar una suma enorme de dinero.

Restablecida la paz en Italia, el papa podía pensar en organizar la cruzada contra los turcos. Envió legados a Inglaterra, Francia, España y el Imperio, pero las buenas perspectivas se vinieron abajo con la muerte del emperador en 1519. La lucha de los reyes de Francia y España por conseguir la corona imperial centró los objetivos del momento. La mayor preocupación de León X era la de mantener el equilibrio entre ambos candidatos e impedir que uno u otro se hiciera con el control de Italia y limitara el poder pontificio.

El papa, preocupado por la composición del sacro colegio, que le parecía sospechosa, a pesar de haber nombrado a cuatro florentinos al inicio de su pontificado, en 1517 designó a 31 nuevos cardenales, cifra muy elevada y sin parangón antes y después de su pontificado. A excepción de los cardenales Tomás Cayetano y Gilberto de Vitervo (Canisio), las demás nominaciones miraban más a contentar a las diferentes facciones de la nobleza romana, a favorecer los intereses de los Médicis y a dar una satisfacción a los soberanos extranjeros. El sacro colegio, tradicionalmente compuesto por 24 miembros, pasó a 46 y constituyó una auténtica corte, pues muchos de sus componentes sólo tenían

de eclesiásticos el título y el nombre. Para hacer frente a los gastos cada vez más crecientes de la corte papal se recurrió a todos los expedientes: aumento de los derechos de cancillería, venta de oficios, indulgencias, etc. A pesar de las denuncias y de las críticas, nada se hizo por cambiar este estilo de vida, ni siquiera las tesis luteranas pudieron con él.

La crisis luterana. En marzo de 1517 el concilio lateranense llegaba a su fin, y el 31 de octubre el profesor de Wittenberg, Martín Lutero (1483-1546), envió 95 tesis en latín a los obispos asistentes solicitando una disputa teológica. El motivo de las tesis de Lutero fue la indulgencia que Julio II había promulgado para la construcción de la basílica de San Pedro, y que León X renovó. Aquellas tesis, que buscaban el diálogo y no la lucha, las hizo imprimir Christoph Scheuerl y pronto circularon por toda Alemania. La inesperada resonancia que obtuvieron demostró hasta qué punto era general el descontento y la irritación por el problema de las indulgencias y otros gravámenes con que la curia romana oprimía a la nación alemana.

En la Dieta de Augsburgo de 1518, el cardenal Cayetano escuchó a Lutero, que apeló a un concilio general. Pero, como tras la muerte del emperador Maximiliano I en enero de 1519, León X quería impedir la elección imperial de Carlos I de España (1516-1556), se mostró complaciente con el príncipe elector Federico el Sabio y paralizó el proceso contra Lutero. Después de la elección de Carlos V, León X reanudó el proceso contra Lutero y el 15 de junio de 1520 emitió la bula en que le amenazaba con la excomunión, pero como Lutero la quemó en Wittenberg, el papa le excomulgó el 3 de enero de 1521. Un alejamiento de la realidad y un funesto sentimiento de seguridad ofuscó al papado, que miró a Lutero con desprecio y con un sentimiento de superioridad, ignorando las posibilidades que se encerraban en aquel nuevo tipo de cristianismo que combatía.

El mecenazgo. El amor que el papa tenía a las letras y a las artes parecía heredado de los Médicis. León X se distinguió por una protección decidida a todas las manifestaciones del Renacimiento, rodeándose de una brillante corte de cultivadores del arte y de las letras, en la que Bembo y Sadoleti ocupaban el cargo de secretarios. Rafael y Miguel Ángel trabajaron para él; continuó la reforma de la Universidad de Roma; se preocupó de restaurar la biblioteca de su padre saqueada por los partidarios de Savonarola, etc. El cansancio y la enfermedad acabaron con la vida del pontífice el primer día de enero de 1521, cuando contaba 46 años de edad. Su muerte suscitó un general concierto de alabanzas por parte de aquellos poetas y escritores que habían sido testigos y beneficiarios de su eximia liberalidad. Pero por un extraño e incomprensible contraste, su cuerpo descansó largo tiempo en un túmulo innoble de la basílica de San Pedro. Paulo III lo mandó trasladar, junto al de Clemente VII, a un mausoleo de mármol situado en el coro de la iglesia romana de Santa María sopra Minerva.

Adriano VI (9 enero 1522 - 14 septiembre 1523)

Personalidad y carrera eclesiástica. Adriano Florensz nació en Utrecht el 2 de marzo de 1459. Hijo de un carpintero, hizo los primeros estudios en la escuela de Utrecht, donde recibió la influencia de la *devotio moderna*, y en 147d se matriculó en la Universidad de Lovaina, doctorándose en teología. En la misma universidad fue profesor y vicescanciller. En 1507 el emperador Maximiliano I le nombró preceptor de su nieto el archiduque Carlos, que por entonces contaba siete años.

En 1515 vino a España en calidad de embajador para hacer valer los derechos del archiduque Carlos a la corona de los Reyes Católicos, sus abuelos, lo que consiguió fácilmente con la ayuda de Jiménez de Cisneros (1436-1517). En 1516 recibió como recompensa el obispado de Tortosa y un año después el capelo cardenalicio. Acompañó a Carlos I en su primer viaje por los reinos de España y, cuando éste marchó a Alemania para recibir la corona imperial, fue nombrado regente y gobernador general de los reinos de España.

El cónclave que siguió a la muerte de León X eligió papa, ante la sorpresa general, al cardenal obispo de Tortosa el 9 de enero de 1522. Adriano de Utrecht, que se hallaba en España, recibió la noticia el 9 de febrero y, después de un mes de reflexión, aceptó el nombramiento y se embarcó para Roma. Llegó a la ciudad eterna el 30 de agosto y al día siguiente fue coronado sin gran concurrencia de pueblo.

El nuevo papa era un hombre culto, piadoso y de costumbres austeras; era un papa reformista como requerían los tiempos. Pero Adriano, justo en razón de su piedad y de su disposición reformista, halló pocas simpatías en Roma. Curiales y literatos se burlaban de él, lanzando contra él todo tipo de calumnias. De este modo, el último papa no italiano hasta 1978 se convirtió en «víctima del sarcasmo romano», según expresión de Burckhardt.

El avance del luteranismo. Los dos objetivos de su pontificado, expuestos en el discurso de entronización, fueron la continuación de la cruzada contra los turcos (lo que suponía la reconciliación de los príncipes cristianos) y la reforma de la Iglesia, en un momento en que el movimiento luterano todavía no había triunfado de forma definitiva. Pero no tuvo éxito. El enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I hizo inviable la cruzada, y los turcos se apoderaron de Belgrado y de la isla de Rodas. Ante el avance del luteranismo, envió como legado a Francisco Chierigati a la Dieta de Nuremberg (1522-1523) para que rogase a los Estados del Imperio que aplicasen el edicto de Worms de 1521 e impidieran la difusión de la doctrina de Lutero, a la vez que hizo una sincera confesión de culpabilidad. En nombre del papa reconoció la culpa de la curia romana en las calamidades que todos lamentaban y afirmó que «todos nosotros, prelados y clérigos, nos hemos apartado del camino de la justicia, y hace ya mucho tiempo que no hay nadie que obre bien» (R. García-Villoslada, *Raíces históricas del luteranismo*, Madrid, 1976, pp. 94-95). Aunque esta confesión tuvo un profundo eco en la conciencia de todos, las pasiones estaban demasiado enfrentadas y el resultado conseguido fue prácticamente nulo, pues los príncipes

exigieron la convocatoria de un concilio en el plazo de un año para abolir los abusos de la Iglesia.

Adriano VI concedió a Carlos I tres privilegios sustanciosos para la corona: la incorporación definitiva de las mesas de las órdenes militares, el patronato y presentación a la iglesia de Pamplona y a todas las restantes iglesias de España. El privilegio sobre los maestrazgos lo había conseguido parcialmente Fernando el Católico en diferentes ocasiones, pero con la bula *Dum intra nostrae mentís* (4 mayo 1523) Adriano VI concedió la incorporación de modo irrevocable y a perpetuidad. La bula *Dum ínter nostrae mentís*, de 14 de abril de 1523, otorgaba el privilegio de patronato y de presentación a la iglesia de Pamplona, y la *Eximiae devotionis affectus* (6 septiembre 1523) la concedía para todas las iglesias metropolitanas, catedrales y monasterios consistoriales de Castilla y Aragón. Este privilegio, sumado a los obtenidos para el reino de Granada y Canarias de Inocencio VIII y para América de Julio II, cerraba el círculo de una de las prerrogativas más singulares concedidas a la corona española en el Antiguo Régimen.

Adriano VI murió el 14 de septiembre de 1523, a la edad de 64 años, después de veinte meses de papado. Sepultado en la iglesia nacional alemana de Santa María del Ánima, en Roma, resultan atinadas las palabras que se leen en su mausoleo: «¡Ay, cuánto importa la época en que se desarrolla la acción del varón más insigne!»

Clemente VII (19 noviembre 1523 - 25 septiembre 1534)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juliano de Médicis nació en Florencia el 26 de mayo de 1478. Hijo natural de Juliano de Médicis, recibió la misma educación que los hijos de Lorenzo el Magnífico, de quien era sobrino. A la sombra de su primo Juan, nombrado cardenal, sufrió la caída del régimen de los Médicis en 1494 y un largo exilio por diferentes países. La restauración de su familia en el poder de Florencia en 1512 y la elevación de su primo Juan al trono pontificio en 1513, le permitió una rápida carrera eclesiástica: en 1513 fue nombrado arzobispo de Florencia y cardenal del título de Santa María in Domnica, y sucesivamente recibió los cargos de legado pontificio en la liga contra los franceses, vicescanciller de la Iglesia romana, legaciones en Toscana, Bolonia y Rávena, etc. Los graves problemas que tuvo en la diócesis de Florencia por la predicación de los discípulos de Savonarola los solventó con la convocatoria de un concilio provincial, defendiendo con energía el poder de los Médicis y de la Santa Sede, cuyos intereses estaban íntimamente unidos.

A la muerte de su primo León X (1 diciembre 1521) tuvo la posibilidad de ser papable, pero la oposición de los cardenales Colonna y Soderini lo impidió. Sin embargo, tras el breve pontificado de Adriano VI, lo consiguió. El cónclave no fue cómodo, pues las facciones filofrancesa e imperial lucharon por imponer sus candidatos. Un mes y medio duró la pugna entre los cardenales Juliano de Médicis y Alejandro Farnese, futuro Paulo III, pero al fin Juliano de Médicis fue elegido papa el 19 de noviembre de 1523 y tomó el nombre de Clemente VII.

Contarini, embajador de Venecia, definió a Clemente VII con estas palabras: «Muestra, sí, deseos de ver eliminados los abusos de la santa Iglesia, pero no lleva a la práctica ninguna idea al respecto ni toma ninguna medida.» De hecho, Clemente VII fue un papa indeciso, titubeante y tímido, que desaprovechó las mejores ocasiones y que acabó teniendo fama de inseguro entre amigos y enemigos. Se enfrentó a Carlos V, un soberano ganado por la idea imperial y que, en consecuencia, también se tomó muy en serio el bienestar de toda la cristiandad.

El saqueo de Roma y la ruptura de la cristiandad. Aunque la situación político-religiosa de la cristiandad no era muy propicia, Clemente VII comenzó su pontificado con buenos augurios. Alfonso del Este prestó juramento por Parma y Reggio, Florencia se sintió más segura con un nuevo papa Médicis, Carlos V se congratuló por su elección y el papa trató con Francia y Venecia para organizar una cruzada. Sin embargo, como el luteranismo se extendía cada vez más en Alemania, Carlos V reclamó la urgencia de convocar un concilio, pero el miedo que había provocado el Concilio de Basilea frenó cualquier paso del papa en esa dirección. Es verdad que se estableció como su futura sede a la ciudad de Trento, pero Clemente VII, para ganar tiempo, anunció la reforma de la curia, condenó la acumulación de beneficios, tomó diferentes medidas para mejorar la administración del patrimonio de san Pedro, cuyas finanzas no atravesaban buen momento a causa de los dispendios de León X, etc.

La lucha entre Francia y el Imperio por el dominio del norte de Italia continuaba, pero la batalla de Pavía (25 febrero 1525), en la que Francisco I cayó prisionero de los imperiales y firmó el tratado de Madrid (13 enero 1526), entregó el dominio de Italia a Carlos V. Sin embargo, para frenar el excesivo poder de los Habsburgo, el papa y Venecia se unieron a Francia, y en mayo de 1526 firmaron la liga de Cognac. La reanudación de la lucha tuvo efectos calamitosos para la Iglesia, pues en la Dieta de Spira (1526) se suspendió prácticamente el edicto de Worms de 1521 y las tropas imperiales arrasaron y saquearon sin piedad la ciudad de Roma durante los días 6-9 de mayo de 1527. Ante la mirada del papa, que poco antes de que los soldados irrumpieran en los aposentos pontificios había conseguido escapar al castillo de Sant'Angelo por el corredor de comunicación, se llevó a cabo un saqueo con todas las crueldades imaginables. Un curial alemán que vivió el acontecimiento refiere que «allí moría sin remedio todo el que se encontraba por las calles, fuera joven o viejo, mujer o varón, fraile o monje». El *sacco di Roma* fue interpretado en general como un castigo de Dios por la vida relajada de la ciudad papal y Alfonso de Valdés [*Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, 1529] lo justificó como un hecho providencial, resposabilizando al papa del suceso. Y esta interpretación será la que, con matices, mantendrán los aliados del emperador.

Con el *sacco di Roma* el fracaso de la política que la Santa Sede venía practicando desde el pontificado de León X, conocida con el nombre de «libertad de Italia», fue total. El papa tuvo que amnistiar a los Colonna, entregar 400.000 ducados y renunciar a Parma, Módena, Civitavecchia y Ostia. En diciembre

Clemente VII consiguió escapar de Roma y refugiarse en Orvieto, pero ya no se unió a la liga de Cognac, aunque Francia continuaba la lucha contra el Imperio, que finalizó con la firma del tratado de Cambrai (3 agosto 1529), y entregaba el dominio del Milanesado a España. Unos meses antes, en junio de 1529, el papa había concertado la paz con el emperador, que se firmó en Barcelona, y en febrero de 1530 Carlos V recibió la corona imperial de manos del papa en la iglesia de San Petronio de Bolonia, que sería la última coronación imperial que un papa iba a realizar. En aquella ocasión el emperador intentó de nuevo, aunque sin éxito, que el papa convocara el concilio. Exhortación que Carlos V volvió a renovar después de la Dieta de Augsburgo de 1530, invocando la amenaza del cisma de Enrique VIII (1509-1547) y la hostilidad de Francisco I.

Clemente VII tuvo que enfrentarse también con el grave problema del cisma de Inglaterra. Enrique VIII, al que León X había distinguido con el título de defensor de la fe, quería anular su matrimonio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y tía del emperador, para casarse con Ana Bolena. Clemente VII se negó, pero el arzobispo de Canterbury declaró válido el nuevo matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena. El papa pronunció la excomunión contra Enrique VIII, que se hizo definitiva en el consistorio de 24 de marzo de 1534, consumándose la ruptura de Roma con la Iglesia de Inglaterra.

Al final de su vida, el indeciso pontífice volvió a bascular hacia Francia. Después de hacer una promoción de cardenales, todos franceses, en octubre de 1533 se encaminó a Marsella para desposar a su sobrina Catalina de Médicis con Enrique de Orléans, hijo segundo del monarca francés. El pontificado de Clemente VII, al que Ranke (*Historia de los papas*, México, 1951, p. 66) ha calificado como el más funesto de todos los papas, fue de hecho funesto porque con su política sancionó la ruptura de la cristiandad. Murió en Roma el 25 de septiembre de 1534 y fue sepultado en la iglesia de Santa María sopra Minerva.

Paulo III (13 octubre 1534 - 10 noviembre 1549)

Personalidad y carrera eclesiástica. Pocos datos exactos se conocen sobre el nacimiento y primeros años de Alejandro Farnese. Nació a finales de febrero de 1468 probablemente en Canino (Viterbo) de una familia noble romana. Recibió una buena formación humanista y pronto comenzó a recibir prebendas y beneficios. Inocencio VIII le nombró protonotario apostólico; Alejandro VI le creó cardenal del título de San Cosme y Damián (20 septiembre 1493), le concedió el obispado de Corneto y Montefiascone, y le designó tesorero de la Cámara apostólica y legado en Viterbo para que se entrevistase con Carlos VIII de Francia; Julio II le otorgó el rico obispado de Parma en 1509; León X y Clemente VII le colmaron de beneficios y fue legado ante el emperador Carlos V. Alejandro Farnese llevó una vida fastuosa y tuvo varios hijos ilegítimos: Pierluigi, futuro duque de Parma, y Paolo, fueron legitimados por Julio II, mientras que Constanza y Ranuccio lo fueron por León X en 1518. Después de recibir las órdenes sagradas, morigeró sus costumbres y concentró todas las energías

en el ejercicio de la diplomacia, en la que demostró ser un gran maestro a la hora de tratar con los imperiales, evitando a León X cometer muchos errores. A la muerte de Adriano VI (1523) fue uno de los papables, y la elección de Clemente VII supuso para él una importante pérdida de influencia, porque el nuevo pontífice no siguió sus consejos y se embarcó en una política de enfrentamientos que terminó con la catástrofe del *sacco di Roma* (1527). No obstante consiguió mantener su popularidad en la curia y, a la muerte de Clemente VII, en un cónclave que sólo duró dos días, fue elegido papa por unanimidad el 13 de octubre de 1534, y tomó el nombre de Paulo III.

Aunque Paulo III fue todavía un hombre del Renacimiento y no se le puede considerar como el primer papa de la reforma católica, ciertamente hay que verlo como su precursor. Todos los retratos del papa irradian una rara prudencia. Y, efectivamente, en todas sus actuaciones puso de manifiesto una cuidadosa reflexión, recabando no pocas veces el parecer de varones experimentados. El excesivo favoritismo a su familia es ciertamente una gran sombra en la figura del papa Farnese. A su hijo Pierluigi le nombró confaloniero de la Iglesia en 1537 y después, en 1545, duque de Parma y Piacenza. A sus nietos, sobre todo a los hijos de Pierluigi, también les favoreció descaradamente: Alejandro fue el claro favorito del papa, obteniendo obispados, abadías, prioratos y el cargo de vicescanciller. A Octavio, que casó en 1538 con Margarita de Austria, hija bastarda de Carlos V y viuda de Alejandro de Médicis, le entregó el pequeño ducado de Camerino, que después cambió por el de Castro. Y a Orazio le entregó la prefectura de Roma.

La reforma católica y el Concilio de Trento. Paulo III fomentó la reforma mediante el nombramiento de una serie de cardenales con un profundo sentido eclesial, la constitución de una comisión para la reforma y, sobre todo, con la convocatoria del Concilio de Trento y el apoyo a las congregaciones religiosas de fundación reciente.

Es verdad que en la promoción de nuevos cardenales comenzó nombrando a dos nietos suyos: Alejandro Farnese, hijo de Pierluigi, y Guido Ascanio Sforza, hijo de Constanza; pero también incorporó al sacro colegio a hombres con grandes valores espirituales, como san Juan Fisher (1469-1535), condenado a muerte un año después por Enrique VIII de Inglaterra; Contarini, ex embajador de Venecia en Roma y amigo de Victoria Colonna; Caraffa, futuro Paulo IV; Sadoletto, gran defensor de la reforma católica; Pole, nieto de Eduardo IV de Inglaterra; Cervini, futuro Marcelo II; Cortese, reformador de los benedictinos; Morone, defensor de la corriente espiritualista, etc. Todos eran personas destacadas, a las que preocupaba de un modo muy particular la renovación de la Iglesia, y no es exagerado decir que, mediante tales nombramientos, se reformó el colegio cardenalicio.

El año 1536 Paulo III instituyó una comisión de cuatro cardenales (Contarini, Caraffa, Sadoletto y Pole) y cinco prelados para que hicieran un informe sobre los capítulos que había que reformar en la disciplina de la Iglesia. Los comisionados redactaron el informe y lo entregaron al papa, que aprovechó algu-

nas sugerencias para expedir varias bulas de carácter reformista, y guardó el dictamen de la comisión para presentarlo al concilio. En él se analizaban los abusos de la curia romana y trazaba el programa de trabajo para el cometido reformista del concilio.

Otra medida de Paulo III fue la reorganización de la Inquisición en 1542. Una congregación romana de seis cardenales, que más tarde se llamó *Sanctum Officium*, tenía la misión de auxiliar al papa en las cuestiones dogmáticas, actuar como tribunal supremo en materias de fe y velar por la pureza de la doctrina en toda la Iglesia, procediendo contra los sospechosos de herejía. Su presidente fue el severísimo cardenal Caraffa, el futuro Paulo IV, que pronto nombró delegados en los distintos territorios italianos.

El mayor mérito de Paulo III en relación con la renovación católica fue la convocatoria del Concilio de Trento (H. Jedin, *Historia del Concilio de Trento*, I, Pamplona, 1972). Ya en 1536 había convocado un concilio en Mantua, al año siguiente en Vicenza y en 1542 en Trento, pero el enfrentamiento que mantenía Francia y el Imperio hizo inviables las iniciativas pontificias. Sólo con la firma de la paz de Crespy entre Francisco I y Carlos V el año 1544 pudo convocarse el concilio en la ciudad de Trento, donde se celebró la solemne apertura el día 13 de diciembre de 1545. La elección de la ciudad de Trento se debió a su posición geográfica y a su estatuto jurídico. Su carácter predominantemente italiano la hacía bienquista a la curia romana, mientras que su pertenencia política al Imperio la hacía atractiva a los alemanes. Después de vencer múltiples dificultades, en la sesión sexta se definió la doctrina de la justificación, que sin duda es el decreto más importante de la primera etapa del concilio.

Como el papa quería librar al concilio de la influencia imperial, el inicio de una epidemia en Trento le ofreció el pretexto para trasladarlo a Bolonia en la primavera de 1547. El emperador, que acababa de lograr la victoria de Mühlberg (1547) sobre la liga protestante de Esmalcalda, se sintió molesto por tan repentino traslado y, mediante el denominado *Interim de Augsburgo* (1548), quiso regular interinamente la situación religiosa en Alemania, haciendo algunas concesiones a los protestantes, a la espera de lo que decretara el concilio. Ante esta situación, el papa dispuso la suspensión del concilio el 13 de septiembre de 1549.

El papa alentó las órdenes y congregaciones religiosas de fundación reciente, como los teatinos, capuchinos, barnabitas, somascos y ursulinas. El 26 de septiembre de 1540, por la bula *Regimini militantis Ecclesiae*, Paulo III aprobó la Compañía de Jesús, que se convirtió en la punta de lanza de la reforma católica.

El conflicto entre Francia y el Imperio favoreció la expansión de los turcos, que en junio de 1536 invadieron la Puglia y se apoderaron de la isla de Corfú que pertenecía a Venecia. El 18 de junio de 1538, Paulo III consiguió que Carlos V y Francisco I firmasen en Niza una tregua de diez años y se comprometiesen a organizar una expedición contra Enrique VIII, que había sido excomulgado años antes. Sin embargo, poco después, al conceder Carlos V la

investidura del ducado de Milán a su hijo Felipe, se reanudó la guerra y los turcos aprovecharon la situación para apoderarse de Buda y de la región del alto Danubio.

Paulo III, al que Copérnico había dedicado en 1543 su obra revolucionaria *Sobre los cursos de los cuerpos celestes*, contrajo también grandes méritos en el campo del arte. Encomendó a Miguel Ángel que diera un nuevo aspecto al Capitolio; en la capilla Sixtina pintó el *Juicio Final*, terminado en 1541, y después los frescos de la capilla Paolina. Finalmente, en 1547 le confió la dirección de las obras de la basílica de San Pedro. Vasari (1511-1571) exaltó el pontificado de Paulo III en los frescos que pintó en la Sala *del cento giorni* del palacio de la Cancillería, y Guillermo della Porta le erigió en la basílica de San Pedro uno de los sepulcros más hermosos. Cuando Paulo III murió el 10 de noviembre de 1549 estaba fuera de toda duda que con su pontificado, pese a todas las sombras, se había iniciado una nueva era.

Julio III (8 febrero 1550 - 23 marzo 1555)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan María Cioocchi del Monte nació en Roma el 10 de septiembre de 1487. Su familia procedía de Monte San Savino, y al morir su padre en 1504, que era un famoso jurista romano, Juan María quedó bajo la custodia de su tío Antonio del Monte, auditor de la Rota y arzobispo de Siponto (Manfredonia), que se encargó de su educación y carrera. Después de los primeros estudios bajo la dirección del humanista Rafael Bradolini, estudió derecho en Perugia y Siena. Gracias a su tío, fue designado camarero pontificio y, poco después de conseguir la púrpura cardenalicia, renunció en su favor el arzobispado de Siponto (1513), al que se añadió en 1521 el de Pavía. Adornado con una exquisita prudencia que contrastaba con sus pocos años, durante el pontificado de Clemente VII fue dos veces gobernador de Roma y figuró entre los rehenes entregados al ejército imperial durante el *sueco di Roma*, logrando escapar con vida y fortuna. Después fue nombrado vicedelegado en Bolonia y auditor de la Cámara apostólica, y el 22 de diciembre de 1536 Paulo III le creó cardenal del título de San Vital. Representó al papa como legado y presidente del concilio en Trento (1545-1547) y en Bolonia (1547-1548), y se distinguió como brillante jurista y discreto diplomático.

A la muerte de Paulo III el cónclave se prolongó más de dos meses por las presiones francesas e imperiales. Al comienzo, el candidato con mayores perspectivas fue el cardenal inglés Pole, pero los italianos no querían saber nada de un papa extranjero, al igual que sucedió con el cardenal español Álvarez de Toledo, hermano del virrey de Nápoles. Después de violentas escenas y duros enfrentamientos verbales, los cardenales de ambos partidos coincidieron en el cardenal Del Monte, que fue elegido papa el 8 de febrero de 1550 y tomó el nombre de Julio III. El nuevo papa era un hombre alegre y aficionado a los placeres de la vida; su manera de vivir recordaba en muchos aspectos los tiempos de León X. Como éste, gustaba de la caza y el juego, y tenía muchos amigos entre los músicos y los comediantes. Pastor escribió de él: «No quiso mal-

quistarse con nadie, gustaba de ver a su alrededor rostros satisfechos, y amaba más el brillo del poder que su misma realidad.»

Aunque se mostró contrario al nepotismo que habían practicado sus predecesores, no fue capaz de resistir la presión de sus familiares. Entre los veinte cardenales que nombró se encuentran personas de gran mérito, pero también un hijo adoptivo de su hermano Inocencio del Monte, totalmente indigno y con sólo 15 años de edad. Colmado de favores, estuvo al frente de la Secretaría de Estado y terminó en la cárcel después de una vida de crímenes y excesos.

Actividad política y religiosa. Pese a su manera de pensar, Julio III luchó por la reforma de la Iglesia y su mayor mérito fue, sin duda, el haber ordenado la reapertura del Concilio de Trento el 1 de mayo de 1551, pese a la resistencia de Francia. La composición de la asamblea episcopal se diferenciaba de la anterior en que la minoría imperial, que había continuado en Trento después de trasladarse a Bolonia, se reforzó ahora con nuevos obispos de Alemania. En las seis sesiones que se celebraron (de la 11 a la 16) se publicaron tres decretos dogmáticos relativos a los sacramentos de la eucaristía, penitencia y extremaunción, acompañados de tres decretos de reforma sobre la jurisdicción episcopal, las costumbres del clero y la colación de beneficios. En enero de 1552 llegaron legados protestantes de los Estados del Imperio, pero su exigencia de renovar la doctrina de la superioridad del concilio sobre el papa no pudo ser satisfecha. La traición del príncipe elector Mauricio de Sajonia al emperador (1552) y su huida de Innsbruck provocaron una nueva suspensión de la asamblea el 28 de abril de 1552.

El papa tuvo que hacer frente al problema de Parma, cuyo ducado fue concedido a Octavio Farnese por Julio III, de acuerdo con las capitulaciones que precedieron a su elección. Carlos V rechazó esta concesión, al considerar que Parma y Piacenza pertenecían al Imperio. Octavio pidió ayuda a Francia y en 1551 se alió con Enrique II (1548-1559), a pesar de las advertencias del papa, que le despojó del ducado y pidió la intervención del emperador. Por el armisticio de 29 de abril de 1552 el papa se retiró de la guerra, pero ésta continuó entre Francia y el Imperio hasta la firma de la tregua de Vaucelles (1556).

En un momento en que la Reforma protestante avanzaba por toda Europa, la restauración del catolicismo en Inglaterra significó un triunfo del pontificado. A la muerte de Eduardo VI (1553) subió al trono María Tudor (1553-1558), hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, que contrajo matrimonio con el príncipe Felipe de Habsburgo y, después de muchas negociaciones con la nobleza, reanudó la comunicación con Roma. La legación del cardenal inglés Reginald Pole, varias veces aplazada por la cuestión de los bienes eclesiásticos desamortizados, se realizó, y el 30 de noviembre de 1554 se levantó la excomunión.

Julio III favoreció a la Compañía de Jesús, confirmando sus privilegios y concediéndole otros más. El Colegio Germánico, creado en 1552, para la formación del clero destinado a los países protestantes, fue puesto bajo su dirección.

Aunque no en la medida que sus predecesores, Julio III también se mostró favorable a las artes: nombró director de la Biblioteca Vaticana al humanista Marcelo Cervini, defendió a Miguel Ángel de sus detractores en la obra de la basílica de San Pedro, nombró a Palestrina maestro de la capilla de San Pedro, y encargó a Vignola la construcción de una casa de campo delante de la Porta del Popolo, rodeándola de un parque con estatuas y ninfas. Hoy la Villa Giulia alberga el Museo Etrusco.

Murió Julio III en Roma el 23 de marzo de 1555 y fue sepultado en la basílica de San Pedro. Aunque los historiadores disienten a la hora de enjuiciar su actuación, no hay duda de que su obra en pro de la reforma no fue estéril, pues sirvió como buen fundamento para ulteriores planes y para la reforma definitiva que más tarde realizó el Concilio de Trento.

Marcelo II (9 abril 1555 - 1 mayo 1555)

Marcelo Cervini di Spannochi nació en Montepulciano el 6 de mayo de 1501. Su fama de hombre de letras le permitió entrar de secretario del cardenal Farnese y, cuando su protector ocupó la silla de san Pedro con el nombre de Paulo III, le concedió el obispado de Nicastro y le nombró cardenal (1539). Poco después desempeñó el papel de legado a latere junto al rey de Francia, Francisco I, y junto a Carlos V. Al regresar a Roma, recibió el obispado de Reggio, nombrando administrador de la diócesis a Santiago Laínez. En 1545 recibió el encargo de presidir el Concilio de Trento en nombre del papa y pasó a Bolonia cuando el pontífice ordenó su traslado. Los decretos sobre la justificación y la residencia de los obispos fueron en parte obra suya y en 1548 hizo imprimir en Bolonia los decretos conciliares. Después de la suspensión del concilio volvió a Roma y fue el primer cardenal bibliotecario. A su interés y trabajo debe la Biblioteca Vaticana muchos de sus manuscritos y obras impresas.

El cónclave que siguió a la muerte de Julio III, a pesar de las maquinaciones del cardenal Hipólito del Este, hijo de Lucrecia Borja, eligió de forma unánime a Marcelo Cervini, por su integridad de vida y celo reformador, el 10 de abril de 1555. Conservó el nombre de Marcelo y al día siguiente fue coronado en San Pedro y presentado al pueblo.

Sus primeros actos de gobierno hicieron concebir grandes esperanzas a los que anhelaban la reforma. Los miembros de su familia permanecieron en Montepulciano y no quiso conceder ninguna prebenda a dos sobrinos que estudiaban en Roma. Sólo, de acuerdo con la costumbre, nombró a miembros de su familia para los cargos de castellano de Sant'Angelo y capitán de la guardia pontificia. Pero las esperanzas se vieron truncadas. A los diez días de su nombramiento cayó enfermo y el primero de mayo murió, después de veintiún días de pontificado. Su cadáver fue sepultado en la basílica de San Pedro. El secretario Massarelli escribió en su diario del concilio (II, 261): «¡Oh infortunado papa, que apenas ha tocado la tiara! ¡Infortunados nosotros, que con toda razón nos prometíamos tantas cosas buenas y magníficas de un papa tan santo, para gloria de Dios!»

El breve pontificado de Marcelo II quedó inmortalizado en la *Misa papae Marcelli* que Palestrina compuso en su honor, aunque no fue publicada hasta 1567.

Paulo IV (23 mayo 1555 - 18 agosto 1559)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Pedro Caraffa nació en Capriglio el año 1476. Miembro de una familia noble del reino de Nápoles, se inició en la carrera eclesiástica de la mano de su tío, el cardenal Oliviero Caraffa, que en 1505 renunció en su favor el obispado de Chieti. En los años sucesivos desempeñó misiones diplomáticas en Nápoles, como legado extraordinario del papa para recibir a Fernando de Aragón; en Inglaterra, para organizar la recaudación de un tributo pontificio, y en España. Después de la última misión sus sentimientos antiespañoles, heredados de la tradición familiar, se agudizaron, y en 1518 fue promovido al arzobispado de Brindisi, conservando el de Chieti. El año 1524 renunció a todos los beneficios para entrar en la congregación de los clérigos regulares, conocidos con el nombre de teatinos, que fundó junto con Cayetano de Thiene.

Creado cardenal por Paulo III el 22 de diciembre de 1536, fue nombrado miembro de la comisión cardenalicia que presentó al papa el proyecto de reforma general de la Iglesia, conocido como *Consilium de emendanda Ecclesia*. Defensor a ultranza de la ortodoxia, fue uno de los inspiradores de la creación de una comisión cardenalicia para la represión de la herejía. De este nuevo organismo, con el que Paulo III estableció en 1542 la Inquisición romana, el cardenal Caraffa formó parte desde el principio, llegando a ser uno de los miembros más influyentes. En 1549 fue promovido al arzobispado de Nápoles y desde 1553 fue decano del sacro colegio.

En el cónclave que se reunió el 15 de mayo de 1555, tras la muerte prematura de Marcelo II, el cardenal Caraffa no parecía tener muchas esperanzas de ser electo. Pero, aunque ninguno de los dos partidos del colegio cardenalicio, el imperial y el francés, contaba con mayoría de votos para imponer su candidato, el 23 de mayo confluyeron los votos de la mayoría en Caraffa y fue elegido papa, tomando el nombre de Paulo IV. El nuevo papa tenía 79 años y el embajador veneciano Navagero afirma que «este papa es de un temperamento violento y fogoso [...]. Es impetuoso en el manejo de los asuntos y no tolera que nadie le contradiga».

Aunque Paulo IV era un ardiente partidario de la reforma, su pontificado defraudó por su extraordinaria severidad y por el vergonzoso nepotismo que practicó, pues no sólo encumbró a sus sobrinos, sino que siguió ciegamente la política que le marcó su nepote Carlos Caraffa, hábil e inteligente, pero también ambicioso y de dudosa moralidad, al que nombró cardenal poco después de su elección. Cuando al final de su pontificado Paulo IV descubrió los manejos y las traiciones de su sobrino, reaccionó con severidad: lo destituyó de todos los cargos y, junto con sus hermanos, el duque de Palliano y el marqués de Montebello, les ordenó salir de Roma con su familia en el plazo de doce días,

amenazándoles con infligirles la pena señalada al delito de traición si abandonaban su destierro. Pero el remedio llegaba demasiado tarde.

La paz religiosa y la lucha contra la herejía. Paulo IV era enemigo inflexible del predominio español en Italia por tradición familiar y, en opinión de Llorca (*Historia de la Iglesia católica*, III, Madrid, 1960, pp. 786-91), se dejó arrastrar por su sobrino, el cardenal Caraffa, a firmar una alianza con Francia y a hacer la guerra contra España, que acabó en 1557 con la derrota total de las tropas pontificias. Carlos V, ante la imposibilidad de someter a los protestantes alemanes por el apoyo que recibían de Francia, firmó con ellos la paz religiosa de Augsburgo (25 septiembre 1555), que selló la división religiosa de Alemania. Poco después, Paulo IV rechazó la abdicación del Imperio por Carlos V y la elección de Fernando I como nuevo emperador, al considerar que esto no se podía hacer sin el consentimiento pontificio, pero Fernando se hizo coronar el 14 de marzo de 1558 sin requerir su consentimiento ni su ratificación.

Pablo IV no tuvo más éxito con Inglaterra. Recibió a los legados que en nombre de la reina María Tudor fueron a Roma a sellar la vuelta a la obediencia romana, pero el rigorismo del papa no podía consentir que los seglares continuaran reteniendo los bienes expropiados a la Iglesia en los años anteriores. Con la muerte de la reina María, en noviembre de 1558, la obra restauradora del catolicismo inglés se vino abajo y se restableció el anglicanismo. Por otra parte, el protestantismo continuaba avanzando en Polonia y en Francia.

Con un papa así no se podía pensar en la continuación del Concilio de Trento, pues además de la desconfianza que sentía hacia la asamblea conciliar, no le parecía el instrumento más adecuado para llevar a cabo la reforma religiosa (D. R. Ángel, *Paul IV et le concile*, Lovaina, 1907). Para promover la reforma prefirió crear, en 1556, una congregación general compuesta por 62 miembros, que después dividió en tres secciones. Pero como este organismo tardaba en definir el esperado plan de reforma, el papa comenzó a tomar una serie de medidas parciales: reformó la Dataría, cuyos abusos eran desde hacía tiempo motivo de duras críticas, impuso una obligación más estricta de la residencia a los obispos, exigió la observancia de la vida claustral a los religiosos, castigó la simonía y el concubinato, y se esforzó por restaurar la moralidad pública, sobre todo en Roma. A los judíos los reunió en un mismo barrio, separado de los cristianos, y de acuerdo con lo que había dispuesto el Concilio IV de Letrán, les obligó a llevar un distintivo para que pudieran ser reconocidos.

Especial atención prestó a la represión de la herejía, en consonancia con su mentalidad rigorista. Amplió la autoridad de la Inquisición romana, disponiendo que no sólo conociera los casos de herejía, sino también otros delitos. Además, extendió su jurisdicción a los obispos y cardenales, de modo que nadie podía escapar a su vigilancia y rigor, como mostró el caso del cardenal Morone. Este benemérito cardenal, acusado de ser sospechoso de herejía (que luego se demostraría ser falso), fue encarcelado en el castillo de Sant'Angelo en 1557 y procesado. Sólo tras la muerte de Paulo IV pudo recuperar Morone la libertad. El cardenal Pole escapó a un destino similar por encontrarse entonces en In-

glaterra. También se preocupó de controlar la circulación de libros sospechosos; para ello publicó en 1559 el *Index librorum prohibitorum*, que fue el primer índice papal de libros prohibidos, en el que se incluían todas las obras que no podían leerse ni guardarse bajo pena de excomunión reservada al papa. La relación de libros prohibidos era tan exagerada que, a la muerte de Paulo IV, debió ser moderada y modificada.

Al conocerse la noticia de su muerte, acaecida el 18 de agosto de 1559, estalló en Roma el odio que el pueblo había ido alimentando contra el papa por los sufrimientos que hubo de soportar durante la guerra de Nápoles y por los rigores de la Inquisición. El populacho atacó el edificio que albergaba el Tribunal de la Inquisición y derribó la estatua que le habían levantado en el Capitolio. Fue enterrado en San Pedro, pero en 1566 sus restos se trasladaron a la iglesia de Santa María sopra Minerva.

Pío IV (25 diciembre 1559 - 9 diciembre 1565)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Ángel Médicis nació en Milán el 31 de marzo de 1499. Hijo de Bernardino Médicis y Cecilia Serbelloni, no tenía ninguna relación de parentesco con los Médicis de Florencia. Estudió derecho en Pavía y después en Bolonia, donde se doctoró en ambos derechos en 1525. Dos años después consiguió entrar en la curia romana y comenzó la carrera eclesiástica. Clemente VII le concedió el cargo de protonotario apostólico; Paulo III le designó sucesivamente gobernador de Ascoli, Città di Castello y Ancona, el 14 de diciembre de 1544 le otorgó el arzobispado de Ragusa y el 8 de abril de 1549 le nombró cardenal presbítero del título de Santa Prudenciana. Julio III le envió como legado a la Romagna y le nombró jefe de las tropas pontificias contra Octavio Farnesse. Durante el pontificado de Paulo IV vivió largo tiempo alejado de Roma por incompatibilidad con el pontífice.

A la muerte de Paulo IV, tras un cónclave de grandes tensiones, que se prolongó casi cuatro meses y en el que los cardenales estaban divididos en tres partidos (el español, el francés y el que se formó en torno al cardenal Carlos Caraffa, constituido por los purpurados creados por Paulo IV), el 25 de diciembre de 1559 fue elegido papa el cardenal Médicis. Tomó el nombre Pío IV y fue coronado en la forma acostumbrada el día de la Epifanía. Su formación y experiencia le convirtieron en buen conocedor del derecho, de la administración y de las finanzas. De carácter firme, supo mostrarse también hábil diplomático y conciliador.

A pesar de ser partidario declarado de la reforma, comenzó su pontificado practicando el nepotismo. En la primera promoción de cardenales (31 enero 1560) concedió la púrpura a dos sobrinos: Marcos Sittich de Altemps y Carlos Borromeo. El primero tenía más madera de guerrero que de clérigo; en cambio, el segundo fue el predilecto del papa. El 7 de febrero le nombró arzobispo de Milán, luego legado de Bolonia y de Romagna, encargado del gobierno de los Estados de la Iglesia y secretario privado del papa en calidad de cardenal nepote. Borromeo (1538-1584) fue el principal consejero del papa y dio prue-

bas de gran inteligencia y buen administrador, además de hombre religioso, sin renunciar por ello, al menos en los primeros momentos, al estilo de vida fastuoso propio de su rango. Después de la muerte de su hermano en 1562, comenzó a practicar una vida de austeridad y apoyó de forma activa los esfuerzos reformadores del pontífice.

Al principio de su pontificado reconoció la dignidad imperial conferida a Fernando I (1556-1564) y recibió honoríficamente a sus legados. Fernando I fue el primer emperador reconocido por el papa sin previa ceremonia de coronación y esto contribuyó a mejorar sensiblemente las relaciones entre el papado y los Habsburgo.

El destierro que Paulo IV había impuesto a sus sobrinos se consideraba un castigo muy leve ante los crímenes cometidos. Por ello, Pío IV inició un proceso contra ellos. En junio de 1559 fueron arrestados y encerrados en el castillo de Sant'Angelo los cardenales Carlos y Alfonso Caraffa, Juan Caraffa, duque de Paliano y conde de Montorio, y otros caballeros de su séquito, acusados de robo, violencia, homicidio de la duquesa de Paliano, felonía, abuso de poder y lesa majestad. Carlos y Juan fueron condenados a muerte y sus bienes fueron confiscados, y Alfonso salvó la vida pagando una fuerte multa. Por otra parte, el cardenal Morone, al que Paulo IV había detenido y formado un proceso por sospecha de herejía, fue declarado inocente y puesto en libertad. Y lo mismo hizo con el obispo de Módena Fiescherati, también procesado y detenido por Paulo IV.

La conclusión del Concilio de Trento. De acuerdo con la capitulación electoral, por la que el papa electo se comprometía a reanudar el Concilio de Trento, Pío IV convocó el concilio para la Pascua de Resurrección de 1561, aunque no se celebró la primera sesión general hasta el 17 de enero de 1562. En esta última fase se celebraron nueve sesiones y se promulgaron decretos de gran importancia, tanto de carácter doctrinal (eucaristía, sacramentos del orden y del matrimonio, purgatorio y culto de los santos), como disciplinar (todo lo referente a la reforma del clero secular, obispos, cardenales y clero regular). Antes de concluir, el día 4 de diciembre de 1563, los padres conciliares confirmaron todas las definiciones y decretos que se habían promulgado a lo largo de las tres fases del concilio, y el cardenal Morone, como legado papal, declaró concluido el concilio que, al decir de Pastor (*Historia de los papas*, XV, Barcelona, 1937, p. 356), «echó los cimientos de una verdadera reforma y estableció de un modo comprensivo y sistemático la doctrina católica».

El 26 de enero de 1564 Pío IV confirmó íntegramente los decretos conciliares con la bula *Benedictas Deus* y estableció una congregación de ocho cardenales para que cuidara de su aplicación e interpretación. El papa completó la obra del concilio con la publicación de un nuevo *índice de libros prohibidos* (24 marzo 1564), que reducía sensiblemente el número de los prohibidos por Paulo IV, y con la conclusión del *Catecismo romano*, preparado por el concilio y que fue publicado después de su muerte, al igual que sucedió con la reforma del breviario y del misal.

En junio de 1564 Pío IV y el cardenal nepote Borromeo comenzaron a dar ejemplo de la reforma *in capite* simplificando su estilo de vida e imponiéndola a todos los cardenales. Carlos Borromeo dejó Roma en 1565 para hacerse cargo de la dirección de la diócesis milanesa, donde se mostró un pastor infatigable. Pío IV recordó con insistencia a los obispos la obligación de residencia, y con la bula *In principis apostolorum sede* (17 febrero 1565) revocó todos los privilegios contrarios a los decretos tridentinos.

Se preocupó de que los decretos tridentinos fueran aceptados por todos los Estados cristianos. España, Portugal, Polonia y algunos Estados italianos lo hicieron con algunas reservas. El emperador Fernando I solicitó que en la nación germánica se permitiera la comunión bajo las dos especies y el matrimonio de los sacerdotes. El 16 de abril de 1564 se le concedió lo primero, pero no lo segundo por la firme oposición del rey de España Felipe II (1556-1598). Sin embargo, pocos años después se descubrió que el privilegio de la comunión bajo las dos especies, lejos de contribuir a la recuperación de la fe católica, no hacía más que enardecer los enfrentamientos con los luteranos. Por esto Pío V y Gregorio XIII revocaron el indulto y se restableció la antigua disciplina. Más dificultad hubo en Francia, donde se admitieron sin limitación ninguna los decretos dogmáticos, rechazando los disciplinares, aunque de hecho muchos obispos los fueron introduciendo en sus diócesis.

En las diferentes promociones que hizo en su pontificado, Pío IV elevó al cardenalato a cuarenta y seis personas insignes por la sangre, el mérito, el talento o la piedad. Es cierto que los primeros nombramientos fueron para dos nepotes del papa, pero ya en la segunda promoción figuraron los nombres de las familias más ilustres de Europa y los títulos de insignes prelados. Y después de clausurar el concilio, concedió el capelo a las personas que más contribuyeron a su éxito.

Pío IV también desempeñó un papel importante en la historia del arte como gran mecenas. Hizo que Pirro Ligorio completase en el Vaticano el cortile del Belvedere y edificase el gran nicho en el que se encuentra desde Paulo V la vieja pila, mencionada ya por Dante. El domingo de carnaval de 1565, con motivo del matrimonio del conde Aníbal de Hohenems con Hortensia Borromeo, se inauguró el gigantesco patio con un gran torneo. Pero nada ha inmortalizado tanto el nombre de este papa como el Casino, construido por Pirro Ligorio en los jardines del Vaticano, que para Burckhardt es «el lugar más hermoso para pasar la tarde» de cuantos puede mostrar la arquitectura moderna. También logró que Miguel Ángel proyectase la Porta Pia, y que en las termas de Diocleciano levantase la iglesia de Santa María de los Ángeles, en la que se encuentra el sepulcro del papa.

Pío IV murió en Roma el 9 de diciembre de 1565, contando más de 66 años de edad. Fue asistido por su sobrino Borromeo (1538-1584) y por Felipe Neri (1515-1595). Su cuerpo fue llevado a la basílica de San Pedro y depositado en un túmulo provisional, hasta que el 4 de junio de 1583 fue trasladado a su descanso definitivo en la iglesia de Santa María de los Ángeles.

Pío V, san (7 enero 1566 - 1 mayo 1572)

La personalidad de un papa santo. Miguel Ghislieri nació el 17 de enero de 1504 en Boscomarengo, ciudad del campo alejandrino en el milanés. Hijo de Paulo Ghislieri y Domenica Augeria, labradores acomodados, a los catorce años tomó el hábito de santo Domingo en el convento de Vigevano y en seguida pasó a Bolonia para estudiar filosofía y teología. El año 1528 se ordenó de presbítero en Genova y durante largo tiempo enseñó filosofía y teología en conventos de su orden, distinguiéndose por la defensa de la autoridad pontificia; también desempeñó el cargo de prior y veló por la más estricta observancia regular. Nombrado inquisidor, dio pruebas de celo y rigor en Como y Bérgamo, y en 1551 el cardenal Caraffa, el futuro Paulo IV, le designó general de la Inquisición en Roma. Cinco años después, Paulo IV le promovió al obispado de Sutri, y el 15 de marzo de 1557 le confirió la dignidad cardenalicia del título de Santa María sopra Minerva, siendo conocido desde entonces con el nombre del «cardenal alejandrino» en atención al lugar de su nacimiento. En el sacro colegio estuvo ligado al grupo de los Caraffa y Paulo IV le confirmó en el puesto de inquisidor general y le promovió al obispado de Mondovi en el Piemonte.

Durante el pontificado de Pío IV (1559-1565) fue apartado de los centros de poder y marchó a residir en su obispado, donde se comportó como un agente eficaz y sincero de la reforma pastoral. A pesar de sus choques con el duque de Saboya por problemas de inmunidad eclesiástica, reformó a los regulares y protegió de forma especial a los nuevos clérigos regulares de san Pablo (barnabitas) instituidos en 1533. La aspiración de los barnabitas de crear un clero especializado en pastoral, su gusto por las manifestaciones litúrgicas espectaculares y cargadas de dramatismo, los ejercicios públicos de penitencia, etc., influyeron profundamente en la espiritualidad del nuevo papa, a la vez que le pusieron en contacto con los ambientes más austeros de la reforma católica pretridentina.

A la muerte de Pío IV, después de tres semanas de cónclave, el cardenal Borromeo y los miembros del partido español consiguieron imponer la candidatura del dominico Miguel Ghislieri, que fue elegido papa el día 7 de enero de 1566. Tomó el nombre de Pío V y el embajador español dijo que era «el papa que requerían los tiempos». El nombramiento de Pío V supuso la victoria de todos los que deseaban un papa austero y piadoso, capaz de realzar el sacerdocio y la piedad, de actuar con energía contra la reforma protestante y de aplicar con rigor los decretos tridentinos. San Pío V era, en efecto, un hombre francamente piadoso. Celebraba la eucaristía a diario, cosa que en aquella época no era habitual; sus comidas eran extraordinariamente parcas y amenazaba al cocinero con la excomunión, en caso de que los días de abstinencia añadiera a la sopa alguno de los ingredientes prohibidos. La misma corte papal llegó a ser tan severa y modesta como el mismo papa.

La lucha contra la herejía, el cisma y los turcos. La actuación de san Pío V se centró en la lucha contra la herejía, el cisma y los turcos, preocupándose también por los Estados de la Iglesia y, sobre todo, por la reforma católica. En la

lucha contra la herejía fue el primer y único papa que participó regularmente en las sesiones del Santo Oficio. Durante su pontificado creció notablemente el número de procesados y, como el palacio de la Inquisición había sido pasto de las llamas al morir Paulo IV, lo hizo reconstruir en la ciudad leonina, cerca del camposanto teutónico.

En su lucha contra el protestantismo apoyó a la reina María Estuardo (1542-1567) para la restauración del catolicismo en Escocia (que se había proclamado presbiteriana en 1560), pero la lucha entre las diferentes facciones político-religiosas terminó con la consolidación del presbiterianismo y la caída de la reina, que tuvo que buscar refugio en Inglaterra. Pío V trató de solucionar los problemas religiosos con Inglaterra mediante negociaciones diplomáticas con la reina Isabel (1558-1603), pero las disposiciones del Parlamento en favor del anglicanismo hicieron imposible el acuerdo. Por ello, el 25 de febrero de 1570, con la bula *Regnans in excelsis*, excomulgó a Isabel Tudor y la depuso como reina, prohibiendo a sus súbditos obedecerla bajo la misma pena de excomunión. Los mismos historiadores católicos (G. Castilla, *Historia de los papas*, II, Madrid, 1970, pp. 50-51) opinan que esta medida de signo todavía medieval no sólo no logró el objetivo que se proponía, sino que contribuyó de manera decisiva a exacerbar la persecución de los católicos en Inglaterra.

En cuanto a los Países Bajos, animó al duque de Alba en su lucha contra los calvinistas y, cuando los derrotó, le envió una espada bendecida. Apoyó al rey de Francia en su lucha contra los hugonotes y favoreció el establecimiento de los jesuitas en estos países y en Alemania, los cuales contribuyeron en los años siguientes a sostener el esfuerzo interno de la reconquista católica, recordando a los soberanos y a sus ministros los deberes del príncipe cristiano.

Al igual que sus antecesores, san Pío V trató de galvanizar el esfuerzo de los príncipes cristianos contra los turcos, pero en principio sólo consiguió buenos propósitos. Sólo después del incendio del arsenal de Venecia (1569) y de la caída de la isla de Chipre en manos turcas, el papa consiguió formar una Liga Santa con Venecia y España, que armó una poderosa escuadra de más de doscientas galeras. Puesta bajo el mando de don Juan de Austria (1545-1578), el papa le entregó el estandarte de cruzada y el 7 de octubre de 1571 se enfrentó con la armada turca en las aguas de Lepanto. La gran victoria cristiana acabó con el mito de que la flota turca era invencible, pero el éxito no pudo aprovecharse en todas sus consecuencias por las discrepancias entre España y Venecia (L. Serrano, *La Liga de Lepanto*, Madrid, 1919). En recuerdo de la victoria, san Pío V hizo colocar en la iglesia de Santa María in Araceli de Roma un suntuoso artesonado.

También se ocupó de los Estados de la Iglesia, publicando una constitución que prohibía en lo sucesivo enajenar o dar en feudo ciudades o lugares de la Santa Sede, o bien concederse a otros para que los tuvieran a título de feudatarios cuando hubieran revertido al papado. Estableció la norma y regla de los censos y la medida de los cambios, y expulsó a los judíos de los Estados de la Iglesia, a excepción de las ciudades de Roma y Ancona. Favoreció el desarro-

lio de los montes de piedad para librar a los pobres de las abusivas exacciones de los prestamistas, y por la bula *In eam pro nostro* (28 febrero 1571) condenó los abusos de la usura. También abolió las corridas de toros en los Estados Pontificios.

La vida interna de la Iglesia reformada. San Pío V contribuyó a la creación de una nueva imagen del papado, al actuar más como pastor que como soberano. En primer lugar, se esforzó en que los decretos del Concilio de Trento fueran publicados y aceptados en los países cristianos. A este fin, conforme a lo dispuesto en Trento, en 1566 se publicó el *Catecismo romano* y se continuó trabajando en la reforma del *Breviario*, que apareció en 1568, y en el *Misal romano*, que se publicó en 1570. En segundo lugar, en consonancia con lo dispuesto por el concilio, introdujo reformas en la curia con la creación de las congregaciones de Obispos y del índice, y la reorganización de la Penitenciaría. Fue bajo este pontificado cuando la Congregación de Obispos se convirtió en una de las instituciones más importantes de la curia para tratar de resolver los problemas que afectaban a la cristiandad. En tercer lugar, como obispo de Roma visitó y mandó visitar las iglesias, los cabildos, los hospitales y las cárceles, examinó a los confesores y exigió a los ordenados *in sacris* vestir el hábito eclesiástico. Los obispos residentes en Roma fueron obligados a volver a sus diócesis, a no ser que estuvieran dispensados por causa justa. El clero regular también fue objeto de su preocupación. Fueron restablecidas en todo su vigor las reglas primitivas y la clausura se impuso de forma rigurosa. Se aprobaron dos nuevas congregaciones: la de los barnabitas y la de los Hermanos de San Juan de Dios. Por último, trató de mejorar la moralidad de Roma, decretando la expulsión de las prostitutas y estableciendo severas penas contra los blasfemos y profanadores de los días festivos, lo que dio lugar a que los romanos le acusaran de querer convertir la ciudad en un monasterio.

Durante el pontificado de san Pío V la reforma católica asumió más que nunca el matiz clerical y jerárquico que la caracterizó, pues la cohesión de todas las fuerzas fue indispensable para llevar a cabo la reforma de la Iglesia, reconquistar algunas posiciones perdidas con la reforma protestante y evangelizar el Nuevo Mundo descubierto. Pío V murió en Roma el 1 de mayo de 1572 y fue sepultado en la basílica de San Pedro, pero el 9 de enero de 1588 fue trasladado a Santa María la Mayor y depositado en un suntuoso sepulcro, que en modo alguno respondía al carácter ascético del papa. Beatificado el 1 de mayo de 1672, fue canonizado el 22 de mayo de 1712 por Clemente XI.

Gregorio XIII (13 mayo 1572 - 10 abril 1585)

Personalidad y carrera eclesiástica. Hugo Boncompagni nació en Bolonia el 1 de enero de 1502 y era hijo de Cristóbal, mercader acomodado, y de Ángela Marescalchi. Estudió derecho en la Universidad de Bolonia y a los 28 años consiguió el grado de doctor en ambos derechos. Después de enseñar en la universidad de su ciudad durante los años 1531-1539, marchó a Roma, llamado por el cardenal Parisio, y comenzó la carrera eclesiástica en la curia.

A pesar de su buena formación jurídica y de su carácter reservado, no fue inmune al espíritu y estilo de vida del Renacimiento que se respiraba en Roma, y en 1548, siendo ya clérigo, tuvo un hijo natural. Sin embargo, este hecho no parece que influyera negativamente en su carrera eclesiástica, quizás porque en los años siguientes se comportó de manera irreprochable y ejemplar. Esto explica el trato de favor que le mostró el austero Paulo IV, que en enero de 1556 le nombró miembro de la comisión encargada de la reforma de la Iglesia. Este mismo año acompañó al cardenal nepote Carlos Caraffa en su legación a Francia y a la corte de Felipe II (1556-1598), que se encontraba en Bruselas. El 20 de julio de 1558 fue nombrado obispo de Veste y, como tal, tomó parte activa en los trabajos de la última etapa del Concilio de Trento. El 12 de marzo de 1565, en reconocimiento de los servicios prestados a la Iglesia, Pío IV le confirió el capelo cardenalicio con el título de San Sixto y pocos meses después lo envió como legado a España, donde consiguió el aprecio de Felipe II. Poco después de la muerte de Pío IV (9 diciembre 1565), Pío V le puso al frente de la Secretaría de breves.

Al morir san Pío V, gracias al decidido apoyo de Felipe II, el cardenal Boncompagni fue elegido papa en un cónclave que duró menos de veinticuatro horas. La elección tuvo lugar el 13 de mayo de 1572 y tomó el nombre de Gregorio XIII en honor de san Gregorio Magno, en cuya festividad había sido creado cardenal. Como papa, Gregorio XIII más pareció orientarse por el ejemplo de Pío IV que por el de san Pío V. Su conducta no sólo fue irreprochable sino verdaderamente ejemplar. Gregorio XIII se mostró profundamente celoso de su independencia, hasta el punto que a su consejero más íntimo, el cardenal Tolomeo Galli, sólo le permitió una intervención limitada en los asuntos.

La política religiosa. En la política eclesiástica, Gregorio XIII fue notablemente más ponderado y capaz que su predecesor, aunque no siempre sus actuaciones se vieron coronadas por el éxito. Los intentos por organizar una liga contra los turcos fracasaron después que la república de Venecia en 1573 y España en 1581 firmaran la paz con la potencia otomana. En Francia, a pesar de que la matanza de hugonotes, conocida con el nombre de «Noche de San Bartolomé» (1572), se celebró en Roma (por la insuficiente información del papa) como una victoria sobre los herejes, los hugonotes mantuvieron sus posiciones. No produjo mejores resultados la política papal contra Isabel de Inglaterra, pues la esperanza de destronarla con la ayuda de Felipe II y de los católicos irlandeses tuvo que ser abandonada después que fracasaron dos intentos de invasión y una conjura interior. Incluso el éxito inicial que se consiguió en Suecia con la conversión secreta del rey Juan III Vasa (1568-1592), pronto se vino abajo, porque Gregorio XIII no aceptó las exigencias del monarca: el matrimonio de los sacerdotes, la supresión del culto a los santos y la comunión bajo las dos especies, etc., y Juan III volvió a la fe luterana.

En otros países la política papal cosechó algunos frutos. El apoyo que Gregorio XIII dio a Felipe II en su lucha contra los rebeldes de los Países Bajos,

vio el retorno de las provincias meridionales a la soberanía española (paz de Arras, 17 de mayo de 1579) y con ello el triunfo definitivo del catolicismo en la zona sur de los Países Bajos. También en Polonia resultó decisivo para la recuperación del catolicismo el reconocimiento del papa a la discutida elección del rey Esteban Bathory (1575-1586).

La reforma tridentina. La actuación de Gregorio XIII en el ámbito propiamente religioso resultó de capital importancia en la aplicación de la reforma tridentina, pues desde el inicio de su pontificado se preocupó de que se aplicaran los decretos conciliares. En Italia promovió un programa sistemático de visitas apostólicas en las provincias eclesiásticas del norte y centro de la península. En otros países utilizó las nunciaturas como instrumento de reforma eclesiástica (P. Blet, *Histoire de la représentation diplomatique du Saint-Siège*, Città del Vaticano, 1982). A las ya existentes en las cortes de Viena, París, Madrid, Lisboa, Venecia, Florencia y Saboya, se sumaron ahora las de Lucerna para Suiza (1579), la de Graz para el Austria interior (1580) y la de Colonia para la Baja Alemania (1584). No obstante, con el fin de garantizar la situación de la Iglesia en el noroeste alemán permitió, en abierta oposición a las disposiciones tridentinas, que Ernst de Wittelsbach reuniera en su mano no menos de cinco obispados. En la elección de cardenales el papa se rigió por unos principios severos, aunque se mostró más generoso de la cuenta con los hijos de las familias principescas. Así, en 1576 concedió la púrpura cardenalicia a Andrés de Austria, hijo del archiduque Fernando II del Tirol, que había contraído grandes méritos con la Iglesia de su país, aunque el joven no tenía la edad canónica requerida ni pertenecía al estado clerical.

En su programa de regeneración espiritual, Gregorio XIII se valió de la ayuda de las nuevas órdenes religiosas, sobre todo de los jesuitas y de los capuchinos. A éstos les levantó la prohibición, que todavía pesaba sobre ellos, de extenderse fuera de Italia y, juntamente con los jesuitas, constituyeron uno de los instrumentos más eficaces en manos de la Iglesia para llevar a cabo la reforma católica. Pero no se olvidó de las restantes órdenes regulares, impulsando la reforma de aquellas que lo necesitaban, como los trinitarios de España y Portugal, confirmando la reforma de las carmelitas descalzas promovida por santa Teresa de Ávila (1580) y aprobando la fundación de la congregación del Oratorio de san Felipe Neri (1575).

El papa se mostró muy interesado en la formación del clero, pero como la creación de seminarios sacerdotales, prevista en el Concilio de Trento, comportaba graves dificultades en Alemania y otros países, Gregorio XIII promovió la creación de colegios romanos. Especialmente generoso se mostró con el colegio romano de los jesuitas, que habría de ser un centro de formación científica para todo el orbe católico, hasta el punto que en su nombre actual de Pontificia Universidad Gregoriana pervive la memoria de este papa. El 1573 otorgó al colegio germánico, que había sido erigido por Julio III, el palacio de San Apolinar; en 1579 erigió el colegio inglés. También fundó un colegio griego, otro maronita y un tercero armenio para la formación del clero católico de rito

oriental. Gracias a Gregorio **XIII**, Roma se convirtió en el principal centro de los estudios eclesiásticos.

Gregorio XIII mostró un gran interés por la expansión misionera en Asia y América. Asignó a los jesuitas, que ya estaban en Japón, la misión de evangelizar el país; mientras que los agustinos y franciscanos se encargaron de la difusión del cristianismo en Filipinas, donde se erigió la diócesis de Manila en 1579. En América apoyó la acción evangelizadora que los misioneros realizaban con la ayuda de la corona española. También mostró gran interés por la unión con Roma de las Iglesias cismáticas de Oriente, aunque murió sin ver ningún resultado positivo.

Durante este pontificado se reforzó el gobierno central de la Iglesia, que ya se había iniciado bajo los papas Pío IV y san Pío V. Como ya se ha indicado, las nunciaturas existentes y las nuevamente creadas se convirtieron en un instrumento para aplicar la reforma tridentina y fortalecer el centralismo romano. En la misma dirección, se ampliaron las competencias de la Congregación cardenalicia de Obispos, creada por san Pío V en 1572, de forma que en pocos años se convirtió en el organismo de discusión de los problemas más importantes de la vida religiosa de las iglesias diocesanas, especialmente de las italianas.

Gregorio XIII también se preocupó de la cultura y el arte. Encargó a César Baronio la tarea de preparar el nuevo *Martyrologium Romanum*, que verá la luz en 1586; en 1582 mandó publicar el *Corpus iuris canonici*, cuya elaboración se había iniciado en el pontificado de Pío IV. El mismo año reformó el calendario juliano después de consultar a numerosos científicos y escuchar a una comisión de técnicos. El nuevo calendario, conocido como gregoriano, fue promulgado el 24 de febrero de 1582 con la bula *ínter gravissimas*, suprimiendo los días comprendidos entre el 4 y el 15 de octubre de aquel año a fin de ganar los diez días de retraso que el calendario juliano había ido acumulando. A pesar de las recomendaciones de los astrónomos Brahe (1546-1601) y Kepler (1571-1630), los Estados protestantes sólo aceptaron el calendario gregoriano a partir del siglo xviii y la Iglesia ortodoxa en el xx.

En Roma promovió múltiples empresas de carácter urbano y artístico. Buena parte de las obras se llevaron a cabo con motivo del jubileo de 1575, que Gregorio XIII quiso que se celebrase con gran solemnidad. Enriqueció la ciudad con cuatro fuentes artísticas construidas en las plazas del Popolo, Navona y Pantheon, y con el palacio del Quirinale. En el Vaticano recuerda su memoria la Galería delle Carte geografiche, con los dieciséis mapas monumentales de Ignazio Danti. Murió en Roma el 10 de abril de 1585, cuando contaba 83 años de edad, y fue enterrado en la capilla Gregoriana de la basílica de San Pedro (diseñada por Della Porta) en un magnífico sepulcro de mármol.

Sixto V (24 abril 1585 - 27 agosto 1590)

Personalidad y carrera eclesiástica. Félix Peretti nació en Montalto el 13 de diciembre de 1520. Los orígenes humildes de su familia, pequeños arrendata-

rios de las cercanías de Ancona, hizo nacer la leyenda de que sus años de adolescencia transcurrieron guardando cerdos, a fin de resaltar su brillante carrera eclesiástica. Ingresó en los franciscanos y tomó el hábito el año 1534. Durante casi veinte años su vida transcurrió enseñando teología en los conventos de su orden y predicando, pero el encuentro que tuvo en 1552 con Miguel Ghislieri, el futuro san Pío V, cambió el rumbo de su vida. Ghislieri, que tenía una gran influencia en la Inquisición romana, le encargó misiones importantes en Venecia (1557-1560), donde tuvo enfrentamientos con la república, y en España (1565), acompañando al legado cardenal Boncompani, futuro Gregorio XIII, para instruir el proceso contra el arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza (1503-1576). En 1560 fue nombrado consultor de la Congregación romana de la Inquisición, gracias al apoyo de Ghislieri, y cuando éste fue nombrado papa (7 enero 1566) designó a Peretti vicario general de los franciscanos (1566-1568), obispo de Sant'Agata dei Goti en el reino de Nápoles (1566) y cardenal en 1670, haciéndole miembro de la Congregación del índice, de la de Obispos y de la congregación especial que terminó por condenar oficialmente a Carranza. En 1571 san Pío V le trasladó a la diócesis de Fermo, pero en 1577 renunció por las difíciles relaciones con el nuevo papa Gregorio XIII y se mantuvo apartado de la vida pública.

A la muerte de Gregorio XIII (10 abril 1585), el cónclave eligió papa al cardenal Peretti el 24 de abril de 1585, gracias al apoyo de España y a pesar de la resistencia de algunos miembros del sacro colegio y, sobre todo, de la oposición de la nobleza romana. Tomó el nombre de Sixto V en recuerdo de Sixto IV, miembro también de la familia franciscana. Sixto V, que reunía el severo sentido eclesial de san Pío V y la habilidad de estadista de Paulo III, reforzó el poder de las congregaciones en la Iglesia y la Congregación de la Inquisición se convirtió en el modelo para la reforma de la curia romana.

El gobierno de la Iglesia. Con la política que practicó en los Estados Pontificios pretendía, en primer lugar, luchar contra la violencia y la inseguridad que el bandolerismo y los salteadores habían creado en Roma y en el Estado. El endurecimiento de las disposiciones judiciales, el mejor funcionamiento de la justicia y muchas condenas ejemplares convirtieron al Estado de la Iglesia en una tierra segura. En segundo lugar, trató de imprimir al gobierno político un signo marcadamente absolutista, derivado no sólo de sus antecedentes religiosos sino también de su formación. En tercer lugar, estimuló una política de obras públicas en Roma y en el resto del Estado (deseccación de las lagunas pontinas, impulso de la industria textil, etc.) con el fin de aumentar los puestos de trabajo y luchar contra la mendicidad. También tomó diferentes medidas de carácter económico referentes a la deuda pública pontificia, que se incrementó con la creación de once nuevos «montes» o instituciones de crédito.

Los mayores éxitos de la política eclesiástica de Sixto V se centraron en la reorganización de la curia romana, en línea con la evolución de los Estados modernos (Graziani, *Sisto V e la riorganizzazione della S. Sede*, Roma, 1910). Con la bula *Postquam venís* (3 diciembre 1586) reorganizó el colegio cardenalicio, y

con la siguiente bula *Immensae aeterni Dei*, de 22 de enero de 1587, estableció un sistema de quince congregaciones permanentes para el gobierno de la Iglesia y del Estado pontificio. Seis de ellas se ocupaban de la administración del Estado pontificio y el resto de los asuntos de la Iglesia universal. La creación de las quince congregaciones (Inquisición, Signatura de la gracia, Consistorial, Abastecimiento de los Estados Pontificios, Ritos, Conservación de la escuadra para la defensa del Estado, índice de libros prohibidos, Ejecución e interpretación de las disposiciones del Concilio de Trento, Recaudación de impuestos, Universidades y escuelas, Regulares, Obispos, Obras públicas, Tipografía vaticana y Estado) representó una aceleración sustancial en la evolución del papado de la monarquía aristocrática del Renacimiento, caracterizada por el dualismo de poderes entre el pontífice y el colegio cardenalicio en el consistorio, a la centralización absolutista del poder en la persona del papa (P. Prodi, // *sovra-no pontífice*, Bolonia, 1982). Esta nueva fase histórica del poder pontificio bajo Sixto V se tradujo en una imagen más combativa de la Iglesia militante, tanto en sus relaciones con los Estados como con las Iglesias locales.

La política eclesiástica de Sixto V se plasmó en el apoyo decidido a los monarcas o partidos católicos en lucha contra los protestantes. En Francia prestó apoyo a la liga católica en aquellos años convulsos de las guerras de religión que precedieron a la subida de Enrique IV (1589-1610) al trono; a Felipe II le concedió ayuda financiera para realizar la empresa contra Inglaterra y continuar luchando contra los calvinistas de los Países Bajos; en el Imperio y en Suiza relanzó con energía la reconquista católica contra los protestantes, tanto apoyando a los soberanos como utilizando modernos instrumentos de propaganda cultural y religiosa.

En un aspecto más estrictamente religioso, Sixto V tomó una medida de gran importancia para la reforma y la aplicación de los decretos del concilio tridentino con la imposición de las visitas regulares de los obispos a Roma, para que informasen del estado de sus diócesis (visita *ad limina*). La bula *Romanus Pontifex* (20 diciembre 1580) señaló un plazo de tres años a los obispos de Italia e islas adyacentes para que fueran a Roma; de cuatro a los de Alemania, España, Francia, Inglaterra y Hungría; de cinco a los del resto de Europa, Próximo Oriente y norte de África; y de diez para el resto del mundo. En esta visita *ad limina* los obispos o sus representantes debían llevar un informe sobre el estado de la vida eclesiástica en sus diócesis, de acuerdo a un esquema previo, que era examinado por la Congregación del Concilio y, después, indicaba al obispo los aspectos que debía reformar en su Iglesia según lo dispuesto por el concilio. Tales informes, a pesar de la reiteración que se observa en muchos de ellos, contribuyeron a afianzar la reforma católica en las diferentes diócesis de la cristiandad.

Sixto V estableció también una comisión para la revisión de la Vulgata, que trabajó con gran escrupulosidad pero con lentitud. Sixto V les urgió para que lo hicieran con más rapidez y él mismo emprendió la corrección del texto sagrado, lo que dio lugar a muchas arbitrariedades. Sin tener en cuenta las muchas

objecciones que le hicieron, ordenó publicar aquella Vulgata en 1590, pero como Sixto V murió poco tiempo después, los cardenales impidieron la venta de la edición. Una nueva comisión, instituida por Gregorio XIV, eliminó los errores más crasos y la edición mejorada se publicó en 1592 bajo el patrocinio de Clemente VII como *Vulgata sixto-clementina*.

Poseído de una pasión constructora, Sixto V quiso convertir a Roma en la ciudad más bella de Europa y en el centro religioso del mundo. Encargó a Giacomo della Porta (1539-1602) que rematase la cúpula de San Pedro, que con el obelisco colocado en el centro de la plaza y el palacio residencial del papa, proyectado por Domenico Fontana, vino a ser para los peregrinos que visitaban Roma el verdadero símbolo de la ciudad eterna. El viejo palacio lateranense cedió sitio a una construcción nueva. Asimismo mandó abrir una calle amplia que unía el Pincio con Santa María la Mayor, basílica en la que ordenó erigir una suntuosa capilla funeraria para sí y para su protector san Pío V. En el Vaticano dividió en dos el cortile del Belvedere mediante la construcción transversal de la actual Biblioteca. El Salone Sistino (1587-1589), con su alegre decoración, es sin duda el espacio más bello del mundo dedicado a la exposición de libros. Sin embargo, no hay que olvidar que todo el programa sixtino de modernización de la curia, de obras públicas y demás actuaciones, se enmarca dentro de un objetivo fundamental: la afirmación restauradora del catolicismo de la Contrarreforma.

Sixto V murió el 27 de agosto de 1590, a los 69 años de edad. Fue sepultado provisionalmente en el Vaticano, pero poco después fue trasladado a la basílica de Santa María la Mayor y depositado en un magnífico sepulcro de la regia capilla del Pesebre.

Urbano VII (15 septiembre 1590 - 27 septiembre 1590)

Juan Bautista Castagna nació en Roma el 4 de agosto de 1521. Hijo de Cosme, noble genovés, y Costanza Ricci, romana y hermana del cardenal Jacovazzi, estudió derecho en Perugia y Bolonia, donde se graduó de doctor. Entró al servicio de su tío, el cardenal Verallo, y le acompañó como datario en su legación a la corte de Francia (1551-1552); de regreso a Roma, Julio III le nombró refrendatario del tribunal de justicia. En marzo de 1553, ante la renuncia de su primo Paulo Verallo, fue designado arzobispo de Rossano y recibió las órdenes sagradas. Luego desempeñó el cargo de gobernador de Fano (1555) y, bajo el pontificado de Pío IV, el de Perugia. A partir de noviembre de 1561, y hasta su conclusión, participó en el Concilio de Trento, como miembro de la comisión para la reforma de la Iglesia, manteniendo una estrecha relación con el cardenal Borromeo. Vuelto a la diócesis se distinguió por su voluntad reformista, pero Pío IV le encargó que acompañara al cardenal Boncompagni, que había sido nombrado legado ante la corte de España. A la vuelta de Boncompagni, Castagna permaneció en Madrid como nuncio durante siete años. En 1573 volvió a Roma, renunció a la diócesis de Rossano al no poder atenderla debidamente, y al año siguiente fue nombrado nuncio en Venecia y después gover-

nador de Bolonia (1577). En 1578 fue designado legado extraordinario en Colonia para la firma de un proyecto de paz entre Felipe II y los Países Bajos. Siendo consultor del Santo Oficio, el 12 de diciembre de 1582 Gregorio XIII le concedió la púrpura cardenalicia del título de San Marcelo en recompensa por tantos años al servicio de la Iglesia. Durante el pontificado de Sixto V desempeñó el cargo de inquisidor y consiguió la estima del sacro colegio, apoyando al partido español de forma moderada.

En el cónclave que siguió a la muerte de Sixto V, las presiones españolas consiguieron imponer la elección de un miembro de su partido y el 15 de septiembre de 1590 fue designado papa el cardenal Castagna, que tomó el nombre de Urbano VII.

Apenas electo, Urbano VII comenzó a trabajar: mandó formar un registro de los pobres de Roma para distribuir limosnas, ordenó pagar todas las deudas de los montes de piedad para socorrer a los pobres vergonzantes, nombró una comisión de cardenales para proseguir la reforma de la curia; dispuso que se continuaran las obras iniciadas por su predecesor en los palacios del Quirinal y del Vaticano, con orden expresa de que se grabase en ellas las armas de Sixto V en vez de las suyas. Se negó a favorecer a los miembros de su familia, que en seguida acudieron a Roma, y sólo concedió un canonicato a su sobrino Fabricio Verallo.

A los pocos días de su elección se sintió enfermo e hizo testamento a favor de la cofradía de la Anunciata para dotar doncellas. Murió en Roma el 27 de septiembre de 1590, a los trece días de su elección, sin haber sido coronado con la tiara. Fue sepultado en la basílica de San Pedro y allí permaneció hasta el año 1606 en que fue trasladado a la iglesia de Santa María sopra Minerva.

Gregorio XIV (5 diciembre 1590 - 15 octubre 1591)

Nicolás Sfondrati nació en el castillo de Somma Lombardo el 1 de febrero de 1535. De familia noble, era hijo de un senador milanés y de Ana Visconti. Después de estudiar derecho en las universidades de Perugia, Bolonia y Pavia, donde se doctoró, abrazó la carrera eclesiástica y Pío IV le nombró obispo de Cremona en 1560. Participó activamente en la última etapa del Concilio de Trento, donde defendió la obligación de residencia de los obispos, en oposición a las tesis romanas y en consonancia con la postura de España; se ocupó de la revisión del índice y del proyecto del decreto sobre el matrimonio. Las estrechas relaciones que mantenía con el cardenal san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán y su metropolitano, y con san Felipe Neri, le impulsaron a seguir el camino de la reforma. De vuelta a Cremona, aplicó los decretos tridentinos, promulgados en el sínodo diocesano que celebró en 1580, realizó la visita a la diócesis, fundó el seminario y acogió en su diócesis a los teatinos y a los barnabitas. Hombre austero y piadoso, celebraba diariamente la eucaristía, ayunaba con frecuencia y dedicaba todas sus energías a la reforma de la iglesia diocesana, incluso después que Gregorio XIII le nombrase cardenal del título de Santa Cecilia el 12 de diciembre de 1583.

El cónclave que se reunió a la muerte de Urbano VII mantuvo posturas enfrentadas durante dos meses, hasta que las presiones españolas consiguieron imponer a uno de sus candidatos. El 5 de diciembre de 1590 fue elegido papa el cardenal Sfondrati, filoespañol moderado y gran amigo del cardenal Borromeo y de san Felipe Neri. Escogió el nombre de Gregorio XIV; fue coronado el día 8 y el 13 tomó posesión de la basílica de San Juan de Letrán.

En el espacio de los pocos meses que duró su pontificado hizo algunas cosas dignas de mención. Se rodeó de personas que habían abrazado los ideales tridentinos. Tomó diferentes medidas para hacer frente a la carestía y a la epidemia que azotaban al Estado pontificio; renovó la constitución de Pío V de que no fuesen enajenadas ni dadas en feudo tierras de la Iglesia y, a pesar de la oposición de los cardenales, no autorizó al duque de Ferrara, que era el último vástago de su familia, transferir a otro el principado. Sin embargo, la gran preocupación de Gregorio XIV fue Francia, asolada por las guerras de religión. El papa envió al nuncio Marsilio Landriano para pedir a los eclesiásticos y a los católicos que apoyaban a Enrique IV, protestante, que le abandonaran bajo pena de excomunión, y además organizó un ejército bajo el mando de su sobrino Hércules Sfondrati para apoyar a la Liga Católica que luchaba contra los hugonotes.

Gregorio XIV precisó la forma de realizar la visita *ad limina* de los obispos con la bula *Onus apostolice servitutis* (15 mayo 1591), reglamentó el derecho de asilo de las iglesias, terminó de organizar las congregaciones romanas establecidas por Sixto V, instituyó una comisión para continuar la corrección de la Vulgata y apoyó al compositor Palestrina. Los capelos cardenalicios los reservó para clérigos que eran promotores de la reforma católica. A su sobrino Francisco Sfondrati le concedió la púrpura cardenalicia en una promoción especial el 19 de diciembre de 1590 y, al empeorar su salud, de largo tiempo quebrantada, le cedió grandes parcelas de poder, lo que suscitó la oposición de los cardenales, que le obligaron a reducir los poderes excepcionales que había concedido al cardenal nepote. Murió en Roma el 15 de octubre de 1591, cuando contaba 57 años de edad, y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Inocencio IX (29 octubre 1591 - 30 diciembre 1591)

Juan Antonio Fachinetti nació en Bolonia el 20 de julio de 1519. De familia noble, estudió derecho en la universidad de su ciudad hasta conseguir el grado de doctor y entró al servicio del cardenal Alejandro Farnese, al que representó durante cuatro años en la legación de Avignon. Nombrado obispo de Nicastro en Calabria por Sixto IV, participó en la última fase del Concilio de Trento y, al volver a su diócesis, la visitó y fundó el seminario. En 1566 san Pío V le envió como nuncio a Venecia y fue uno de los promotores de la formación de la liga contra los turcos que consiguió la victoria naval de Lepanto (7 octubre 1571). En 1575 renunció al obispado por su mala salud, pero al año siguiente Gregorio XIII le nombró patriarca de Jerusalén y le asignó importantes cargos en el Santo Oficio, concediéndole la púrpura cardenalicia el 12 de

diciembre de 1583. Durante el pontificado de Gregorio XIV ocupó la presidencia del tribunal de la Signatura y tomó parte activa en el gobierno de la Iglesia.

En el cónclave que siguió a la muerte de Gregorio XIV se dejó sentir una vez más la presión de España, que consiguió que en dos días de cónclave se eligiera papa al cardenal Fachinetti, que tenía fama de ser partidario de la reforma católica. Elegido el 29 de octubre de 1591, tomó el nombre de Inocencio IX.

En los dos meses que duró su pontificado trató de cumplir con escrupulosidad su misión: se preocupó del abastecimiento de Roma y de luchar contra la peste que hacía estragos en la ciudad; confirmó la constitución de san Pío V que prohibía enajenar los bienes de la Iglesia, e introdujo un cambio importante en la Secretaría de Estado, al dividirla en tres secciones: una para Francia y Polonia, otra para España e Italia y la tercera para Alemania. En lo demás, continuó la política de su predecesor y siguió ayudando a la Liga Católica de Francia contra los hugonotes. Murió el 30 de diciembre de 1591 en Monte Cavallo y fue trasladado a Roma, siendo sepultado en la basílica de San Pedro.

Clemente VIII (30 enero 1592 - 5 marzo 1605)

Personalidad y carrera eclesiástica. Hipólito Aldobrandini nació en Fano el 24 de febrero de 1535 en el seno de una familia patricia florentina. Hijo de Silvestre y Lisa Deti, su padre —que era un célebre jurista, exiliado en 1531 por motivos políticos— entró al servicio de la administración pontificia y en 1548 consiguió el cargo de abogado consistorial en Roma gracias a la protección del cardenal Alejandro Farnese. Mientras tanto Hipólito Aldobrandini estudió derecho en las universidades de Padua, Perugia y Bolonia, donde se graduó de doctor. Vuelto a Roma para hacer carrera eclesiástica, su vida ejemplar llamó la atención de san Pío V y fue nombrado abogado consistorial, después en 1568 auditor de cardenal camarlengo y en 1569 auditor de la Rota. En 1571 formó parte del séquito del cardenal nepote, Miguel Bonelli, enviado como legado *a latere* a España, Portugal y Francia (junio 1571 - abril 1572). En 1572, con la muerte de san Pío V, la brillante carrera que Aldobrandini había iniciado sufrió un parón. Durante el pontificado de Gregorio XIII el joven auditor de la Rota quedó olvidado en el ejercicio de la actividad jurídica y fue en aquellos años, a finales de 1580, cuando decidió recibir las órdenes sagradas por influencia de san Felipe Neri, con quien se confesaba. A partir de aquí sus relaciones con el Oratorio se reforzaron y César Baronio será uno de sus confesores habituales. Con la subida de Sixto V al trono pontificio Hipólito Aldobrandini encontró un nuevo protector y su carrera volvió a despegar: el 15 de mayo le nombró datario y el 18 de diciembre le concedió la púrpura cardenalicia. En mayo de 1588, Sixto V le envió como legado *a latere* a Polonia, no tanto por sus méritos cuanto por la independencia que mantenía entre las diferentes facciones del sacro colegio. La misión de Aldobrandini consistía en tratar de pacificar el país, dividido y enfrentado tras la muerte del rey Esteban Barthory entre los pretendientes a la corona: Segismundo Vasa y Maximiliano de Habsburgo. La

victoria del primero y las negociaciones posteriores permitieron concluir un tratado de paz el 9 de marzo de 1589. El legado volvió a Roma en mayo de 1589 y el éxito diplomático de su misión le convirtió en uno de los miembros más considerados del sacro colegio.

La pronta muerte de Inocencio IX obligó a celebrar un nuevo cónclave en menos de tres meses y, como en los tres casos precedentes, también el cónclave de 1592 se desarrolló bajo una fuerte presión española. Después de veinte días de escrutinios, el 30 de enero de 1592 fue elegido papa el cardenal Hipólito Aldobrandini, que tomó el nombre de Clemente VIII. El 2 de febrero fue consagrado obispo, y ocho días después, entronizado solemnemente, tomó posesión de San Juan de Letrán. Clemente VIII llevó una vida piadosa y peregrinó cada mes a pie a las siete iglesias principales de Roma. Pero, tímido por naturaleza, no fue un hombre de decisiones rápidas, antes bien por su carácter irresoluto las fue posponiendo. Con él empezó a perder ímpetu el movimiento reformista, que había arrancado y avanzado vigorosamente con san Pío V y sus sucesores. Las expectativas españolas se vieron defraudadas por Clemente VIII cuando reconoció a Enrique IV (1589-1610) como legítimo rey de Francia. Aunque personalmente llevó una vida sobria y sencilla, fue pródigo con su familia. El 18 de septiembre de 1592 confirió a sus sobrinos Pedro Aldobrandini (hijo de su hermano) y a Cinzio Passeri (hijo de su hermana) la dirección de la Secretaría de Estado y la Superintendencia del Estado de la Iglesia, dividiendo entre ambos las atribuciones de acuerdo con criterios geográficos. El 17 de septiembre de 1593 les concedió la púrpura cardenalicia.

La actividad política. Clemente VIII, en cuanto soberano de los Estados Pontificios, continuó y acentuó el esfuerzo de centralización administrativa emprendido por Sixto V, creando la Congregación del Buen Gobierno (30 octubre 1592). En 1598, después de la muerte del duque de Ferrara, Alfonso II del Este, sin sucesión legítima, incorporó al Estado pontificio el ducado de Ferrara, al ser vasallo de la Santa Sede, lo que ocasionó la protesta de España, Venecia y Toscana, que apoyaban las pretensiones de César del Este. También se preocupó por el bien material de su pueblo, aligeró la presión fiscal a los campesinos de la campiña romana, les defendió contra los abusos de la usura fomentando los montes de piedad, y fue inexorable en la represión del bandolerismo y de los atropellos de la nobleza.

La política eclesiástica de Clemente VIII se orientó fundamentalmente a solucionar el problema de la Iglesia en Francia (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXIII, pp. 73-183). A Enrique III de Valois (1575-1589) le sucedió en 1589 Enrique de Borbón, rey de Navarra, que era protestante y había sido condenado por Sixto V en 1585 y declarado inhábil para sucederle en la corona de Francia. Sin embargo, Enrique IV fue reconocido como rey por muchos católicos franceses, y sólo los miembros de la Liga Católica, sostenida por Felipe II y el papado, seguían considerando vacante el trono. Consciente de que sólo abjurando del protestantismo podía poner fin a la división del reino, Enrique IV decidió hacerse católico. El 25 de julio de 1593 abjuró de sus errores en la iglesia

de San Denis ante el arzobispo de Bourges y envió representantes a Clemente VIII para solicitar la revocación de las censuras impuestas por Sixto V. Clemente VIII se mantuvo indeciso durante un tiempo, pero el temor de un posible cisma galicano le hizo ceder ante las instancias de Davy du Perron y de Arnaud d'Ossat. Los cardenales reunidos por el papa en el Quirinal también se mostraron favorables a la absolución, siempre que el rey francés aceptara una serie de compromisos: restablecer el catolicismo en el Bearne, promulgar en Francia los decretos del Concilio de Trento y educar en la fe católica al heredero del trono. El 17 de septiembre de 1595 los procuradores de Enrique IV, Du Perron y D'Ossat, pronunciaron una solemne abjuración en nombre del rey, en la basílica de San Pedro, y Clemente VIII proclamó la absolución de Enrique IV. Para sancionar la reconciliación de Francia con la Santa Sede y restablecer las relaciones diplomáticas interrumpidas desde 1588, Clemente VIII envió a Francia en 1596, en calidad de legado *a latere*, al cardenal de Florencia, con el encargo de conseguir que Enrique IV ratificase lo acordado en la absolución, de reorganizar la Iglesia de Francia y de interponer la mediación pontificia entre Francia y España, que estaban en guerra desde 1595. La absolución de Enrique IV tuvo importantes consecuencias para la Iglesia, tanto en el plano religioso como político, pues la liga terminó por disolverse, se impuso la reforma tridentina, paralizada por la guerra civil, y el papado recuperó la independencia al librarse de la tutela española y poder actuar como árbitro entre los Estados cristianos. La mediación de Clemente VIII entre España y Francia hizo posible el tratado de Vervins (2 mayo 1598) por el que Felipe II reconoció a Enrique IV como rey de Francia y le devolvió las conquistas hechas en la frontera del noroeste francés.

Una vez que Clemente VIII consiguió que hubiera paz entre las potencias católicas, retomó el proyecto perseguido por los papas de organizar una liga contra los turcos que amenazaban los territorios orientales de la cristiandad, pero todo se redujo a enviar dinero al emperador para que sostuviera el esfuerzo militar y a mandar un cuerpo expedicionario pontificio.

La vida de la Iglesia. En un ámbito más estrictamente religioso, Clemente VIII trató de potenciar el catolicismo, tanto en los países cristianos como en las misiones. Clemente VIII no pudo evitar la promulgación del edicto de Nantes (13 abril 1598) en Francia y trató de sacar el mejor partido posible, exigiendo que se pusieran en práctica las cláusulas del edicto que ordenaban la restauración de la religión católica en todas las regiones del reino. En Suecia, tras la muerte de Juan III Vasa (1593), Clemente VIII trató de aprovechar la subida al trono del católico Segismundo III, rey de Polonia, pero éste no estuvo en condiciones de restaurar el catolicismo en su nuevo reino. La muerte de Isabel I de Inglaterra (1603) y la subida al trono de Jacobo I (1603-1625), rey de Escocia e hijo de María Estuardo, hizo concebir a Clemente VIII esperanzas de que mejoraría la situación de los católicos e incluso de su posible conversión, pero pronto quedaron desvanecidas. Entonces Clemente VIII creó en Roma un colegio para la formación de sacerdotes escoceses y confirmó los seminarios para

ingleses fundados por Felipe II en Valladolid y Sevilla, concediéndoles importantes privilegios y confiando su dirección a los jesuítas.

Mejores resultados obtuvo en sus esfuerzos por reunir las Iglesias orientales separadas de Roma. En 1592 envió un nuncio al patriarca copto de Alejandría y la Iglesia copta se unió a la romana en 1595, siendo ratificado solemnemente el 25 de junio de 1597. Sin embargo, la unión no sobrevivió a sus protagonistas. En cambio, sí tuvo un carácter definitivo la unión que la Iglesia rutena acordó en el sínodo de Brest-Litovtsk y se proclamó solemnemente en Roma el 23 de diciembre de 1595.

Clemente VIII dio a la Iglesia un importante impulso misionero con la institución en 1599 de la congregación *super negotiis sanctae fidei et religionis catholicae* o De Propaganda Fide, que será refundada por Gregorio XV en 1622. Se interesó por los progresos de la evangelización en América, con la creación de nuevas diócesis, y en Extremo Oriente, haciendo extensivo a todas las órdenes mendicantes el privilegio de Gregorio XIII que reservaba la evangelización de Japón y de China a los jesuítas.

También se preocupó de que las disposiciones tridentinas se impusieran en todas las iglesias diocesanas y él dio ejemplo en la de Roma, realizando personalmente la visita pastoral en dos ocasiones. Celoso guardián del depósito de la fe, participaba una vez a la semana en los trabajos de la Congregación de la Inquisición, tomó algunas medidas para reforzar los reglamentos vigentes y en 1596 mandó publicar un nuevo *Index librorum prohibitorum*. De las más de treinta condenas a muerte que se pronunciaron por herejía entre los años 1595 y 1605, la más célebre fue la ejecución del dominico Giordano Bruno (1548-1600). Este monje, oriundo del reino de Nápoles, puso en duda el dogma de la Trinidad y persistió en su opinión, por ello el tribunal de la Inquisición le condenó como hereje impenitente. Giordano murió en la hoguera el año 1600 en el Campo dei Fiori de Roma.

Clemente VIII también intervino en la controversia teológica que dominicos y jesuítas entablaron en torno a la relación de la gracia con el libre albedrío, que sabiamente dejó sin resolver. La polémica surgió en 1588 con la publicación de la obra *De concordantia liben arbitrii* del jesuíta Luis Molina. Ante el cariz que tomaba la polémica, Clemente VIII avocó la causa a Roma, impuso silencio a las dos partes y nombró una comisión de cardenales (la congregación de *auxiliis*) para encontrar una solución a la controversia. A principios de 1605 la comisión había terminado su trabajo, pero el papa murió sin tomar ninguna decisión, al igual que hicieron sus sucesores hasta el siglo xviii.

El pontificado de Clemente VIII se caracterizó por una importante actividad editorial en el campo bíblico y litúrgico. En 1592 se publicó la primera versión oficial de la *Vulgata*, en 1596 el *Pontifical romano*, en 1600 el *Ceremonial de los obispos*, en 1602 el *Breviario romano* y en 1604 el *Misal romano*. También concluyó importantes obras en el Vaticano: el palacio vaticano en 1596, donde le recuerda sobre todo la magnífica sala Clementina, y la decoración de la cúpula de San Pedro, que confió al pintor Cavaliere d'Arpino.

Clemente **VIII**, celoso defensor del dogma, luchador por la expansión del catolicismo y hombre de profunda piedad, que se confesaba cada día con el cardenal Baronio (autor de los doce volúmenes de los *Aúnales ecclesiastici*, que hasta su época constituyen la colección de fuentes documentales más completa de la historia de la Iglesia), murió en Roma el 5 de marzo de 1605. Su cuerpo recibió provisionalmente sepultura en San Pedro, pero luego Paulo V lo hizo trasladar a la capilla Borghese de la basílica de Santa María la Mayor, donde construyó un magnífico mausoleo de piedra.

León XI (11 abril 1605 - 27 abril 1605)

Alejandro de Médicis nació en Florencia el 2 de junio de 1536. Pertenecía a una rama segundona de la célebre familia florentina, y era hijo de Octaviano de Médicis y de Francisca Salviati. Por línea materna estaba emparentado con el papa León X y con el gran duque de Toscana Cósimo I (1537-1574). En 1560 conoció a san Felipe Neri, el fundador del Oratorio, y entabló con él una relación que influyó en su ordenación sacerdotal en 1567.

En 1679 el gran duque Cósimo le nombró embajador en Roma y en este empleo permaneció quince años, aunque simultáneamente fue subiendo peldaños en la jerarquía eclesiástica. Gregorio XIII le nombró obispo de Pistoia el 9 de marzo de 1573, poco después le promovió al arzobispado de Florencia (15 enero 1574) y el 12 de diciembre de 1783 le concedió el capelo cardenalicio y se le empezó a conocer con el nombre del «cardenal de Florencia». Durante estos años, Alejandro de Médicis ejerció una importante labor pastoral en sus diócesis poniendo en práctica la reforma tridentina por medio de vicarios generales. El 12 de mayo de 1584 volvió a Florencia y se hizo cargo del gobierno de la diócesis, convocando un sínodo en 1589.

En 1596, Clemente VIII le envió a Francia, en calidad de legado a latere, con la misión de conseguir que Enrique IV ratificase lo acordado en la absolución, de reorganizar la Iglesia de Francia y de interponer la mediación pontificia entre Enrique IV y Felipe II, que estaban en guerra desde 1595. Durante dos años el cardenal Alejandro de Médicis trabajó por el restablecimiento del catolicismo y de la disciplina eclesiástica en Francia, e hizo posible el tratado de Vervins (2 mayo 1598) que acordaba la paz entre Felipe II y Enrique IV; pero no pudo impedir que Enrique IV promulgara el edicto de Nantes (13 abril 1598). En los primeros días de septiembre de 1598 se despidió de Enrique IV y regresó a Italia, siendo recibido con gran pompa por el papa el 10 de noviembre en la corte pontificia de Ferrara. En 1600 Clemente VIII le nombró obispo de Albano y poco después de Palestrina (1602).

En el cónclave que siguió a la muerte de Clemente VIII (1605), había tres partidos: el español, el francés y el de los cardenales creados por el papa difunto, que capitaneaba el cardenal nepote Aldobrandini. Este partido apoyó la candidatura del cardenal Baronio, oratoriano e ilustre historiador, pero los españoles se opusieron por la hostilidad manifestada en sus obras a los privilegios eclesiásticos de España y en especial a la *monarchia sicula* (*Annales*, XI). Ba-

ronio no consiguió los votos necesarios, y con el apoyo del partido francés se eligió papa al cardenal Alejandro de Médicis el 1 de abril de 1605. Escogió el nombre de León XI en memoria de su pariente León X y se ciñó solemnemente la tiara el día de la Pascua de Resurrección.

León XI fue un hombre culto, refinado y entusiasta de la reforma católica. A consecuencia de un resfriado, que cogió el día que tomó posesión de Letrán, murió en Roma el 27 de abril de 1605, a los veintiséis días de haber sido electo. Fue enterrado en la basílica de San Pedro, donde el cardenal Ubaldini le hizo erigir un suntuoso mausoleo.

Paulo V (16 mayo 1605 - 28 enero 1621)

Personalidad y carrera eclesiástica. Camilo Borghese nació en Roma el 17 de septiembre de 1552 en el seno de una familia de origen sienés que se había establecido en Roma durante el pontificado de Paulo III. Hijo de Marcantonio, decano de los abogados consistoriales, y de Flaminia Astalli, Camilo estudió filosofía en la Universidad de Perugia y derecho en Padua, donde consiguió el doctorado. Volvió a Roma y sucedió a su padre en el cargo de abogado consistorial, luego ocupó los puestos de refrendatario del tribunal de la Signatura, vicario de Santa María la Mayor y vicelegado de Sixto V en Bolonia. En 1593 Clemente VIII le nombró legado extraordinario ante Felipe II y, a su retorno, el 15 de junio de 1596 le concedió la púrpura cardenalicia; al año siguiente le nombró obispo de Jesi y en 1603 se convirtió en el cardenal vicario de Roma.

A la muerte de León XI (27 abril 1605) el cónclave se encontraba aún más dividido que el anterior. Los españoles presentaron la candidatura del cardenal Sauli, con la que estaban conformes los franceses, pero Aldobrandini la rechazaba porque Sauli se había opuesto antes a la elección de Clemente VIII y seguía apoyando a Baronio, rechazado por los españoles. Después de varios días en que las candidaturas de Baronio y Tosco no cuajaron por la oposición de uno u otro partido, los cardenales se pusieron de acuerdo en torno al cardenal Borghese, que por modestia o por estrategia se había mantenido al margen hasta aquel momento, a pesar de que gozaba de una pensión española desde su embajada en Madrid. El 16 de mayo de 1605 fue elegido papa Camilo Borghese y tomó el nombre de Paulo V, en recuerdo de Paulo III que había protegido a su padre. A diferencia de los papas anteriores, que solían dejarse toda la barba, Paulo V fue el primero que sólo se dejó una pequeña perilla, cosa en la que le imitaron sus sucesores hasta Inocencio XII. El nuevo papa era un hombre muy reflexivo, que odiaba la precipitación, por lo que la solución de los problemas avanzó con gran lentitud.

Las relaciones diplomáticas. La política de Paulo V descansó sobre el principio de la neutralidad en los enfrentamientos hispano-franceses, haciendo llamamientos a la unidad de los príncipes católicos contra la amenaza de los turcos, a la vez que defendió los derechos de los católicos frente a los protestantes. En Inglaterra, después del fracaso de la conspiración de la pólvora (1605),

empeoró la situación de los católicos, que fueron obligados a prestar un nuevo juramento de fidelidad. En Alemania se produjo un recrudecimiento de las luchas confesionales. En 1608 los príncipes protestantes del Imperio formaron la Unión Evangélica y, al año siguiente, los católicos respondieron con la organización de la liga, capitaneada por Maximiliano de Baviera. A su vez, el emperador Matías (1612-1619), empujado por el partido católico, ordenó en 1617 la destrucción de las iglesias que los protestantes habían levantado en Klostergrab, lo que dio origen a la rebelión de Bohemia con la defenestración de Praga (23 mayo 1618), iniciándose la guerra de los Treinta Años. Paulo V prestó ayuda financiera al nuevo emperador Fernando II (1619-1637), que había estudiado con los jesuítas en Ingolstadt y era defensor de la reforma católica, y a la liga, pero sólo pudo ver la victoria de la Montaña Blanca (8 noviembre 1620) que permitió restablecer el culto católico en Bohemia y en Moravia.

El grave enfrentamiento que Paulo V tuvo con la república de Venecia hay que encuadrarlo en la defensa de las inmunidades de la Iglesia, ratificadas en Trento, y los derechos que reclamaban los Estados modernos. Dos leyes promulgadas en Venecia en 1604 y 1605, antes de la elección de Paulo V, prohibiendo la erección de iglesias o conventos sin el consentimiento del Senado y la adquisición de propiedades inmuebles a los eclesiásticos, desataron el conflicto. Éste se agravó con la detención de dos clérigos que la república no quiso entregar a los tribunales eclesiásticos, violando el principio de la inmunidad eclesiástica defendido en Trento, que ordenaba que los eclesiásticos fueran juzgados exclusivamente por tribunales eclesiásticos. El 17 de abril de 1606, Paulo V amenazó con el entredicho a la república de Venecia, pero ésta rechazó la amenaza, encargó al teólogo Paolo Sarpi la defensa de la independencia del Estado en el ámbito temporal y prohibió que se publicase el entredicho. El conflicto eclesiástico-político se trocó entonces en una controversia de principios sobre las relaciones entre el poder eclesiástico y el civil. La mediación de Francia y el temor de que Venecia cediera al protestantismo puso fin al enfrentamiento el 17 de abril de 1607. Paulo V levantó las censuras y Venecia liberó a los dos eclesiásticos. Pero este hecho dejó patente que ya no se podía imponer en todos los asuntos el derecho canónico, porque las circunstancias habían cambiado de modo radical (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXV, pp. 91-167). El papa tuvo que revocar el entredicho sin que Venecia cediera en el punto principal. Aquel entredicho fue el último que se ha pronunciado contra un Estado.

La actividad religiosa. La acción religiosa de Paulo V se centró en la continuación de la reforma católica, en el apoyo a las misiones y en la controversia de *auxiliis*. Paulo V vigiló la aplicación de los decretos del Concilio de Trento, particularmente los referentes a la residencia de los obispos y a la clausura de los regulares. Aprobó la Congregación del Oratorio de Francia, fundada en 1611 por De Bérulle, futuro cardenal; en 1614 publicó un nuevo *Breviario romano*, procedió a la canonización de santa Francisca Romana (1608) y de san Carlos Borromeo (1610), y a la beatificación de los grandes protagonistas de la reforma católica del siglo anterior: san Ignacio de Loyola (1491-1556), san Fran-

cisco Javier (1506-1552), santa Teresa de Ávila (1515-1582) y san Felipe Neri (1515-1595).

Durante su pontificado la expansión misionera ofrece un espectáculo espantoso. En América, bajo la protectora tutela del dominio español, continuó avanzando la labor evangelizadora de los misioneros. En Filipinas, con los trabajos de franciscanos, jesuítas, dominicos y agustinos, progresó rápidamente el catolicismo. En Japón, donde se habían producido muchas conversiones, estalló en 1614 una sangrienta persecución que casi aniquiló a la nueva cristiandad. También en China se desató una furiosa persecución en 1616.

Una de las preocupaciones de Paulo V fue dar solución a la controversia de *auxilii*, pero después de celebrar dieciséis congregaciones, lo dejó en suspenso imponiendo silencio a ambas partes. El 28 de agosto de 1607, Paulo V dio por terminada la controversia, declarando que ambas partes quedaban en libertad de sostener y enseñar sus respectivas opiniones, pero en forma mesurada y con la prohibición de acusar de herejía al contrario.

Nepotismo y mecenazgo. Por desgracia, Paulo V no se mostró inmune al nepotismo, que además convirtió a su familia entre las principales de Roma. El hijo de su hermana Ortensia, Escipión Caffarelli, fue creado cardenal el 18 de julio de 1605 y desempeñó el papel de cardenal nepote. Las elevadas rentas que percibía de los beneficios y pensiones de Francia y España permitieron al cardenal Borghese llevar una vida de ostentación y fomentar las artes, construyendo el palacio y la espléndida Villa Borghese. El segundo sobrino, Marco Antonio Borghese, se convirtió en el jefe del nuevo linaje: en 1616 adquirió el principado de Sulmona en el reino de Nápoles y en 1620 se convirtió en el general del ejército de los Estados Pontificios. Durante el pontificado de Paulo V su familia se elevó al rango de las antiguas familias de los Colonna y Orsini, y muy pronto superó en riqueza y en poder a las familias de Sixto V y Clemente VIII. Sin embargo, aunque Paulo V se rodeó de familiares, al igual que habían hecho sus predecesores, conservó celosamente su autoridad, confiando a su nepote las funciones propias de un ministro principal.

El mecenazgo de Paulo V y de sus sobrinos posibilitó la realización de grandes obras arquitectónicas y urbanísticas que enriquecieron Roma. Entre 1607 y 1617 puso fin a la basílica de San Pedro e hizo esculpir una monumental inscripción en la fachada, en la que se proclama la terminación de la misma «para honra de los príncipes de los Apóstoles por obra de Paulo V, de la familia romana de los Borghese». En la basílica de Santa María la Mayor hizo levantar la capilla Paulina para su enterramiento. El año 1612 mandó construir un acueducto para surtir de agua al barrio del Trastévere, que se denominó Acqua Paolina. Amplió el palacio Borghese y dispuso que los archivos de la Santa Sede se colocaran en el Vaticano.

Paulo V, que reforzó considerablemente la reforma católica, murió en Roma el 21 de enero de 1621. Sepultado provisionalmente en San Pedro, más tarde fue trasladado por su sobrino, el cardenal Borghese, a la capilla Paulina en la basílica de Santa María la Mayor.

Gregorio XV (9 febrero 1621 - 8 julio 1623)

Personalidad y carrera eclesiástica. Alejandro Ludovisi nació en Bolonia el 9 de enero de 1554 en el seno de una familia del patriciado urbano que había dado a la ciudad numerosos consejeros y senadores. Hijo del conde Pompeyo Ludovisi y de Camila Bianchini, realizó sus primeros estudios en Bolonia y, desde 1569 hasta 1571, los continuó en el colegio romano bajo la dirección de los jesuitas. Volvió a Bolonia para estudiar derecho en su universidad y se doctoró en ambos derechos. El hecho de ocupar la silla de san Pedro un boloñés, Gregorio **XIII**, le facilitó la carrera eclesiástica. Ordenado sacerdote, se estableció definitivamente en Roma y Gregorio **XIII** le nombró primer juez de la curia capitolina. En 1591 Gregorio **XIV** le designó miembro de la Congregación de los asuntos de Ferrara. Clemente **VIII** le confió los cargos de refrendario de la Signatura, lugarteniente civil del tribunal del vicariato de Roma y en 1600 auditor del tribunal de la Rota. Al mismo tiempo participó en misiones diplomáticas en las cortes de España y Francia, y recibió el encargo, junto con Maffeo Barberini (futuro Urbano **VIII**), de solucionar las diferencias entre Benevento y el reino de Nápoles. Paulo V le nombró arzobispo de Bolonia el 12 de abril de 1612 y le encomendó una misión diplomática para negociar la paz entre Felipe **III** de España (1598-1621) y Carlos Manuel de Saboya (1580-1630) por el problema del marquesado del Monferrato. El 19 de septiembre de 1616 recibió el capelo cardenalicio y se estableció en Bolonia, donde se dedicó a la reforma del clero y se mantuvo alejado de las luchas e intrigas romanas.

El cónclave que siguió a la muerte de Paulo V sólo duró dos días, pero las luchas fueron intensas. Aunque los cardenales creados por el papa Borghese constituían la mayoría, no formaban un grupo compacto y se mostraron dispuestos a buscar una solución de compromiso, eligiendo al cardenal Alejandro Ludovisi, que fue electo el día 9 de febrero de 1621. Escogió el nombre de Gregorio **XV** en recuerdo de su paisano y primer protector Gregorio **XIII**. Fue coronado el 14 de febrero en San Pedro y el 9 de mayo tomó posesión de San Juan de Letrán. El nuevo papa, como lo habían sido otros muchos, era un jurista, tenía un carácter recio y era amigo de la verdad.

Una de las primeras actuaciones de Gregorio XV fue crear en torno a sí, de acuerdo con el nepotismo vigente, una estructura de gobierno familiar. Al día siguiente de su coronación, el 15 de febrero de 1621, creó cardenal a su sobrino Ludovico Ludovisi, que sólo contaba 25 años, y le encomendó la dirección de los asuntos religiosos y políticos con las funciones propias del cardenal nepote. Orazio Ludovisi, hermano del papa, se estableció en Roma y fue nombrado general de los ejércitos de la Santa Sede. Su hijo Nicolás fue nombrado gobernador del castillo de Sant'Angelo, y su hija Hipólita se casó con Giorgio Aldobrandini, sobrino de Clemente **VIII** y príncipe de Rossano, que fue promovido a príncipe de Meldola y duque de Salsina. De esta forma, en pocos años, la familia Ludovisi se convirtió en un nuevo linaje de la aristocracia romana.

La actividad política y religiosa. La política eclesiástica de Gregorio XV estuvo condicionada por la guerra de los Treinta Años (1618-1648). Tras la de-

rrota del elector palatino Federico V, jefe de la Unión evangélica, el palatino fue ocupado por Maximiliano de Baviera (1598-1651), que envió a Roma los ricos fondos manuscritos de la Biblioteca palatina de Heidelberg, mientras el emperador Fernando II prosiguió con la restauración del catolicismo en Bohemia y en los demás Estados de los Austrias, impulsando a la vez la reconquista religiosa de Alemania para el catolicismo. Gregorio XV concedió subsidios al emperador para proseguir la lucha y le invitó a extirpar el protestantismo de sus Estados, y también ayudó a Segismundo III de Polonia (1587-1632) en su lucha contra los turcos por la defensa del reino polaco. En el conflicto abierto entre España y Francia por el valle de la Valtelina, de gran interés estratégico para la comunicación entre el milanésado y los Países Bajos, Gregorio XV trabajó incansablemente para que se resolviera pacíficamente el conflicto, pero murió antes de que se solucionara.

Por lo que respecta a la política religiosa hay que resaltar la normativa que publicó sobre la elección del pontífice, la institución de la congregación De Propaganda Fide, la canonización de los primeros santos de la reforma católica y el apoyo que dio a los jesuitas. Con la bula *Aeterni Patas*, de 15 de noviembre de 1621, completada con la *Decet romanum pontificem* de 12 de marzo de 1622, estableció la nueva normativa sobre la forma de elegir al papa que ha estado en vigor hasta las reformas que introdujo san Pío X a principios del siglo xx. En estas bulas se establecieron normas precisas sobre el cónclave y los procedimientos de la elección: el escrutinio, el compromiso y la aclamación. El primero tenía lugar cuando las dos terceras partes de los conclavistas emitían su voto a favor de un mismo candidato; el segundo se aplicaba para superar las discrepancias entre los votantes; y el tercero se producía espontáneamente cuando todos los cardenales aclamaban como papa a una misma persona. Sin embargo, el procedimiento más usual fue el del escrutinio, que se verificaba dos veces al día, una por la mañana después de la misa y otra por la tarde. Todos los cardenales debían escribir su propio nombre y el de su candidato en una cédula que luego depositaban en el cáliz, jurando que habían nombrado al que creían mejor. La elección no se reputaba concluida hasta después que se publicaban todos los votos.

La preocupación por la difusión del catolicismo llevó a Gregorio XV a crear la congregación De Propaganda Fide con la bula *Inscrutabili divinae* de 22 de junio de 1622, que debía coordinar el trabajo misionero en todo el mundo (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXVII, pp. 143-63). Esta congregación extendía su jurisdicción a todos los países en que no se hallaba constituida la jerarquía católica y tenía por objeto fomentar las misiones. No fue fácil la actuación de este organismo pontificio. Por de pronto, quedaron fuera de su campo de acción Iberoamérica, Filipinas y parte de la India, que estaban sometidas al patronato español o portugués, con los cuales tuvo graves conflictos. El resto de los territorios de misiones quedaron bajo su competencia. Como también se le asignó la difusión de la fe católica en las regiones del norte de Europa, total o parcialmente protestantes, la congregación trazó los planes de la reforma ca-

tólica. Los nuncios fueron los eslabones entre la central misionera romana y los países protestantes. Así, el nuncio de Bélgica atendía a la situación de Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Noruega; el de Colonia tenía bajo su control las tierras del norte de Alemania, mientras que el de Polonia cuidaba de Suecia y Rusia. Bajo el pontificado de Urbano VIII la congregación De Propaganda Fide puso su sede en un gran palacio de la plaza de España, al que Bernini (1598-1680) decoró con la fachada actual.

Gregorio XV canonizó a los primeros santos de la reforma católica: santa Teresa de Ávila (1515-1582), reformadora del Carmelo; san Felipe Neri (1515-1595), fundador del Oratorio; san Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía de Jesús; y san Francisco Javier (1506-1552), uno de los primeros seguidores de Ignacio de Loyola y misionero en la India y Japón. Mostró un gran aprecio a los jesuitas, pues tanto él como su sobrino, el cardenal nepote, estudiaron con ellos, concediéndoles múltiples privilegios y exenciones.

El breve e intenso pontificado de Gregorio XV, que representó un momento importante en la reforma católica, terminó el 8 de julio de 1623 con su muerte, acaecida en Roma. Fue sepultado en la iglesia de San Ignacio, construida por su sobrino, el cardenal Ludovico Ludovisi.

Urbano VIII (6 agosto 1623 - 29 julio 1644)

Personalidad y carrera eclesiástica. Maffeo Vicente Barberini nació en Florencia el 3 de abril de 1568. Hijo de Antonio Barberini y de Camila Barbadori, pertenecía a una familia de comerciantes de tejidos de Oriente que se había asentado en Florencia a principios del siglo xv y había conseguido hacer fortuna. En Roma defendía los intereses de la empresa Francisco, un tío de Maffeo, que gracias a las buenas relaciones y a la fortuna se convirtió en protonotario apostólico. El padre de Maffeo murió en 1571 y su madre le educó en los jesuitas de Florencia, y al cumplir los doce años le envió a Roma, bajo la protección de su tío, para que continuara los estudios en el colegio romano. Después le mandó a la Universidad de Pisa para que cursara estudios de derecho, doctorándose en esta disciplina. Vuelto a Roma, inició la carrera eclesiástica bajo la protección de su tío, que en octubre de 1588 le compró el cargo de abreviador. Después Maffeo consiguió el de refrendatario de la Signatura; en 1593 su tío resignó el cargo de protonotario en su favor y en 1599 le compró el de clérigo de la Cámara apostólica, que gozaba de gran prestigio.

La carrera curial estuvo favorecida por la riqueza de su familia y por las buenas relaciones de su tío Francisco, pero se consolidó y potenció por la confianza que depositaron en él los papas. Clemente VIII le nombró en 1592 gobernador de Fano y después le envió a Francia (1601) para felicitar a Enrique IV con ocasión del nacimiento del Delfín. En 1604 recibió las órdenes mayores y Clemente VIII le nombró arzobispo *in partibus* de Nazaret y nuncio apostólico en París, donde prestó su apoyo a los jesuitas, pero no consiguió que se registraran los decretos del Concilio de Trento. Paulo V le concedió el capelo cardenalicio el 11 de septiembre de 1606 y Maffeo recibió la birreta car-

denalicia de manos de Enrique IV. En septiembre de 1607 volvió a Roma y se convirtió en protector del reino de Escocia. Promovido al episcopado de Spoleto (1608), reunió un sínodo y puso fin a las obras del seminario. De 1611 al 1614 desempeñó el cargo de legado pontificio en Bolonia, en 1617 renunció la diócesis de Spoleto y fue nombrado prefecto de la Signatura de Justicia, el tribunal donde había comenzado la carrera de curial.

A la muerte de Gregorio XV, tras una disensión inicial, los cardenales eligieron casi por unanimidad al cardenal Barberini el día 6 de agosto de 1623, que escogió el nombre de Urbano VIII. Fue coronado el 29 de septiembre y el 19 de noviembre tomó posesión de San Juan de Letrán. El nuevo papa contaba 55 años y, a juicio de algunos historiadores, tenía un carácter altivo, que no toleraba oposición de ningún tipo.

La política pontificia. Inmediatamente después de la elección, Urbano VIII procuró crearse una corte familiar, practicando el nepotismo como sus antecesores, y que Paolo Prodi (*// sovrano pontífice*, Bolonia, 1982) interpreta como la forma específica que tomó el absolutismo centralizador del siglo xvii en el régimen electivo y no hereditario del papado. En 1623 nombró a su hermano mayor, Carlos (1560-1630), general de los ejércitos de la Iglesia y duque de Monte Rotondo; en octubre de 1623 el hijo de Carlos, Francisco, fue hecho cardenal a la edad de 26 años y superintendente general y gobernador de Tívoli. En 1624 sacó a su hermano menor Antonio del convento de capuchinos y le nombró cardenal penitenciario y bibliotecario. En 1629 concedió la púrpura cardenalicia a otro sobrino, Antonio, hijo de Carlos y hermano de Francisco, que acumuló los cargos de legado en Avignon y Bolonia, camarlengo y prefecto de la Signatura. Al heredero de la casa Barberini, Tadeo, le nombró general de los ejércitos, a la muerte de su padre, prefecto de Roma, gobernador del castillo de Sant'Angelo y príncipe de Palestrina.

Independientemente de la influencia que el nepotismo pudo tener en la política de Urbano VIII, parece que el pontífice se comportó como un soberano absoluto, que controlaba todo y dejaba poco poder de iniciativa a los miembros del colegio cardenalicio, a excepción de su amigo Lorenzo Magaloti, creado cardenal en 1624 y secretario de Estado hasta 1628. Los otros cardenales, demasiado influenciados por las potencias católicas, fueron excluidos de la gestión de los negocios. Para contrarrestar esta pérdida de influencia, en junio de 1630 les concedió el título de eminencia y el rango de príncipes de la Iglesia.

La política eclesiástica de Urbano VIII estuvo condicionada por el recelo que sentía contra la preponderancia de los Habsburgo en Italia, la creciente oposición de la Francia de Richelieu (1582-1642) hacia España y la desconfianza de los príncipes alemanes ante el victorioso emperador Fernando II (1619-1637). Estos factores rompieron la unidad del mundo católico e hicieron posible la continuación de la guerra de los Treinta Años (1618-1648), que puso fin a la hegemonía de los Habsburgo y también a la restauración del catolicismo.

Urbano VIII se pronunció contra los intereses de España en los conflictos de la Valtelina y de Mantua, y a favor de las pretensiones francesas. En el pri-

mer caso apoyó el tratado de Moncon (1626), que segregaba a los católicos de la Valclina del dominio de los grisonos protestantes, pero impedía el tránsito de tropas españolas por el valle. En el segundo caso, en la guerra de sucesión de Mantua (1627-1631), prestó su apoyo al candidato francés y rechazó al español.

En la guerra de los Treinta Años, Urbano VIII adoptó una política que, a la larga, sería muy perjudicial para la causa católica (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXVII, pp. 335-86). Después que los imperiales derrotaron a los protestantes, el emperador Fernando II promulgó el 6 de marzo de 1629 el «edicto de restitución», que preveía la restitución de todos los bienes eclesiásticos usurpados desde la paz de Augsburgo (1555) a la Iglesia católica, pero Urbano VIII trató de frenar los impulsos restauracionistas del emperador, buscando un acuerdo entre Francia y Baviera. El cardenal Richelieu (1585-1642) impulsó y financió la intervención de Gustavo Adolfo de Suecia (1611-1632) en apoyo de los protestantes, y cuando los suecos fueron derrotados, Richelieu, cardenal de la Iglesia romana, declaró la guerra a España y al Imperio y se puso al lado de los protestantes alemanes y suecos. Urbano VIII optó entonces por una política de neutralidad, pero, como afirma Ranke (*Historia de los papas*, pp. 467-68), con su política antiaustríaca favoreció a Richelieu e indirectamente contribuyó a salvar al protestantismo, aunque como «padre común de la cristiandad» se esforzó por mediar entre las potencias en guerra.

La vida de la Iglesia, el proceso de Galileo y el mecenazgo. En una proyección más religiosa hay que resaltar su preocupación por las misiones, el culto a los santos y los problemas con las doctrinas de Galileo y Jansenio. Urbano VIII dio un nuevo impulso a la congregación De Propaganda Fide, instituida por Gregorio XV en 1622, construyendo un nuevo palacio para su sede en la plaza de España y creando un seminario de misiones, que recibió el nombre de Colegio Urbano (1627), para formar en Roma a jóvenes orientales que quisieran seguir el ministerio sacerdotal. La congregación se mostró un instrumento eficaz al servicio de la centralización romana, a la vez que impulsó las misiones en todos los países de Asia y África, iniciándose en China la discusión sobre el problema de los ritos malabares.

En la misma tendencia centralizadora, Urbano VIII prohibió dar culto público a personas que no hubieran sido declaradas beatas por la Santa Sede, estableciendo las normas que se habían de seguir en los procesos de beatificación y canonización. Normativa que ha seguido en vigor hasta 1983. Además, sancionó públicamente el martirologio, que había sido revisado por orden suya, canonizó a santa Isabel de Portugal (1626) y beatificó a María Magdalena de Pazzi.

En el pontificado de Urbano VIII terminó el lamentable proceso contra el famoso físico y astrónomo Galileo Galilei (1564-1642). Como Galileo se mostró abiertamente partidario de la teoría del canónigo Nicolás Copérnico (1473-1543) sobre el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, doctrina que por entonces rechazaban los teólogos en general, se le abrió ya en 1616, bajo Paulo V,

un primer proceso inquisitorial. Las afirmaciones de Galileo fueron declaradas «imprudentes y absurdas para la filosofía, y formalmente heréticas, por ser contrarias a la Escritura, para la teología». Al mismo tiempo se puso en el índice de libros prohibidos la obra de Copérnico *De revolutionibus orbium coelestium* (1543). Cuando en 1632 volvió Galileo, en su *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*, a defender las tesis copernicanas condenadas, tuvo que comparecer ante el Santo Oficio de Roma. Bajo amenaza de torturas, el anciano fue obligado a retractarse y a vivir en libertad vigilada en su casa de campo de Arcetri, cerca de Florencia. Pastor, que en su *Historia de los papas* (XXVIII, pp. 287-304) hace una amplia exposición del caso Galileo, se refiere a él como un caso desgraciado y dice que «para los teólogos el error de 1616 y 1632 ha sido durante siglos una constante advertencia». Por muy lamentable que pueda resultar el caso Galileo, hay que recordar que las decisiones de la congregación no eran inmutables y menos infalibles. De hecho, el papa Juan Pablo II al comienzo de su pontificado instituyó una comisión que examinase las actas del proceso de Galileo y, en mayo de 1983, la Iglesia honró en el Vaticano al gran científico con un congreso internacional, que inauguró el papa personalmente.

En 1641 los jesuitas denunciaron al Santo Oficio el *Agustinus* de Cornelio Janssens (1585- 1638), obispo de Ipres, publicado al año siguiente de su muerte, porque contravenía la prohibición de 1611, repetida en 1625, de no publicar nada sobre la gracia y, además, defendía con sutiles distinciones las tesis expuestas antes por Bayo (1513-1589), que habían sido condenadas en 1567 (J. Orcibal, *Jansenius d'Ypres, 1585-1638*, París, 1989). Urbano VIII condenó la obra de Jansenio con la bula *In eminenti*, firmada el 6 de marzo de 1642, pero no publicada hasta enero de 1643, por lo que tanto en Lovaina como en París se consideró falsa. Los seguidores de Jansenio, en especial Antonio Arnauld (1612-1694), aprovecharon la situación para organizar la defensa de la obra y dar vida a la controversia jansenista que a la muerte de Urbano VIII sólo había hecho que empezar.

Como soberano de los Estados Pontificios, Urbano VIII se comportó como un monarca absoluto, reforzó considerablemente la posición política del papa en Italia y amplió sus dominios con la incorporación del ducado de Urbino a los Estados de la Iglesia (1631) por muerte del duque, que era feudatario de la Santa Sede. Procuró hacer lo mismo con el ducado de Castro, que detentaba el duque Odoardo Farnese de Parma, pero no lo consiguió. Construyó fortalezas en los confines de Bolonia, reforzó las defensas del castillo de Sant'Angelo y rodeó la ciudad leonina con murallas y bastiones. Levantó en Civitavecchia un puerto militar y estableció una fábrica de armas en Tívoli.

Urbano VIII también desarrolló un importante mecenazgo. Se rodeó de pintores, músicos y escritores, reunió una de las bibliotecas más ricas de Roma y fundó la capilla Barberini en la iglesia de San Andrea della Valle. Rivalizó con sus sobrinos por el embellecimiento de Roma y, bajo la dirección de Bernini (1598-1680), halló el barroco una expresión grandiosa. Después de consagrar la nueva basílica de San Pedro en 1626, hizo que Bernini levantase el ma-

raviloso baldaquino sobre el altar papal de la confesión. Francisco Barberini mandó a Bernini levantar en la pendiente del Quirinal uno de los palacios más representativos del barroco romano. Antonio Barberini, que fue capuchino, erigió para esta religión un nuevo convento en la plaza Barberini. En 1626 el papa hizo construir en Castel Gandolfo un palacio de verano, según los planes de Carlos Maderno.

Urbano VIII murió en Roma el 29 de julio de 1644 y fue enterrado en la basílica de San Pedro en el magnífico sepulcro que erigió Bernini a la derecha del altar de la Cátedra. Después de veintiún años de pontificado dejó un mal recuerdo entre los romanos, que le acusaban de haberse dejado manipular por sus familiares, de subir los impuestos y de comportarse como un traidor por su actuación en la guerra de los Treinta Años.

Inocencio X (15 septiembre 1644 - 7 enero 1655)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Bautista Pamphili nació en Roma el 6 de mayo de 1574. Hijo de Camilo y María Flaminia del Búfalo, pertenecía a una poderosa familia de la nobleza romana, aunque los Pamphili eran oriundos de Gubbio en la Umbría. Después de estudiar en el colegio romano con los jesuitas, cursó la carrera de derecho en la Universidad romana de la Sapienza, consiguiendo el grado de doctor en ambos derechos (1597). Terminados los estudios, se ordenó sacerdote e inició una rápida carrera en la curia. En 1601 fue nombrado abogado consistorial y, en 1604, sucedió a su tío Jerónimo Pamphili como auditor del tribunal de la Rota, donde hizo amistad con el auditor de Bolonia Alejandro Ludovisi. Cuando éste fue elegido papa con el nombre de Gregorio XV (1621), le envió de nuncio a la corte de Nápoles y allí permaneció cuatro años. Bajo el pontificado de Urbano VIII acompañó, en calidad de consejero y datario, al joven cardenal nepote Francisco Barberini en su legación a Francia y España (1625). El 19 de enero de 1626 fue nombrado patriarca de Antioquía y el 30 de marzo nuncio en España. Creado cardenal *in pectore* el 30 de agosto de 1627, no se hizo público hasta el 19 de noviembre de 1629. En 1630 volvió a Roma y desempeñó la prefectura de la Congregación del Concilio.

En el cónclave que se reunió a la muerte de Urbano VIII (1644) la mayoría de los purpurados estaban agrupados en dos partidos: el hispano-austríaco, que era contrario a la política que Urbano VIII había seguido en la guerra de los Treinta Años; y el francés, dirigido por Antonio Barberini y apoyado por París. Después que España puso la exclusiva al cardenal Sacchetti, propuesto por Francisco Barberini y grato a Francia por ser amigo de Mazarino (1602-1661), se llegó a un acuerdo entre los dos cardenales Barberini y el partido español, proponiendo al cardenal Pamphili como candidato, sin esperar a que el embajador de Francia consultara con su gobierno. El 14 de septiembre de 1644 el cónclave eligió papa al cardenal Pamphili, un anciano de 72 años, que tomó el nombre de Inocencio X en recuerdo de Inocencio VIII que había favorecido a su familia cuando se estableció en Roma. Fue coronado el 4 de octubre y el

23 de noviembre tomó posesión de San Juan de Letrán. Diego de Velázquez (1599-1660) pintó en 1650 un maravilloso retrato de este pontífice, fuertemente realista y veraz. La mirada es inquisitiva y la expresión de los labios entre desconfiada y socarrona.

El gobierno de la Iglesia. Inocencio X quiso continuar la política de nepotismo que habían practicado sus antecesores, nombrando a un miembro de su familia cardinal nepote. Pero, como escribe Pastor (*Historia de los papas*, XXX, pp. 33-35), «la desgracia del papa Pamphili fue que el único miembro de su familia que poseía las cualidades necesarias para ocupar aquel cargo era una mujer», su cuñada Olimpia Maidalchini, casada con el hermano mayor del papa, ya difunto. A los pocos días de su elección, el 14 de noviembre, Inocencio X nombró cardinal al hijo mayor de Olimpia, Camilo Pamphili, y dejó prácticamente en sus manos el gobierno de la Iglesia, aunque le asoció como secretario de Estado al cardinal Panciroli, que hasta 1651 asumió la dirección de los asuntos más importantes de la Iglesia y del Estado. Pero Camilo renunció al cardinalato el 21 de enero de 1647 para poder casarse con Olimpia Aldobrandini, sobrina de Clemente VIII y viuda de Paulo Borghese, y cayó en desgracia. Desde 1647 hasta 1651, Inocencio X otorgó todas las prerrogativas de cardinal nepote a dos familiares de su cuñada Olimpia (Francisco Maidalchini y Camilo Astalli), que fueron incapaces de desarrollar sus funciones. A la muerte del cardinal Panciroli (1651), la incapacidad del cardinal nepote Camilo Astalli hizo necesario el nombramiento de un nuevo secretario de Estado y, por consejo del cardinal Spada, Inocencio X confió este cargo a Fabio Chigi, futuro Alejandro VII, al que nombró cardinal el 10 de febrero de 1652. La degradación que el nepotismo, como sistema familiar de gobierno, alcanzó en el pontificado de Inocencio X, fue decisiva para que desapareciera y, desde mediados del siglo xvii, cobró fuerza la figura del cardinal secretario de Estado como responsable del gobierno.

La política religiosa. Al inicio de su pontificado, Inocencio X tuvo un conflicto con Francia porque Mazarino (1602-1661), que no había aprobado su candidatura, retiró al embajador francés de Roma. El pontífice replicó haciendo una promoción cardenalicia de signo antifrancés (6 marzo 1645) y exigió cuentas a los sobrinos de Urbano VIII por los excesivos gastos durante la guerra contra los Farnese para apoderarse del ducado de Castro. El cardinal Antonio Barberini y sus hermanos huyeron a Francia y fueron recibidos con todos los honores en la corte. La cercanía de las tropas francesas a las posesiones del príncipe Ludovisi, sobrino de Inocencio X, forzaron al papa a ceder a las peticiones francesas. El embajador francés volvió a Roma el 24 de mayo de 1647, nombró cardinal a un hermano de Mazarino y se autorizó volver a los Barberini, devolviéndoles sus bienes y dignidades.

Sin embargo, el acontecimiento más importante del pontificado de Inocencio X fue la conclusión de la paz de Westfalia en 1648, que puso fin a la guerra de los Treinta Años y sancionó el fin del predominio de los Austrias, además de presentar importantes cláusulas religiosas que sellaron definitivamente la di-

visión religiosa del Imperio y privaron a la Iglesia católica de un buen número de obispados y abadías y de muchos bienes eclesiásticos. La paz de Westfalia supuso un pequeño paso hacia la tolerancia, pues reconoció el derecho aún limitado de practicar una religión distinta de la oficial. Esta paz constituyó ciertamente la superación de la tradicional postura de los católicos, al emparejarlos jurídica y socialmente con los luteranos y los calvinistas. Y ésta es la razón por la que Inocencio X protestó con el breve *Zelus domus Dei* (20 noviembre 1648), «para que los derechos de la misma [la Iglesia católica] no sufran daño alguno de parte de los que buscan antes su propio provecho que la gloria de Dios». El tono de la bula era duro, no admitía réplicas; declaraba nulos los tratados en todas las cláusulas contrarias a la Iglesia y subrayaba el valor perpetuo de la condenación. Pero nadie, ni siquiera las potencias católicas, hizo demasiado caso de esta protesta y el papado se vio precisado a aceptar gradualmente, de hecho, la situación que tan clamorosamente había condenado.

La política religiosa del pontífice se centró en el apoyo a las misiones, en la reducción de conventos en Italia y en su intervención en la disputa sobre el jansenismo. La congregación De Propaganda Fide impulsó el esfuerzo misionero que se desarrollaba en los países asiáticos, pero en contra del parecer de los jesuitas, condenó la licitud de los ritos chinos, dando origen al problema de los ritos chinos y malabares. Inocencio X llevó a cabo en Italia un proyecto de reforma monástica, decretando la supresión de los monasterios y conventos que, por el escaso número de religiosos, no pudiesen observar la disciplina regular conforme a las constituciones de cada orden, facultando a los obispos para que aplicasen las rentas de los conventos suprimidos a otros fines religiosos.

La controversia jansenista, lejos de apagarse con la condena que Urbano VIII hizo del *Agustinas* en la bula *Eminentissimi* (1642), fue encendiéndose cada vez más. Ochenta y ocho obispos, instigados por san Vicente de Paúl, en contraposición con el parlamento de París, solicitaron de la Santa Sede un examen a fondo de cinco tesis que, según el síndico de la Facultad de Teología de la Sorbona, estaban contenidas en el *Agustinus* y resumían su doctrina. Tras un largo examen que duró dos años, el 31 de mayo de 1653 Inocencio X condenó como heréticas las cinco tesis. Las tesis censuradas se referían sólo al aspecto dogmático del jansenismo que, por otra parte, era la raíz y fundamento del moral. Los jansenistas, lejos de someterse y no queriendo aparecer como rebeldes, recurrieron a diversas estrategias (L. Cognat, *Le Jansénisme*, París, 1961).

Como soberano de los Estados Pontificios, Inocencio X afianzó el poder absoluto y ensanchó sus dominios, con la incorporación del ducado de Castro, que ya pretendió su antecesor. En Roma supo conservar la paz con sabias disposiciones y la organización de una poderosa policía.

Aunque no fue un gran mecenas, enriqueció artística y urbanísticamente la ciudad de Roma. Confirmó en su oficio de arquitecto de San Pedro a Bernini, que pavimentó la nave central con mosaico de mármoles multicolores. Otro artista genial, Borromini (1599-1667), dejó huellas inmortales en la basílica de San Juan de Letrán, que renovó, y sobre todo en la nueva iglesia de Santa Inés de

plaza Navona. Precisamente Bernini enriqueció esta plaza con la fuente de los cuatro ríos: sobre una escollera colocada en medio de un estanque se alza atrevidamente un obelisco; en su entorno, cuatro colosales estatuas personifican los cuatro ríos del mundo: el Nilo, el Ganges, el Danubio y el río de la Plata; y bestias feroces salen de sus grutas rocosas para beber. A un lado de la plaza Reinaldi reconstruyó el palacio Pamphili, que, aun con las bellas pinturas de Pietro de Cortona, no pudo competir con otros palacios romanos. En cambio, la Villa Pamphili que el cardenal nepote mandó construir en la cima del Gianicolo, con su soberbio parque, su jardín secreto, sus caprichosos parterres y su espléndida decoración, no cedía a ninguna otra en magnitud y magnificencia.

Inocencio X murió en Roma el 4 de enero de 1654, a los 81 años. Su cadáver estuvo expuesto algunas horas en la basílica de San Pedro, según costumbre, pero como nadie se hizo cargo de él lo retiraron a una estancia oscura, donde los albañiles guardaban sus herramientas. Más tarde se le preparó un modesto sepulcro en la iglesia de Santa Inés de plaza Navona. Con su muerte, el papado de la Contrarreforma llegó a su fin.

Alejandro VII (7 abril 1655 - 22 mayo 1667)

Personalidad y carrera eclesiástica. Fabio Chigi nació en Siena el 13 de febrero de 1599. Miembro de una familia aristocrática de Siena, estudió en la misma ciudad teología y derecho con gran brillantez. En 1622 se trasladó a Roma y comenzó su carrera curial: refrendatario de las Signaturas de gracia y justicia (1629) y vicelegado en Ferrara por espacio de cinco años, obispo de Nardo en el reino de Nápoles (1635), aunque no residió nunca, e inquisidor y delegado apostólico en Malta. En 1639 pasó a desempeñar el prestigioso cargo de nuncio en Colonia, siendo nombrado representante pontificio en el Congreso de Münster para tratar la paz de Westfalia (1648). En las difíciles negociaciones diplomáticas, Chigi, presionado por las instrucciones recibidas de Roma, que le ordenaban defender de forma intransigente los intereses católicos, por los políticos católicos imperiales, inclinados a hacer mayores concesiones a los protestantes, y por las exigencias francesas, no pudo hacer otra cosa que asistir impotente a la firma de la «infame» paz de Westfalia (1648), como él mismo la llamó, que consagró a los ojos de la curia romana la escisión religiosa y la enajenación de los bienes eclesiásticos. De vuelta a Roma, fue creado cardenal por Inocencio X, promovido al episcopado de Imola y, en 1651, por sugerencia del cardenal Spada, le encargó de la Secretaría de Estado.

A la muerte de Inocencio X (1655), el candidato con mayor prestigio era el cardenal Sacchetti, pero como ya ocurriera en 1644 chocó con la hostilidad del partido español. El cónclave, que se prolongó cuatro meses, después de múltiples negociaciones eligió papa a Fabio Chigi el 7 de abril de 1655. Escogió el nombre de Alejandro VII, en recuerdo de su paisano Alejandro III; fue coronado el 18 de abril y tomó posesión de San Juan de Letrán el 19 de mayo.

El gobierno de la Iglesia y las relaciones políticas. Diplomático y hombre de curia, Alejandro VII no quiso concentrar todo el poder. En ausencia de un

nepotismo tan fuerte como el de sus antecesores, tomaba las decisiones después de discutir los problemas y pedir consejo. Bajo su pontificado se revitalizó la actividad de las congregaciones romanas: la de Estado, de la que se encargó el cardenal Rospigliosi, futuro Clemente IX; la de la Inmunidad, dirigida por el datario cardenal Corrado, o la del índice, que en 1664 publicó una edición actualizada del índice de libros prohibidos. Gran influencia ejercieron en Alejandro VII algunos consejeros de su confianza, como el cisterciense Bona y el jesuita Sforza Pallavicino, a los que concedió la púrpura cardenalicia, pues no sólo marcaron su espiritualidad ascética, sino que también le inclinaron a tomar algunas decisiones religiosas.

Alejandro VII también llevó a cabo una reorganización más racional de los oficios curiales. Reformó la Cancillería y reguló a través de una normativa el acceso a la carrera prelatia, a la que modernizó, allanando el camino para la supresión de la venalidad de los cargos, que realizaría Inocencio XII en 1694. Menos palpables fueron los resultados en el sector financiero, a pesar de los esfuerzos de Alejandro VII por reducir la deuda pública que había alcanzado niveles peligrosos después de la guerra de los Treinta Años y la política dispendiosa del pontificado de Urbano VIII.

El esfuerzo de Alejandro VII por sostener y unir a las potencias católicas contra el peligro turco, que amenazaba Creta y Hungría, fue contrarrestado sistemáticamente por la política francesa. No obstante, el papa concedió subsidios económicos a Venecia en guerra contra los turcos por la posesión de Creta, y al emperador Leopoldo de Austria (1657-1705) para frenar el avance otomano en Hungría y Transilvania. Si las relaciones con Francia no fueron fáciles en ningún momento del pontificado, se agravaron con la muerte de Mazarino (1661) y el inicio del gobierno personal de Luis XIV (1643-1715). Un incidente de la guardia corsa del papa con el personal de la embajada francesa (1662) será aprovechado por el monarca francés para humillar al papa. El nuncio fue expulsado de París, se ocupó el condado de Avignon y se hicieron los preparativos para una campaña contra el Estado pontificio. La paz de Pisa de 1664 puso fin al conflicto, pero el papa tuvo que plegarse a los dictados del joven monarca francés. Este enfrentamiento fue otra consecuencia de la debilidad política del papado después de Westfalia y el cambio de fuerzas que se había producido en Europa.

Los problemas doctrinales: jansenismo, probabilismo y los ritos chinos. En una dimensión más religiosa el papa tuvo que hacer frente al problema del jansenismo que, después de la bula *Cum occasione* (1653), se mostraba muy combativo. Ante la condena pontificia de la cinco tesis del *Agustinas*, Antonio Arnauld presentó la distinción entre la *questio iuris* y la *questio facti*, alegando que aun cuando las cinco proposiciones condenadas fuesen heréticas (*questio iuris*), habría que demostrar que tales proposiciones se hallaban realmente en el libro de Jansenio (*questio facti*), pues la Iglesia es infalible en cuanto a la fe, pero no en la apreciación de un hecho. Es decir, la Iglesia puede condenar únicamente doctrinas en abstracto, pero no puede juzgar infaliblemente sobre la doctrina

concreta de un individuo. En el primer caso el fiel está obligado a aceptar la decisión de la Iglesia incluso internamente, pero en el segundo no tiene más obligación que la de guardar un «silencio obsequioso», no enseñando públicamente doctrinas contrarias. A fin de eliminar cualquier equívoco, Alejandro VII, en octubre de 1656, declaró por medio de la bula *Ad sanctam Petri sedem* que efectivamente las cinco proposiciones estaban contenidas en el *Agustinas* y que habían sido condenadas en el sentido que las entendía el autor. La publicación en 1665 de una nueva bula, la *Regiminis Apostolici*, y la orden de firmar un formulario de aceptación de la condena, suscitó en Francia la más tenaz resistencia de algunos grupos jansenistas, entre los que se contaban ciertos obispos y las monjas de Port-Royal.

Contra los excesos del probabilismo en teología moral, denunciado entre otros por Pascal (1623-1662) en sus *Cartas provinciales*, dentro de la tendencia rigorista que el jansenismo defendía, Alejandro VII no quiso hacer una condena general del probabilismo y se limitó a condenar dos grupos de proposiciones laxistas, que luego serían ampliadas por Inocencio XI y que fueron fundamentales para la elaboración de la moral católica en el siglo siguiente.

La actividad misionera conoció un gran desarrollo durante el pontificado de Alejandro VII. En 1656 el Santo Oficio declaró lícitos los «ritos chinos» (las manifestaciones de homenaje tributadas a Confucio y a los antepasados difuntos), que habían sido condenados por De Propaganda Fide en 1645, y que admitían los jesuitas en su pastoral misionera y eran practicados por los cristianos de China como expresión de un culto civil y político, no religioso. En 1659, De Propaganda Fide estableció tres vicariatos apostólicos en los territorios comprendidos entre la India y China, en un intento por romper el monopolio que Portugal defendía como patronato de la corona.

Durante el pontificado de Alejandro VII tuvo lugar la conversión de la reina Cristina de Suecia (1632-1654). Renunció al trono sueco y el 2 de noviembre de 1655, en su camino hacia Roma, pronunció en Innsbruck su confesión católica. Alejandro VII le preparó un pomposo recibimiento y ordenó a Bernini que diese al interior de la Porta del Popolo la forma que hoy tiene. Cristina de Suecia fijó su residencia en Roma y se estableció en el palacio Corsini.

El mecenazgo de Alejandro VII se plasmó en el campo arquitectónico, urbanístico y bibliográfico. Encargó a Bernini la construcción de la columnata de la plaza de San Pedro, la Escala regia del Vaticano, amplió el palacio del Quirinal y reestructuró las plazas del Panteón y de la Minerva. Dedicó especial atención a la Universidad romana de la Sapienza y a la Biblioteca Vaticana. Como amante de las letras y protector de la cultura, reunió en Roma a sabios y eruditos, como Allaci, Bona, Holsten o Pallavicino.

Alejandro VII murió en Roma el 22 de mayo de 1667, a los 69 años de edad, y fue sepultado en el suntuoso mausoleo que Bernini le había construido en la basílica de San Pedro.

Clemente IX (20 junio 1667 - 9 diciembre 1669)

Personalidad y carrera eclesiástica. Julio Rospigliosi nació en Pistoya el 27 de enero de 1600. Perteneciente a una familia noble, cursó sus primeros estudios en el colegio romano de la Compañía de Jesús y después se matriculó en la Universidad de Pisa, donde se licenció en filosofía y teología. Pasó luego a Roma y, con el apoyo de los Barberini, inició la carrera curial: secretario de la Congregación de Ritos (1631), refrendatario de las Signaturas de gracia y justicia (1632) y canónigo de Santa María la Mayor. En 1635 fue nombrado secretario de breves *ad principes*, consultor de la Penitenciaría apostólica (1641) y vicario capitular de Santa María la Mayor (1643). En 1644 fue designado arzobispo titular de Tarso y nuncio apostólico en España (1644-1653), donde consiguió grangearse la estima de Felipe IV (1621-1665) y de la corte española. En 1653 volvió a Roma y fue nombrado gobernador de la ciudad durante la vacante producida por la muerte de Inocencio X. El nuevo papa Alejandro VII le designó secretario de Estado y el 9 de abril de 1657 le concedió la púrpura cardenalicia del título de San Sixto, y en el desempeño del cargo consiguió ganarse la simpatía de Luis XIV de Francia, sin perder la benevolencia de Felipe IV de España.

Al morir Alejandro VII (1667), el cardenal Rospigliosi fue elegido papa gracias a la inusual convergencia de los intereses españoles y franceses, y con el apoyo del cardenal Azzolini, que era una de las cabezas rectoras del grupo de cardenales políticamente independientes («el escuadrón volante») que en la elección buscaba ante todo la defensa de los intereses de la Iglesia. Elegido el 20 de junio de 1667, escogió el nombre de Clemente IX, fue coronado el 24 de junio y el día 3 de julio tomó posesión de San Juan de Letrán. El nuevo papa poseía un carácter manso, y fiel a su nombre quiso ser condescendiente con los otros, pero no con él mismo, reflejo de la divisa que adoptó: «Clemente para todos, menos para sí y para los suyos.» Carlos Maratta hizo a Clemente IX uno de los más bellos retratos papales, y de su rostro irradia no sólo la bondad sino también el cansancio y la resignación de un hombre que, habida cuenta de su precario estado de salud, sólo podía ser un papa de transición.

La política eclesiástica. En el gobierno de la Iglesia introdujo pocos cambios. Recompensó al cardenal Azzolini nombrándole secretario de Estado y mantuvo en sus puestos a los principales responsables de la curia. Reorganizó la Congregación de religiosos y estableció una nueva encargada de todo lo concerniente a indulgencias y reliquias (1669). A los miembros de su familia les favoreció con moderación.

La política eclesiástica se orientó a la defensa contra los turcos y a la pacificación de las potencias católicas. Los turcos se habían adueñado ya de la mayor parte de la isla de Creta y preparaban el asalto a su capital Candía, que continuaba todavía en manos de Venecia. Clemente IX se esforzó con poco éxito por lograr una acción conjunta de ayuda por parte de las potencias católicas; le dieron buenas palabras pero la poca ayuda que se envió resultó insuficiente y la ofensiva del Gran Turco continuó en el verano de 1669. Hacia el

esfuerzos para lograr la reconciliación entre Francia y España, que se vieron coronados por la presencia y mediación del nuncio Franciotti en la conferencia preparatoria del tratado de Aquisgrán (1668). También intervino en la firma de la paz de España y Portugal (1668), que implicó el reconocimiento de la independencia portuguesa. Clemente reconoció al nuevo monarca y confirmó la elección de los obispos portugueses nombrados durante la guerra de secesión.

Clemente IX fue un papa conciliador pero sin perder de vista la defensa de los intereses de la Iglesia. La controversia jansenista no acabó con el formulario impuesto por la bula *Regiminis Apostolici* (1665) de su antecesor. Con el nombramiento de Clemente IX, tras difíciles negociaciones presididas por el nuncio Bargellini, se llegó a un compromiso al menos externo y aparente. Los obispos que se habían negado a firmar el formulario enviado desde Roma por Alejandro VII aceptaron aquel documento, pero simultáneamente y en un protocolo secreto expresaron su convicción íntima, fiel a la tesis del silencio obsequioso. Clemente IX, a pesar de las dudas sobre la sinceridad de este acto, no quiso provocar ulteriores dificultades y acabó por aceptar este tipo de sumisión, declarando en enero de 1669 su alegría por la reconciliación lograda (*Pax Clementina*).

Clemente IX aumentó el catálogo de los santos con la canonización de san Pedro de Alcántara (1499-1562) y santa María Magdalena de Pazzi (1669), y la beatificación de Rosa de Lima (1586-1617), la primera mujer de América elevada a los altares (1668).

El papa Rospigliosi era amigo de las artes y de las letras. Su arquitecto preferido fue Bernini, ya anciano pero de gran capacidad creadora. A él encomendó la terminación de la columnata de San Pedro y la decoración del puente de Sant'Angelo con diez grandiosas estatuas. Financió las obras de restauración de la basílica de Santa María la Mayor. Entre los hombres de ciencia favoreció al gran erudito Allatius, al que nombró custodio de la Biblioteca Vaticana; al polifacético jesuita alemán Kircher, orientalista y astrónomo; a Cassini y a otros muchos. Se interesó por la fundación de una academia para el estudio de la historia de la Iglesia y prestó su valioso patrocinio al grupo de sabios y literatos que rodeaban a Cristina de Suecia. Murió en Roma el 9 de diciembre de 1669 y fue sepultado en la basílica de Santa María la Mayor.

Clemente X (29 abril 1670 - 22 julio 1676)

Personalidad y carrera eclesiástica. Emilio Altieri nació en Roma el 12 de julio de 1590. Hijo de una familia de la vieja nobleza romana, hizo sus primeros estudios en el colegio romano y después pasó a la Sapienza, donde se doctoró en ambos derechos. Siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, entró en la carrera eclesiástica y se ordenó de presbítero en 1624. Entre los años 1622 y 1623 fue auditor de la nunciatura apostólica en Polonia, y en 1627 su hermano mayor renunció en su favor el obispado de Camerino, del que fue titular hasta 1666. En este período se ocupó del gobierno de la diócesis y desempeñó diferentes cargos en los Estados Pontificios. La concesión de la púrpura cardenal-

cia a su hermano (1643) y la elección de Inocencio X (1644) le abrieron perspectivas más brillantes. En 1644 fue nombrado nuncio en Nápoles y allí permaneció ocho años, resultándole muy difícil guardar el equilibrio entre el virrey, los nobles y el pueblo sublevado. En 1652 se retiró a su obispado, pero Alejandro VII le llamó a la curia, donde fue nombrado secretario de la Congregación de obispos y regulares (1657) y consultor del Santo Oficio. Clemente IX le nombró maestro de cámara y en 1669, poco antes de morir, le concedió el capelo cardenalicio.

En el largo cónclave que se abrió el 20 de diciembre de 1669 para elegir al sucesor de Clemente IX, no menos de seis partidos maniobraban en las salas del Vaticano disputándose la victoria. Los votos casi estaban igualados. Cuando los españoles, unidos a la facción del cardenal Chigi, lanzaron la candidatura de Escipión d'Elce, el embajador francés le puso el veto; y cuando el «escuadrón volante», presidido por Azzolini, se declaró a favor de Vidoni, que había sido nuncio en Polonia, fue el embajador español quien lo excluyó. Sólo cuando los embajadores de Venecia, Francia y España aconsejaron a los suyos elegir a un cardenal de última hora, los votos recayeron, después de cuatro meses de cónclave, en el anciano Emilio Altieri. El cardenal Altieri, que frisaba ya los 80 años, fue elegido papa el 29 de abril de 1670 y tomó el nombre de Clemente X en recuerdo de Clemente IX que cinco meses antes le había hecho cardenal.

El nuevo papa, aunque tenía experiencia en los asuntos curiales y diplomáticos y gozaba de buena salud, recurrió al nepotismo para descargar parte del gobierno. Pero, al no contar con sobrinos, adoptó al cardenal Paluzzi, que empezó a ser conocido como el cardenal Paluzzi-Altieri y se convirtió en el primer ministro del papa; de tal manera que el secretario de Estado tenía que contar con él para todos los asuntos.

La actividad política. Como soberano de los Estados Pontificios, Clemente X se preocupó por mejorar la situación del comercio y de la industria local. Un edicto del 11 de septiembre de 1674, en el que se disponía que todas las mercancías que entrasen en Roma, incluso las dirigidas a los embajadores extranjeros, debían pagar un impuesto del tres por ciento, al igual que los cardenales y el palacio apostólico, produjo un largo conflicto entre el cardenal Altieri y los embajadores de España, Francia, el Imperio y Venecia. Los embajadores se unieron para defender sus privilegios y reclamar la abolición del decreto y, después de un año de discusiones, Clemente X revocó el decreto para evitar males peores.

Las relaciones de Clemente X con Francia fueron conflictivas, sobre todo por la prepotencia con que actuó Luis XIV. Contra las pretensiones del monarca de entrometerse autoritariamente en las disputas jurisdiccionales entre obispos y órdenes religiosas, expidió el papa la bula *Superna magni patrísfamilias* (21 junio 1670), señalando, conforme al Concilio de Trento, la jurisdicción propia de cada uno en lo concerniente a la predicación pública y a la administración de los sacramentos. Más grave fue la crisis que provocó el embajador

francés, el violento duque d'Estrées, cuando el 21 de mayo acusó gravemente al cardenal nepote y echó en cara al pontífice los últimos nombramientos de cardenales. Al dar por terminada la audiencia, el embajador se lanzó sobre el anciano pontífice y le obligó a sentarse. Algunos días después, en la promoción del 27 de mayo, Clemente X creó seis cardenales pero ninguno francés. A partir de aquí, las relaciones con Francia prácticamente se interrumpieron.

En 1672 Luis XIV declaró la guerra a Holanda y presentó la empresa como una guerra santa para el restablecimiento de la religión católica. El papa, en un primer momento, creyó en tal objetivo, pero cuando estuvo mejor informado hizo cuanto estuvo en su mano por preparar unas negociaciones de paz, aunque sólo dos años después de su muerte se consiguió firmar la paz de Nimega (1678).

Con el reino de Portugal regularizó las relaciones diplomáticas, perturbadas y confusas desde la independencia nacional. Un enviado de Lisboa prestó obediencia al papa en 1670 y el nuncio Ravizza, enviado a la corte portuguesa, confirmó, en nombre del pontífice, los nombramientos de obispos hechos durante la guerra de secesión.

Después de la caída de Creta en manos turcas, el sultán dirigió sus fuerzas contra el reino de Polonia, desgarrado por múltiples facciones, con un rey enfermo y enfrentado con la nobleza. En julio de 1672 los turcos atacaron Polonia por el sudeste y el rey polaco firmó una paz humillante. Alarmado el papa, que había sido nuncio en aquel país, publicó un jubileo con indulgencias, mandó subsidios económicos y escribió al emperador Leopoldo y a Carlos XI de Suecia (1657-1705), adjuntándole unas letras de la reina Cristina, pidiendo socorros militares. Mientras tanto, el nuncio apostólico se esforzó por unir a los polacos, alentándolos a luchar contra el enemigo de la cristiandad. Juan Sobieski reunió un buen ejército y el 11 de noviembre de 1673 derrotó a los turcos en Choczim, a orillas de Dniéster. A la muerte del rey, la corona polaca recayó en Sobieski (1674-1696), que en 1675 consiguió otra victoria sobre los turcos.

La vida de la iglesia. Clemente X se preocupó por las misiones y apoyó a los vicarios apostólicos de China y de la India contra las pretensiones portuguesas, celosos de la defensa del patronato de su corona; protegió al jesuita Antonio Viera, misionero y defensor de los indios del Brasil, declarándolo exento de la Inquisición portuguesa, que intentaba procesarlo, y sometiéndolo a la jurisdicción inmediata de la Inquisición romana. La acción misionera también recibió nuevo impulso en el Québec con la creación de una sede episcopal.

Después de la firma de la «paz clementina» (1669), la controversia jansenista pasó por una fase de relativa tranquilidad. En general, se respetó el silencio oficial impuesto en 1669, aunque no faltaron polémicas a propósito de algunos escritos jansenistas.

En 1671 Clemente X canonizó a san Cayetano di Thiene (1480-1547), fundador de los teatinos; a san Francisco de Borja (1510-1572), general de los jesuitas y biznieto de Alejandro VI, y a santa Rosa de Lima (1586-1617), la primera santa de América. Unos años después beatificó al gran papa de la refor-

ma, san Pío V, y al reformador de los carmelitas, san Juan de la Cruz (1542-1591). Durante el jubileo de 1675, a pesar de su avanzada edad, visitó personalmente las basílicas romanas.

Clemente X terminó la restauración, iniciada por su predecesor, de la basílica de Santa María la Mayor, y acabó de instalar en el puente de Sant'Angelo las diez estatuas de mármol construidas por orden de Clemente IX. También hizo levantar una fuente en plaza Navona, simétrica a la que Maderno había construido durante el pontificado de Paulo V. Murió en Roma el 22 de julio de 1676 y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Inocencio XI (21 septiembre 1676 - 12 agosto 1689)

Personalidad y carrera eclesiástica. Benedicto Odescalchi nació en Como el 19 de mayo de 1611. Miembro de una de las familias nobles más antiguas, estudió en el colegio de los jesuitas de Como. Al morir sus padres, un tío se hizo cargo de su educación, lo llevó a Genova y le encaminó en sus estudios hacia la práctica administrativa. Entre 1626 y 1632 realizó muchos viajes entre Genova y Milán y se familiarizó con el mundo de los negocios. En 1636 fue a Roma con una recomendación del gobernador de Milán para el cardenal español Alfonso de la Cueva que, junto con Francisco Barberini y Juan Bautista Pamphili (luego Inocencio X), le inclinaron hacia el estado eclesiástico. En Roma estudió derecho en la Sapienza y en Nápoles se doctoró en ambos derechos. Estimado por Urbano VIII le nombró protonotario y comisario general de Macerata (1644), e Inocencio X le otorgó la púrpura cardenalicia el 6 de marzo de 1645. En los años siguientes desempeñó diferentes cargos en la curia y una legación a Ferrara (1648) con motivo de la carestía. El 4 de abril de 1650 fue nombrado obispo de Novara y, después de recibir la ordenación sacerdotal y la consagración episcopal, cumplió celosamente con sus obligaciones pastorales, tomando como ejemplo la figura de san Carlos Borromeo. Permaneció en la diócesis hasta marzo de 1656, que volvió a Roma.

En los primeros días de agosto de 1676 se encerraron los cardenales en el cónclave para elegir nuevo papa. Entre los miembros del sacro colegio desollaban Benedicto Odescalchi y Gregorio Barbarigo. Si este último, a quien hoy se venera en los altares, no ciñó la tiara, se debió seguramente a su firme resistencia. A pesar de la inicial oposición francesa, los cardenales dieron su voto a Odescalchi, que fue elegido el 21 de septiembre de 1676 y tomó el nombre de Inocencio XI en agradecimiento al papa Pamphili, que le había elevado al cardenalato. El día 4 de octubre fue coronado y el 8 de noviembre entró en posesión de San Juan de Letrán.

Inocencio XI, de carácter dulce y benévolo, no obstante su rigorismo ascético, era meticoloso hasta la escrupulosidad, exacto cumplidor de su deber, reservado en el trato, ahorrador, contrario al lujo e incansable en las obras de beneficencia para con los pobres, enérgico e independiente en su gobierno. Rechazó cualquier tipo de nepotismo, de ahí que no nombrara cardenal a ninguno de sus sobrinos, sino que confió la Secretaría de Estado al cardenal Cibo.

El galicanismo. Grave era la situación que atravesaba la Iglesia. Había que frenar el absolutismo galicano de Luis XIV, levantar un dique a la marea creciente del Islam y, dentro de la Iglesia, sajar a tiempo las blanduras del laxismo, que empezaba a introducirse en la moral con el rótulo de «probabilismo», y en la espiritualidad con el nombre de «quietismo».

La política eclesiástica de Inocencio XI estuvo dominada por tres problemas fundamentales: las conflictivas relaciones con Francia, la lucha contra los turcos y las nuevas esperanzas para el catolicismo en Inglaterra (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXII, pp. 30-328). El Rey Sol, Luis XIV de Francia (1661-1715), reclamó para sí el derecho de las regalías, es decir, el derecho que ostentaba la corona desde la Edad Media sobre algunas diócesis, que consistía en administrar los bienes y cobrar las rentas (regalía temporal) y conferir en ellas los beneficios sin cura de almas (regalía espiritual). En 1673 el monarca francés extendió este derecho a todas las diócesis del reino. Sólo dos obispos se opusieron y solicitaron el apoyo del papa Inocencio XI. El pontífice, decidido a no tolerar más injerencias en los asuntos eclesiásticos, envió a Luis XIV tres breves (1678, 1679 y 1680) instándole a que renunciara a la extensión del derecho de regalías, y mostrándose especialmente duro en el tercero. El rey comprendió la gravedad de la situación y quiso asegurarse el apoyo del clero. La asamblea del clero de 1680 manifestó al monarca su pesar por las palabras usadas por el papa y ratificó su fidelidad a la corona. A finales de 1681, Luis XIV reunió una nueva asamblea que reconoció las regalías como un derecho soberano, reduciéndolas a límites menos peligrosos para la Iglesia, y en marzo de 1682 aprobó una declaración redactada por Bossuet (1627-1704) a instancias de Luis XIV. Los cuatro artículos aprobados el 19 de marzo de 1682 sostienen la independencia absoluta del rey de Francia en las cuestiones temporales, la superioridad del concilio sobre el papa, a tenor de los decretos de Constanza, la infalibilidad del papa condicionada al consentimiento del episcopado y la inviolabilidad de las antiguas y venerables costumbres de la Iglesia galicana. Luis XIV impuso en todas las escuelas de teología la enseñanza de los cuatro artículos.

Inocencio XI, antes aun de conocer el tenor de los artículos, mediante el breve *Paternae Charitati* del 19 de abril de 1682, manifestó severamente al clero francés su amargura por la debilidad demostrada por los obispos, que no se habían atrevido a defender los derechos de la Iglesia, refutó sus argumentos y declaró nulas todas las disposiciones sobre la regalía. Con respecto a los cuatro artículos prefirió, incluso después de conocer su contenido, no intervenir directamente, pero negó la institución canónica a los candidatos episcopales que hubieran tomado parte en las reuniones de 1681-1682. Con el fin de no aparecer débil, Luis XIV propuso para el episcopado únicamente a personas que habían aprobado los artículos. El resultado fue que en seis años las sedes vacantes subieron a treinta y cinco.

El conflicto se agravó porque el papa nombró arzobispo de Colonia al candidato imperial frente al que había presentado Luis XIV, y por la abolición del derecho de asilo de las embajadas en Roma en pro del orden público. Mientras

España y Venecia se sometieron a la disposición papal, Francia no quiso aceptarla y el nuevo embajador francés entró en Roma en noviembre de 1687 con franca ostentación de armas y soldados. El papa le consideró excomulgado y no quiso recibirle, y a principios de 1688 hizo saber indirectamente a Luis XIV que tanto él como sus ministros debían considerarse incurso en las censuras eclesiásticas. Luis XIV, en el apogeo de su poder, no se preocupó lo más mínimo; es más, como represalia volvió a ocupar (como ya lo había hecho bajo Alejandro VII) Avignon y el Venaissin y, además, apeló al concilio. Inocencio XI murió sin recoger los frutos de su lucha.

Aunque no eran tiempos de cruzada, desde los primeros días de su pontificado Inocencio XI quiso establecer la concordia entre los príncipes cristianos y unirlos contra el turco invasor. No fue poco que, a pesar de la oposición de Francia, consiguió que el emperador y el rey de Polonia firmasen una alianza contra el turco, al que derrotaron el 12 de septiembre de 1683, obligándole a levantar el cerco de Viena. En 1686 también se reconquistó la ciudad de Buda.

El año 1685 subió al trono inglés Jacobo II (1685-1688), católico ferviente, que en seguida envió una embajada al papa y llamó a los jesuítas. Admirador de Luis XIV, quiso imitar su absolutismo, a pesar de las exhortaciones de Inocencio XI, que le aconsejaba respetar las libertades parlamentarias y tratar con moderación a sus súbditos no católicos. No le hizo caso y la reacción de los anglicanos no se hizo esperar; si no se sublevaron fue porque se esperaba que, a la muerte del monarca, le sucediese una de sus hijas, casadas con príncipes protestantes. Pero en 1686 la segunda mujer de Jacobo II, la católica María de Este, le dio un hijo varón, lo que abrió la perspectiva de una dinastía católica y autoritaria. Los protestantes ingleses ofrecieron entonces el trono a Guillermo de Orange, casado con la hija mayor de Jacobo, y el 5 de noviembre de 1688 desembarcó en Inglaterra sin que le resultara difícil apoderarse de todo el país. Jacobo II tuvo que refugiarse en Francia y la ruina del catolicismo en Inglaterra se consumó para siempre.

La vida de la Iglesia. Por lo que se refiere a la vida interna de la Iglesia, el papa condenó en 1679 sesenta y cinco proposiciones de moral laxista, pero para evitar que de esta condena se hiciera un arma contra los jesuítas, prohibió tres escritos en los que se pretendía demostrar que las referidas proposiciones estaban sacadas de las doctrinas de los miembros de la Compañía. Con esta medida quiso poner fin a la violenta campaña que los jansenistas llevaban a cabo contra los jesuítas en torno a estas materias, a la cual contribuyó en buena medida Pascal con la publicación de *Las provinciales*, dando origen a la leyenda negra del jesuitismo (R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia católica*, IV, Madrid, 1980, pp. 345-77).

Otro tanto ocurrió con el movimiento de espiritualidad que se desarrolló en Italia y Francia en el último tercio del siglo xvii, conocido con el nombre de «quietismo». Su principal representante fue el español Miguel Molinos (1628-1696), que residía en Roma desde 1669 y en 1675 publicó una obra titulada *Guía espiritual*. El «quietismo» consiste en la voluntad de asimilarse totalmen-

te a Dios hasta la identificación, en la pasividad total, en la que desaparece la voluntad del hombre; desdeña la acción y la oración, pues la absorción en Dios hace inútil cualquier intento de vida moral y espiritual, de forma que el hombre puede disfrutar sin esfuerzo la paz en Dios (P. Dudon, *Le quiétiste espagnol Michel Molinos*, París, 1921). En 1685 esta doctrina fue sometida al examen de la Inquisición y, por la bula *Coelestis Pastor* de 19 de noviembre de 1687, Inocencio XI prohibió las obras de Molinos y condenó sesenta y ocho proposiciones sacadas de las mismas. Molinos abjuró de sus errores y fue condenado a encierro perpetuo en un monasterio.

En el orden disciplinar publicó múltiples edictos para exigir la reverencia debida en los templos durante la celebración de los divinos oficios, dispuso que todos los obispos residentes en Roma se trasladasen a sus sedes, fomentó la predicación y la enseñanza del catecismo, ordenó que los obispos no confiriesen órdenes sagradas salvo a los que tuvieran un beneficio congruo o patrimonio y dio nuevas normas sobre la beatificación y canonización. Canonizó a san Pedro Regalado (1390-1456) y beatificó a Toribio de Mogrobejo (1538-1606).

Inocencio XI hizo pocos dispendios en el fomento de las artes, por lo que tampoco mantuvo relaciones especiales con Bernini. El anciano maestro recibió, en cambio, un gran disgusto cuando el papa le ordenó que vistiera a la *Verdad* desnuda de la tumba de Alejandro VII, en la basílica de San Pedro. Su severidad, que recordaba el rigorismo jansenista, le llevó a prohibir las fiestas de carnaval y las representaciones de teatro y ópera, cosa que le atrajo el disgusto de los romanos. Sin embargo, su pontificado fue uno de los más importantes del siglo XVII. Murió Inocencio XI en Roma el 12 de agosto de 1689 y fue enterrado en la basílica de San Pedro.

Alejandro VIII (6 octubre 1689 - 1 febrero 1691)

Pedro Ottoboni nació en Venecia el 22 de abril de 1610. Perteneciente a una familia de la moderna nobleza véneta, estudió derecho en la Universidad de Padua, donde se graduó de doctor en ambos derechos. Abrazó el estado eclesiástico y marchó a Roma, comenzó la carrera curial con el apoyo de Urbano VIII. Ejerció los cargos de refrendatario de las dos Signaturas, gobernador de Terni (1638), Rieti (1640) y Cittá di Castello (1641). En 1643 fue nombrado auditor de la Rota y el 19 de febrero de 1652 Inocencio X le concedió el capelo cardinalicio. El 7 de diciembre de 1654 fue designado obispo de Brescia y permaneció diez años en su diócesis, donde utilizó su experiencia jurídica para corregir algunas desviaciones disciplinares y doctrinales. Vuelto a Roma, Clemente X le nombró datario y Clemente XI secretario del Santo Oficio, lo que le obligó a ocuparse del quietismo y de la cuestión de la extensión de las regalías en Francia.

De los 62 cardenales que integraban el sacro colegio al morir Inocencio XI (1689), no menos de diez estaban ausentes de Roma y no pudieron entrar en el cónclave. Este duró del 23 de agosto al 6 de octubre. Los votos se iban orientando hacia el cardenal Barbarigo, y hubiera sido elegido de no haberlo recha-

zado. El partido de los *zelanti* pensó entonces en Pedro Ottoboni, un patricio veneciano, no enfeudado ni al Imperio ni a Francia y estimado por sus cualidades de afable trato y habilidad para los negocios curiales. Fue elegido el 6 de octubre de 1689 y quiso llamarse Alejandro VIII, y aunque estaba para cumplir los 80 años, gozaba de buena salud. Su coronación, que tuvo lugar el 18 de octubre, fue celebrada popularmente en Roma y Venecia con arcos de triunfo y fuegos artificiales. Diez días después tomó posesión de San Juan de Letrán.

Alejandro VIII volvió a resucitar el nepotismo. Hizo venir de Venecia a sus parientes para poder honrar y enriquecer a sobrinos y resobrinos. A uno le concedió la rica abadía de Chiaravalle y luego la púrpura cardenalicia con el cargo de vicescanciller, más la legación de Avignon; a otro le concedió la superintendencia de las fortalezas marítimas y de las galeras del Estado. Además, procuró que los Ottoboni emparentaran con ricas y principescas familias romanas.

En la política eclesiástica ocuparon un lugar preferente los problemas heredados con Francia. Alejandro VIII siguió en un principio la línea recta e intransigente de su predecesor, pero luego tanto el rey como el papa se persuadieron que lo mejor para todos era proceder en paz y concordia. Sin embargo no era fácil, dada la ambición de Luis XIV y la obstinación de algunos galicanos. Alejandro VIII deseaba el restablecimiento de la paz religiosa en Francia, donde aumentaba cada día más el número de obispos nombrados por el rey y no confirmados por la Santa Sede a causa de su galicanismo. Por eso se avino a algunas concesiones. Cedió en la confirmación canónica de los obispos, a condición de que se retractasen explícitamente de sus errores, y accedió a nombrar cardenal al obispo de Beauvais, Forbin Janson, enemigo del emperador pero muy estimado de Luis XIV. El rey, por su parte, renunció al derecho de asilo de la embajada romana (cosa que ya habían hecho otros monarcas) y restituyó a la Santa Sede la ciudad de Avignon y el Venaissin, que le había arrebatado anteriormente. A pesar de estas tentativas y deseos de reconciliación, el papa se mantuvo inflexible en los principios, declarando por la bula *ínter múltiples* (4 agosto 1690) inválidos, írritos y nulos los cuatro artículos galicanos y la extensión de los derechos de regalía a todas las iglesias de Francia.

Con el Imperio se mantuvo más distanciado que su predecesor. No concedió ningún capelo cardenalicio a los candidatos imperiales y otorgó menor ayuda financiera al emperador Leopoldo para la guerra contra los turcos, entre otras cosas porque Venecia, patria del papa, veía con desconfianza los triunfos de Austria hacia levante. En cambio, a Venecia la ayudó económica y militarmente contra los turcos y la colmó de privilegios.

En el plano religioso, Alejandro VIII condenó el 7 de diciembre de 1690 treinta y una tesis de los jansenistas lovanienses, relativas al pecado y la gracia, la justificación, la veneración a María, el bautismo y la autoridad del romano pontífice. En 1690 canonizó a su compatriota san Lorenzo Giustiniani (1381-1455) y, también, a san Juan de Capistrano (1386-1456), san Juan de Sahagún (1430-1479), san Juan de Dios (1495-1550) y san Pascual Bailón (1540-1592).

Los romanos quedaron agradecidos a Alejandro VIII, porque les rebajó los impuestos, facilitó las importaciones de víveres y disminuyó su precio. También se preocupó de enriquecer la Biblioteca Vaticana, adquiriendo la biblioteca, rica en manuscritos, de la reina Cristina de Suecia, que murió en 1689. Alejandro VIII falleció en Roma el 1 de febrero de 1691, a los dieciséis meses de pontificado, y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Inocencio XII (12 julio 1691 - 27 septiembre 1700)

Personalidad y carrera eclesiástica. Antonio Pignatelli nació el 13 de marzo de 1615 en el castillo que su padre poseía en Spinazzola, cerca de Bari. Miembro de una de las familias de más rancia aristocracia del reino de Nápoles, su padre era príncipe de Minervino y grande de España. Después de hacer los primeros estudios, pasó al colegio romano de los jesuitas y estudió leyes, licenciándose en ambos derechos. Gracias a las buenas relaciones con influyentes eclesiásticos romanos y, en particular, con Urbano VIII, inició una rápida carrera en la curia: vicelegado de Urbino, inquisidor de Malta y gobernador de Viterbo. Ocupó después las sedes diplomáticas más prestigiosas: nuncio en Florencia (1652), Polonia (1660) y Viena (1668). En 1673 Clemente X le nombró secretario de la Congregación de obispos y regulares, y en 1681 Inocencio XI le creó cardenal presbítero del título de San Pancracio. Designado arzobispo de Nápoles el 30 de septiembre de 1686, Pignatelli se distinguió en la diócesis napolitana por la rectitud de miras, profunda religiosidad y preocupación por los pobres.

De todos los cónclaves del siglo xvii, el más largo fue el de 1691. Duró cinco meses, del 12 de febrero al 12 de julio. Ni los españoles, ni los franceses, ni los imperiales se avinieron a votar por Barbarigo, candidatura de los *zelanti*, aunque todos repetían que nada tenían que objetar contra aquel santo cardenal, que no ambicionaba la tiara. Desde fines de abril, los sufragios se fueron acumulando sobre el nombre de Pignatelli. El calor estival obligó a los conclavistas a acelerar la elección y, contra la resistencia de los franceses, la mayoría de los cardenales optó por Antonio Pignatelli, que fue elegido el 12 de julio de 1691. Escogió el nombre de Inocencio XII en memoria del pontífice que le había hecho cardenal, fue coronado tres días después en San Pedro y no tomó posesión de San Juan de Letrán hasta el día 13 de abril del siguiente año.

El fin del nepotismo y la actividad política. Una de las primeras medidas del nuevo papa fue arrancar de cuajo el nepotismo, para lo cual, ejecutando un antiguo deseo de Inocencio XI, expidió la bula *Romanum decet Pontificem* (20 junio 1692), suscrita y jurada por el papa y por los 35 cardenales presentes entonces en Roma, prohibiendo severamente a los papas venideros conceder honores, cargos públicos, pensiones, etc., a sus hermanos, sobrinos y demás parientes, o enriquecerlos a costa de la Iglesia por motivo de parentesco. Así se atajó el excesivo favoritismo de los pontífices y el nepotismo pasó a ser historia. Se suprimió el cargo de cardenal nepote y, en su lugar, se consolidó ya definitivamente el de cardenal secretario de Estado, como responsable de la dirección de los asuntos de Estado.

En el ámbito de las relaciones de política eclesiástica, Inocencio XII trató de mejorar las relaciones con Francia. En 1693 Luis XIV comunicó al papa que había sido revocada la orden de enseñanza de los artículos galicanos. En compensación, el pontífice otorgó finalmente la institución canónica a los candidatos de la sedes vacantes, pero sólo después de que todos y cada uno manifestara en carta dirigida al papa su sentimiento, por lo menos genérico, de lo ocurrido. El decreto sobre las regalías no fue revocado y los cuatro artículos galicanos, como no habían sido condenados, siguieron enseñándose en muchas facultades francesas. Por lo tanto no se puede hablar de un rendimiento sin condiciones por parte de la monarquía francesa, sino únicamente de un compromiso. «Luis XIV no fue a Canosa —comenta Ranke (*Historia de los papas*, p. 557)—, pero hizo hacer este camino a los obispos, sus dóciles instrumentos.» Al emperador Leopoldo le prestó auxilio económico para la guerra contra los turcos, y cuando llegó a Roma la noticia de la victoria de Salankemen (1691) y la conquista de Granvaradino (1692), ordenó que en Roma se celebrase con grandes fiestas populares y funciones litúrgicas. Pero las relaciones entre ambos se nublaron más tarde, porque Leopoldo concedió la investidura de elector del Imperio al protestante Enrique Augusto de Hannover y, sobre todo, por las actitudes absolutistas y poco conciliadoras de los embajadores imperiales en Roma. En cambio, el cardenal Forbin, embajador de Francia, hacía cuanto podía por captarse la benevolencia del pontífice, tanto que Inocencio XII empezó a inclinarse hacia Luis XIV, que también deseaba atraerse la voluntad del papa en el grave negocio de la sucesión a la corona hispánica.

En la sucesión al trono polaco (1696), en un primer momento el papa sostuvo la candidatura del católico francés Conti, pero luego reconoció sin dificultad la elección de Federico Augusto de Sajonia (1697-1733), que era luterano aunque se convirtió al catolicismo en 1697, apoyada por Austria, Rusia y Prusia.

También luchó el pontífice por alcanzar la paz entre Luis XIV y la gran coalición europea. Y aunque en el congreso de paz de Rijswijk (1697) la Santa Sede no estuvo representada oficialmente, el papa celebró su firma y la cláusula que garantizaba el mantenimiento de los derechos de la religión católica en aquellos Estados que en virtud del tratado de paz pasasen a dominio protestante.

Al final del pontificado tuvo que ocuparse también del problema de la sucesión a la corona española. Como el rey Carlos II (1665-1700) pidió consejo al papa, Inocencio XII se pronunció en favor del príncipe elector de Baviera, José Fernando; pero al morir éste repentinamente en 1699, el cardenal Portocarrero haciendo valer, tal vez, la opinión del papa (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXII, pp. 559-60), consiguió que nombrase heredero a Felipe de Anjou.

La vida de la Iglesia. En el ámbito doctrinal tuvo que pronunciarse en la disputa que surgió entre los obispos franceses Fénelon (1651-1715) y Bossuet (1627-1704) sobre ciertas opiniones quietistas (P. Zovato, *La polémica Bossuet-Fénelon*, Padova, 1968). La acalorada controversia literaria, que sobre todo Bossuet desarrolló con cortante agudeza, acabó por ser sometida al dictamen

del papa. Inocencio XII, por el breve *Cum aliae* del 12 de marzo de 1699, condenó 23 proposiciones sobre el amor purísimo de Dios, entresacadas del libro *Explications des máximes des Saints sur la vie intérieure* de Fénelon, arzobispo de Cambrai y defensor de Madame Guyon, promotora de una forma mitigada de quietismo.

Trató de mejorar el funcionamiento de la curia romana, reformando la Penitenciaría y la Dataría; encargó al cardenal Colloredo la visita canónica del clero romano, mandó a los sacerdotes vestir el hábito talar, no llevar peluca y retirarse dos veces al año a hacer ejercicios espirituales; introdujo en Roma, al igual que había hecho antes en Nápoles, un rito de mayor solemnidad para acompañar al Santísimo en el viático; promovió la predicación y concedió la púrpura cardenalicia a personajes insignes, como el dominico Ferrari, el agustino Noris o el benedictino Sfondrati. También se preocupó de las misiones y promovió la acción de la congregación De Propaganda Fide en Persia, China y aun en América.

Inocencio XII reorganizó la administración pontificia, corrigiendo el mecanismo que se practicaba en la adquisición de los cargos; reformó los tribunales de justicia, reuniéndolos en la «curia inocenciana» (palacio de Montecitorio); redujo los gastos de la corte y construyó el puerto de Anzio y a su lado una fortaleza. Habiendo conocido de cerca el pauperismo en Nápoles, trató de afrontar la plaga de indigencia que azotaba a Roma y que constituía un peligro constante para el orden público, destinando el palacio Lateranense para recoger y sostener a los pobres inhábiles para el trabajo. Con la idea de reunir en un hospicio a los niños y jóvenes pobres, procurándoles algún trabajo, levantó un vasto edificio en San Michele in Ripa, que fue ampliado por su sucesor. Con estas actuaciones, Inocencio XII se mostró como uno de los pontífices de la Edad Moderna más abiertos a los problemas sociales.

Murió Inocencio XII en la noche del 26 al 27 de septiembre de 1700, a los 85 años de edad, cuando se estaban celebrando las festividades del Año Santo que él había publicado solemnemente por la bula *Regí saecidorum*. Su cuerpo fue enterrado en la basílica de San Pedro.

Clemente XI (23 noviembre 1700 - 19 marzo 1721)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Francisco Albani nació en Urbino el 3 de julio de 1649 en el seno de una familia noble del pequeño ducado, estrechamente ligada a la Santa Sede. Su abuelo poseía el título de senador romano y su padre era maestro de cámara del cardenal Franciso Barberini. En 1660 se trasladó a Roma para estudiar en el colegio romano, donde mostró un gran interés por las lenguas clásicas. En Urbino completó su formación con la licenciatura en derecho. De retorno a Roma frecuentó las academias, las bibliotecas y, sobre todo, el círculo de Cristina de Suecia. Bajo la protección del poderoso cardenal Barberini inició una rápida carrera curial: refrendatario de las dos Signaturas, gobernador de Rieti, de la Sabina y de Orvieto, y en 1687 secretario de breves. Al mismo tiempo gozó de dos canongías en San Pedro y

en San Lorenzo. El 13 de febrero de 1690 Alejandro VIII le concedió el capelo cardenalicio. El nuevo cardenal fue miembro de diferentes congregaciones romanas y protector de órdenes religiosas. Asesor de varios pontífices, Inocencio XII le encargó la redacción de la célebre bula contra el nepotismo (1692), que tanta irritación causó en el sector más relajado de la curia.

Cuando a fines de septiembre de 1700 agonizaba el anciano papa Pignatelli, ya el rey Luis XIV tenía en Roma bien informados a varios cardenales franceses del modo como debían comportarse en el próximo cónclave, que se preveía de larga duración. Al atardecer del 9 de octubre, se encerró el colegio cardenalicio para deliberar sobre el futuro papa y, desde el primer momento, se vio que el partido más fuerte era el francés. Frente a él se hallaban los hispano-imperiales y, en el centro, los neutrales y el grupo de los zelantes. Los coloquios y manejos políticos se iban prolongando, cuando el 19 de noviembre llegó la noticia de la muerte de Carlos II de España. Ante la preocupación por la sucesión a la monarquía española, los zelantes lanzaron la candidatura del cardenal Albani, aplaudida por todos los partidos menos por los franceses, que al fin aceptaron. La elección pareció unánime, pero Albani se negó a ceñir la tiara. Instado por todos, decidió someter el caso a cuatro eminentes teólogos, que le respondieron que siendo unánime la elección debía aceptar. Aceptó el 23 de noviembre, fiesta de san Clemente, en cuyo honor quiso llamarse Clemente XI. Fue coronado el 8 de diciembre en San Pedro y el 10 de abril del siguiente año tomó posesión de San Juan de Letrán.

El nuevo papa, que sólo tenía 51 años, era un hombre culto y jovial. Dominaba las lenguas clásicas y se distinguía por sus dotes literarias e intelectuales. Su vida era un ejemplo de piedad y austeridad; diariamente celebraba la misa y visitaba las iglesias y hospitales de Roma con frecuencia. En los cargos curiales que había desempeñado había demostrado capacidad política. El único defecto que le achacaban algunos era cierta vacilación en tomar decisiones y lentitud en ejecutarlas, tal vez por desconfianza en sí mismo. Nombró secretario de Estado al cardenal Paolucci, persona competente y experimentada, en cuya fidelidad confiaba plenamente. Con igual acierto repartió otros cargos y oficios curiales y, aunque otorgó la púrpura cardenalicia a su sobrino Aníbal Albani en 1711, después de haberlo probado bien en diferentes misiones diplomáticas, nadie se atrevió a tacharlo de nepotista.

La guerra de Sucesión española. Graves problemas esperaban a Clemente XI y resolverlos a gusto de todos era imposible. Los primeros años de su pontificado estuvieron por completo bajo los nubarrones de la guerra de Sucesión española. Felipe de Anjou, de acuerdo con el testamento de Carlos II, fue coronado el 8 de mayo de 1701 en Madrid como rey de España; pero el emperador rechazó el testamento y alegó que su hijo, el archiduque Carlos, tenía los mismos derechos que Felipe V (1700-1746). Clemente XI se ofreció como intermediario para que no se llegase a la ruptura de las hostilidades y recomendó estricta neutralidad a los duques de Mantua, Módena y Parma. Pero todo fue inútil. Europa se dividió en dos bandos y se generalizó la guerra. En 1702

Felipe V desembarcó en Nápoles y pretendió que el papa, como supremo señor feudal de aquel reino, le otorgase la investidura oficial, cosa que también reclamaba el emperador para su hijo. Clemente XI tuvo que hacer equilibrios para mantenerse neutral, disgustando a unos y a otros.

En 1709 las relaciones de la corte española con Roma se complicaron (R. García-Villoslada, *Historia de la Iglesia católica*, IV, pp. 162-69). Clemente XI, tras vacilaciones y un cúmulo de presiones, parece que se vio forzado por los austríacos, que ocupaban buena parte de Italia, a reconocer al archiduque Carlos «por rey católico de aquella parte de los dominios de España que poseía, sin perjuicio del título ya adquirido y de la posesión de los reinos que gozaba el rey Felipe». Con este reconocimiento de rey católico de las regiones hispanas ocupadas se abría una situación nueva en España. Aunque el papa regateó el envío de un representante, no le quedó más remedio que ser consecuente y mandar un nuncio a Barcelona. España contaba, por tanto, con dos reyes y dos nuncios, uno en Castilla y otro en Cataluña. Felipe V reaccionó como era de esperar: ordenó al embajador español que saliera de Roma y expulsó al nuncio, signo de la ruptura formal de relaciones. El decreto de 22 de abril consumaba la nueva situación. Cerrada la nunciatura, que en España era mucho más que una simple representación diplomática, se hizo realidad momentánea el viejo anhelo regalista de retorno de la disciplina eclesiástica «al estado que tenía en lo antiguo, antes que hubiese en estos reinos nuncio permanente». La situación fue tanto más grave cuanto que se decretó la ruptura de toda comunicación con Roma, la prohibición de cualquier transacción dineraria y la exacción y custodia de los espolios, vacantes y otros efectos que se enviaban a la Cámara apostólica. Como instrumento de garantía y de control se estableció el «pase regio» en su acepción más rigurosa, de tal manera que todo documento procedente de Roma era secuestrado por el gobierno para su censura y «conocer si de su práctica y ejecución puede resultar inconveniente o perjuicio al bien común o al Estado». La ruptura de relaciones con Roma sólo afectó a la España controlada por Felipe V: se paralizaron las dispensas matrimoniales y Clemente XI se negó a confirmar a los obispos nombrados por Felipe V; en cambio, en los territorios controlados por el archiduque se concedían las dispensas y se confirmaba a los obispos que designaba.

La muerte del emperador José I (1705-1711) y el nombramiento de su hermano Carlos (1711-1740), el pretendiente español, como nuevo emperador, precipitó las negociaciones de paz, en las que se marginó casi por completo a los representantes romanos. El legado pontificio sólo encontró una respuesta dilatoria a las demandas del papa, que pedía, entre otras cosas, la ratificación del artículo cuarto del tratado de Ryswick (1697), a fin de que se garantizasen los derechos de los católicos en los territorios cedidos después de 1702 a príncipes protestantes. En el tratado de Rastadt (1714) se reconoció la petición de Clemente XI relativa al tratado de Ryswick, pero se tomaron medidas que no tuvieron en cuenta los derechos de la Santa Sede, como la asignación de Sicilia al duque de Saboya y de Cerdeña al emperador, y sobre todo el reconocimien-

to de una línea general que legitimaba la sucesión de príncipes luteranos en territorios católicos. La alocución pronunciada por el pontífice en el consistorio del 21 de enero de 1715, a la vez que elevaba una enérgica protesta por los tratados, demostraba también la debilidad de la diplomacia vaticana y el triunfo de la razón de Estado.

Finalizada la guerra y reconocido oficialmente Felipe V como rey de España, se buscó la forma de solucionar el contencioso con Roma. Isabel de Farnesio (1692-1767), nueva esposa de Felipe V, y Alberoni (1664-1752), lo facilitaron, y en 1717 se firmó un acuerdo, conocido como concordato, y con todas las previsiones de estabilidad (A. Mercati, *Raccolta dei concordati*, I, pp. 282-85). Pero este «mezquino ajuste» nació tan viciado en su origen (se dice que Alberoni condicionó su logro al capelo cardenalicio) que tuvo escasa fortuna. No costó mucho quebrar tan frágil acuerdo. En febrero de 1718 se volvieron a romper las relaciones por el irredentismo mediterráneo de la corte española. La tensión cedió cuando se registró la caída del mentor de todo, Alberoni (1719), y cedieron, aunque sólo de momento, los planes revisionistas españoles. En septiembre de 1721 se volvió a abrir la nunciatura y el pontífice confirmó las concesiones del ajuste de 1717.

La amenaza turca se renovó en diciembre de 1714 con la declaración de guerra a Venecia. El papa pidió ayuda a los soberanos católicos. Luis XIV, que murió poco después, no quiso romper su amistad con los turcos y el emperador Carlos VI, distraído en otros frentes, estuvo dudando. Los turcos se apoderaron de Morea y finalmente el emperador Carlos, satisfecho por los grandes subsidios concedidos sobre las rentas eclesiásticas y después de recibir garantías de que las posesiones italianas no serían invadidas por España, se decidió a firmar una alianza con Venecia (3 abril 1716), que en seguida dio resultados con la victoria del príncipe Eugenio de Saboya en Petrovardin en Hungría (5 agosto 1716) y el alejamiento de los turcos de Corfú. Siguieron otros pequeños triunfos de las flotas papal y veneciana antes de que el 16 de agosto de 1717 se librara en Belgrado la decisiva batalla, que forzó a los turcos a la paz de Passarowitz (1718), fin y remate de la potencia turca en Europa.

La condena del jansenismo. A comienzos del siglo xviii volvió a reproducirse el conflicto jansenita. La obra *Un caso de conciencia* (1701) replanteó la cuestión de la licitud del silencio obsequioso: ¿se podía absolver a un eclesiástico que aceptase sólo externamente la interpretación que daba la Iglesia a las proposiciones contenidas en el libro de Jansenio? Algunos obispos y cuarenta doctores de la Sorbona contestaron afirmativamente. Clemente XI, a petición de Luis XIV, publicó entonces, en 1705, la bula *Vineam Domini*, ratificando las respuestas de Inocencio X y de Alejandro VIII, que rechazaban como subterfugio la teoría del silencio obsequioso y reivindicaban para la Iglesia el derecho a condenar no sólo las doctrinas, sino a los autores que las defendían. La lucha no cesó. La asamblea del clero francés del mismo año declaró que aceptaba la bula, pero a la vez sostenía que los decretos de Roma tenían valor obligatorio únicamente cuando los reconocían y admitían los obispos. La resistencia se hizo

muy fuerte, sobre todo en Port-Royal, y de nuevo cayó el entredicho sobre el monasterio (1707), hasta que el rey, harto del ruido que producían unas pocas monjas, las sacó de clausura y derribó el monasterio.

Mientras tanto el oratoriano Pascual Quesnel (1634-1719), que en Bruselas había recogido el último aliento de Antonio Arnauld, publicó a finales del siglo XVII una obra sobre los Evangelios titulada *Reflexiones morales*, que a pesar de estar impregnada de ideas jansenistas obtuvo la aprobación del arzobispo de París, Noailles. Clemente X, en 1675, y con mayor solemnidad Clemente XI, en 1708, prohibieron la obra, pero el arzobispo se negó a aceptar el decreto. Entonces la obra volvió a ser sometida en Roma a un examen riguroso, que terminó en una nueva y más solemne condena con la bula *Unigenitus* (1713), que censuraba en bloque más de cien proposiciones extraídas de las *Reflexiones morales*. La bula recogía de modo sistemático los diversos aspectos del jansenismo, condenando de forma definitiva e inequívoca la teoría de la predestinación de Jansenio, el rigorismo de Saint-Cyran y las tendencias reformadoras heterodoxas de todos los epígonos de Port-Royal. Noailles y otros obispos opusieron aún resistencia, alentados por la debilidad de la monarquía durante la regencia de Felipe de Orléans (1715-1723), indiferente y poco amigo de la Iglesia. Cuatro de ellos apelaron contra la bula al futuro concilio y el arzobispo de París, otros obispos, muchos eclesiásticos y ciertos miembros de la universidad parisina, les imitaron en su gesto. Francia quedó dividida entre dos facciones: los «apelantes» y los que aceptaron la bula *Unigenitus*. Ante el peligro inminente de un cisma, Clemente XI, con la bula *Pastoralis officii*, excomulgó en 1718 a los apelantes y confirmó todos los documentos publicados hasta entonces contra el jansenismo. No faltaron intentos de resistencia, pero la muerte de Quesnel (1719) privó al jansenismo de su último jefe y la fuerza de su oposición quedó muy debilitada. El mismo gobierno quiso liquidar por motivos políticos el viejo y engorroso asunto e hizo registrar como ley del Estado la bula *Unigenitus*, estableciendo disposiciones severas contra los recalitrantes. Diez años después, se plegó por completo Noailles. Así agonizó el jansenismo como movimiento dogmático y moral.

Las misiones y los ritos chinos. En la historia de las misiones actuó Clemente XI con dudoso acierto (F. J. Montalbán, *Historia de las misiones*, Bilbao, 1952). En la controversia que desde principios del siglo XVII dividía a misioneros y aun a teólogos sobre la licitud de los ritos malabares y chinos, aprobados por Gregorio XV, prohibidos por Inocencio X y vueltos a aprobar por Alejandro VIII, llegaron a Roma quejas de una parte y otra que movieron a Clemente XI a tomar una decisión. Para evitar la condena los jesuítas lograron del emperador chino una declaración (preparada en realidad por los mismos padres), según la cual los honores que se tributaban a Confucio y a los difuntos tenían un carácter meramente civil. Clemente XI no tuvo en cuenta este documento y prohibió en 1704 todos los ritos chinos, aunque, como estaba ya en camino hacia China un enviado suyo, Charles Tournon, no quiso publicar inmediatamente el decreto. Tournon no estuvo a la altura de la misión. En cuanto llegó a la

India condenó los ritos malabares, como resabios de paganismo, y en China hizo lo mismo con los ritos chinos. Esta medida le grangeó la enemistad de los misioneros y le valió el enfrentamiento con el emperador, que se irritó al saber que el papa no había tenido en cuenta su declaración sobre el valor civil de los ritos en litigio. El emperador expulsó a Tournon de Pekín y dio orden de que en adelante sólo se tolerasen las actividades de los misioneros que reconociesen los ritos como lícitos. Tournon, en señal de protesta, condenó en enero de 1707 los ritos y murió poco después en Macao. Clemente XI aprobó lo hecho por su legado y ratificó en 1710 y de nuevo en 1715 solemnemente, con la bula *Ex illa die*, la prohibición de 1704. El emperador, enojado con Roma, expulsó de China a los misioneros, prohibió el culto cristiano y mandó destruir las iglesias católicas. De poco sirvió ya que Clemente XI enviara en 1721 a China otro legado, Mezzabarba, para reconciliarse con el emperador y hacer algunas concesiones a fin de superar las controversias de los misioneros sobre la compatibilidad de los ritos chinos con la religión cristiana.

En Roma y en sus Estados el papa se interesó por la ciencia, la literatura y el arte; enriqueció la Biblioteca Vaticana con preciosos manuscritos orientales e impulsó los trabajos arqueológicos. Clemente XI murió el 19 de marzo de 1721 y fue enterrado en la basílica de San Pedro. A su muerte dejaba una sociedad que se movía fundamentalmente por la razón de Estado y que se abría, por un lado, hacia el laicismo y el regalismo o jurisdiccionalismo, y por otro, hacia la tolerancia y el pluralismo confesional.

Inocencio XIII (8 mayo 1721 - 7 marzo 1724)

Miguel Ángel Conti nació en el palacio nobiliario de Poli (Palestrina) el 13 de mayo de 1655. Aunque vino al mundo en la campiña romana, se le consideró un papa romano. Hijo de Cario, duque de Poli, y de Isabel Muti, pertenecía a una de las familias de más rancia alcurnia de Roma, que había dado varios papas, entre ellos Inocencio III. Hizo sus primeros estudios en Ancona junto a su tío, obispo de la ciudad, y los continuó en el colegio romano de los jesuitas. Entró en la carrera curial y fue sucesivamente gobernador de Ascoli, Frosinone y Orvieto (1693). En 1695 fue nombrado nuncio en Suiza y en 1698 en Lisboa. Clemente XI le concedió la púrpura cardenalicia el 7 de junio de 1706 y le promovió al obispado de Osimo, primero, y Viterbo después. Durante unos años se ocupó del gobierno de su diócesis, pero en 1710 volvió a Roma por su delicada salud.

El 31 de marzo de 1721 se encerraron en cónclave los cardenales para elegir al sucesor de Clemente XI. La mayoría de los purpurados habían sido creados por Clemente XI y en los primeros escrutinios el cardenal Paolucci, que había sido secretario de Estado del último pontífice, estuvo a punto de alcanzar los dos tercios de los votos necesarios para la elección. Ante esto el cardenal de Althan se apresuró a hacer público que el emperador ponía el veto a Paolucci. Eliminada esta candidatura, se pasaron casi seis semanas en debates y cabildeos, hasta que el 8 de mayo salió unánimemente proclamado papa el

cardenal Conti, que tomó el nombre de Inocencio XIII en recuerdo del más glorioso de los Conti, Inocencio III. Contaba 66 años de edad y tenía una salud precaria. No cumplió tres años de pontificado y ningún hecho importante lo inmortalizó.

Amante de la paz, trató de mantener buenas relaciones con los gobiernos. Para satisfacer las demandas del emperador Carlos VI (1711-1740), el 9 de junio de 1722, por la bula *Inscrutabili illius*, le concedió la investidura del reino de Nápoles y Sicilia (ésta había pasado a poder de Austria dos años antes, a cambio de Cerdeña). El emperador no quedó satisfecho con esto e hizo valer los privilegios de la *monarchia sicula*, aunque habían sido abrogados por Clemente X. Además, defendió con firmeza sus derechos a los ducados de Parma y Piacenza, como feudos del Imperio, que en 1731 pasarían al infante don Carlos de Borbón. El papa luchó por la recuperación del condado de Comacchio, ocupado por los imperiales en 1708, y que para la Santa Sede se había convertido en el símbolo de la intangibilidad del Estado eclesiástico. Pero las negociaciones fueron muy lentas e Inocencio XIII no llegó a ver la restitución, que se efectuó en 1725.

Las relaciones con España fueron de calma relativa después del arreglo de 1720. El gobierno se preocupó por llevar a la práctica viejos proyectos reformistas, relegados en el concordato de 1717 a una acción posterior. Al fracasar la vía de abordarlos por medio de los clásicos concilios provinciales, el monarca optó por pedir a Roma los debidos decretos reformadores. El poderoso cardenal Belluga fue el protagonista de la realización de los planes reformistas, plasmados en la bula *Apostolicl ministerii*, expedida por Inocencio XIII en 1723 y confirmada por Benedicto XIII al año siguiente. El documento era una llamada a las reformas pendientes después de Trento y las cláusulas más rigurosas de la bula son las que anulan cualquier privilegio local o colectivo que pueda oponerse a lo decretado por el concilio.

Repetidas veces fue acusado Inocencio XIII de simpatizar con los jansenistas y de estar en contra de la bula *Unigénitas*. Aprovechando este rumor, al mes de su elección, siete obispos franceses le enviaron una carta con durísimas críticas hacia la bula de Clemente XI, pidiendo su abolición. Pero el papa entregó la carta a la Inquisición, que la condenó e impuso a sus autores la aceptación pura y simple de la bula clementina.

Inocencio XIII se mostró contrario a la actitud de los misioneros jesuitas de China en pro de los ritos chinos, y ordenó al secretario de la congregación De Propaganda Fide dirigir al general de la Compañía una durísima reprimenda, fundada en las calumniosas informaciones que sus detractores habían enviado a Roma. El general se defendió de las acusaciones diciendo que los misioneros jesuitas se habían ajustado en China a las normas pontificias, obedeciendo las órdenes del papa. Estos eran ya signos de la gran tormenta que descargaría sobre los jesuitas al cabo de pocos decenios.

Inocencio XIII murió en Roma el 7 de marzo de 1724 y fue enterrado en la basílica de San Pedro. Para juzgarle equitativamente —escribe Pastor {*Historia*

de los papas, XXXIV, p. 82)— es preciso tener presente su estado de enfermo crónico y la brevedad de su pontificado.

Benedicto XIII (29 mayo 1724 - 21 febrero 1730)

Personalidad y carrera eclesiástica. Pedro Francisco Orsini nació en Gravina de Puglia (Bari) el 2 de febrero de 1650. Vástago de la noble familia de los Orsini-Gravina, que había dado a la Iglesia dos papas y un buen número de cardenales, a la muerte de su padre, el duque Felipe de Orsini, en cuanto primogénito recibió la investidura del ducado de Gravina. Pero poco después renunció a sus derechos y entró en los frailes dominicos, profesando en el convento romano de Santa Sabina. Estudió filosofía y teología en Nápoles y Bolonia y se ordenó sacerdote (1671). Poco después, ante las presiones familiares, Clemente X le concedió la púrpura cardenalicia (1672) y el 4 de enero de 1673 le nombró prefecto de la Congregación del Concilio y miembro de otras congregaciones romanas. Orsini consiguió librarse de estos encargos burocráticos y dedicarse a una actividad más en consonancia con su concepción religiosa. En 1675 se hizo cargo de la diócesis de Manfredonia, donde permaneció hasta 1680, en que promovió a Cesena. En ambas sedes trató de ser fiel reflejo del modelo episcopal trazado por el Concilio de Trento, haciendo la visita pastoral, celebrando sínodos, restaurando los seminarios, estableciendo instituciones de asistencia social, preocupándose por la disciplina del clero e impulsando la enseñanza del catecismo. En 1686 se trasladó a la complicada diócesis de Benevento y, siguiendo la línea anterior, se ganó el respeto y la admiración. En la curia se miraba con respeto su trabajo pastoral, pero se dudaba de su capacidad para los asuntos políticos y diplomáticos, al permanecer al margen de las diferentes facciones del sacro colegio.

El cónclave que siguió a la muerte de Inocencio XIII fue muy breve (20 a 29 de mayo de 1724). Ante la imposibilidad de sacar adelante la candidatura del candidato imperial (Piazza) o de las cortes borbónicas (Paolucci), los conclaveistas se decidieron por el cardenal Orsini, que fue elegido papa el 29 de mayo de 1724. Quiso llamarse Benedicto XIV en memoria de Benedicto XI, dominico como él, pero advertido que el anterior Benedicto XIII (Pedro de Luna) no había sido papa legítimo, tomó el nombre de Benedicto XIII. Fue coronado el 4 de junio y el 24 de septiembre tomó posesión de San Juan de Letrán.

El nuevo papa quiso gobernar la Iglesia como un pastor de almas, que es lo que trató siempre de ser, dando más importancia a la religión que a la política. Por eso, su actuación dejó perplejos a los contemporáneos y los juicios que luego se han emitido sobre su pontificado suelen ser críticos y negativos.

El gobierno de la Iglesia y la política eclesiástica. En el gobierno de la Iglesia quiso rodearse de personas de su confianza y trajo muchos colaboradores de su diócesis, que no tardaron en aprovecharse de la situación, como hizo el secretario Nicolás Coscia, que ejerció sobre él una influencia nefasta. A pesar de la oposición de los cardenales, Benedicto XIII lo incorporó al sacro colegio y le confirió una posición similar a la que antes ocupaba el cardenal nepote. Cos-

cia abusó descaradamente de la confianza del papa y llegó a ser detestado por todos; pero él administraba en su favor las finanzas pontificias, colocaba a sus amigos en los puestos de importancia y ejercía un maléfico influjo incluso en la Secretaría de Estado, que dirigía el experimentado cardenal Paolucci. Con tal de atesorar más y más, no tenía inconveniente en defraudar a la Cámara apostólica y dejarse sobornar por los gobiernos extranjeros. En vano se intentó abrir los ojos al papa con hechos y dichos; al bueno del pontífice le parecían calumnias. Hubo que esperar al pontificado siguiente para que la fuerza de la justicia cayera sobre la cabeza del indigno cardenal.

En el plano de la política eclesiástica, la actuación de Benedicto XIII ha sido juzgada de forma negativa por las excesivas concesiones que hizo a los monarcas. El concordato que firmó con Víctor Amadeo II de Saboya (1685-1730), rey de Cerdeña, en 1727, a costa de muchas concesiones jurisdiccionales (le concedió el derecho de presentación de todas las iglesias, catedrales, abadías y prioratos), fue duramente criticado por sus detractores. Pero quizá no se valoró suficientemente que muchas sedes de Cerdeña y del Piamonte estaban privadas de pastor y el papa trató de crear unas condiciones que normalizaran la vida eclesial.

Más grave fue, a juicio de García-Villoslada (*Historia de la Iglesia católica*, IV, p. 102), el negocio de la *monarchia sicula*. Siendo cardenal el papa había firmado la bula de Clemente XI suprimiendo la supuesta legación apostólica del rey de Sicilia. Sin embargo, ahora, después de muchas propuestas y contrapropuestas de Viena y Roma, se llegó a la redacción de la bula *Fideli ac prudenti* (3 agosto 1728), en la que no se abrogaba expresamente la constitución de Clemente XI, pero se concedían al emperador tales privilegios que podían darse por satisfechos los defensores de la *monarchia sicula*, pues se afirmaba que «todas las causas pertinentes al foro eclesiástico, a excepción de las más importantes, no sean examinadas en otra parte que en Sicilia, y pueda el emperador señalar y delegar un juez supremo que decida en cada caso con autoridad eclesiástica». En contrapartida el papa consiguió que por fin el emperador restituyera a la Santa Sede el condado de Comacchio (1725).

Benedicto XIII cuidó mucho más su función pastoral y religiosa. Para celebrar con el mayor esplendor posible el jubileo de 1725, el papa lo preparó con diligencia y quiso participar personalmente en la visita de las cuatro basílicas romanas. La ciudad de Roma pudo mostrar a los peregrinos la incomparable escalinata que desde la plaza de España se había construido hasta la iglesia de la Trinitá dei Monti. Además, para realzar la dimensión religiosa del año santo, convocó un concilio provincial en San Juan de Letrán, al que acudieron 78 obispos, que él mismo inauguró y propuso como modelo a imitar por los obispos en sus diócesis a fin de llevar a cabo la reforma eclesiástica.

Para la mejor formación de los clérigos fomentó la fundación o el buen funcionamiento de los seminarios tridentinos. Prestó su ayuda a las órdenes religiosas, favoreciendo particularmente a los dominicos y a los jesuítas. Devoto como era del culto a los santos, canonizó a santo Toribio de Mogrovejo (1538-

1606), arzobispo de Lima; san Juan de la Cruz (1542-1591), reformador del Carmelo; san Luis Gonzaga (1568-1591), san Estanislao de Kostka (1550-1568), etc.

El anciano pontífice disfrutó de buena salud hasta principios de 1730, en que cumplió 82 años, luego le aquejaron unas fiebres y, en pocos días, se lo llevaron. Murió en Roma el 21 de febrero de 1730 y fue enterrado en la iglesia de Santa María sopra Minerva. Los historiadores no le han dedicado mucha atención. Todos coinciden en afirmar que el suyo fue un pontificado religioso, y Pastor (*Historia de los papas*, XXXIV, pp. 255-56) añade: «Fue uno de los papas más devotos y humildes, pero no basta ser un óptimo fraile para ser también un excelente papa.»

Clemente XII (12 julio 1730 - 8 febrero 1740)

Personalidad y carrera eclesiástica. Lorenzo Corsini nació en Florencia el 7 de abril de 1652. Miembro de una rica familia de mercaderes y banqueros establecida en Florencia desde el medievo, era hijo de Bartolomé Corsini e Isabel Strozzi. Después de estudiar con los jesuítas en Florencia, marchó a Roma para completar sus estudios en el colegio romano. Cuando su tío, el cardenal Neri, fue nombrado obispo de Arezzo en 1672, Lorenzo dejó Roma y se trasladó a Pisa, donde obtuvo el doctorado en ambos derechos. Muerto su tío en 1677, permaneció en Florencia hasta la muerte de su padre en 1685. Luego volvió a Roma y desarrolló una rápida carrera eclesiástica en la curia.

Después de comprar los cargos de regente de la Cancillería (1686) y clérigo de la Cámara apostólica (1689), fue nombrado por Alejandro VIII prefecto de la Signatura de gracia (8 febrero 1690), arzobispo titular de Nicomedia el 10 de abril y nuncio apostólico en Viena el 1 de julio. Al ser rechazado por la corte imperial, continuó en Roma. En 1695 fue designado tesorero y colector general de la Cámara apostólica y, a excepción de la breve misión que desempeñó en el verano de 1704 en Ferrara para solucionar unas divergencias con el Imperio, estuvo al frente de la administración financiera de la Santa Sede hasta 1707 y aplicó una política netamente mercantilista.

Creado cardenal presbítero del título de Santa Sabina el 17 de mayo de 1706 por Clemente XI, fue miembro de diferentes congregaciones. En 1710 fue designado camarlengo del sacro colegio y en 1725 cardenal obispo de Frascati. Formó la célebre biblioteca Corsini, que puso a disposición de los eruditos en el palacio Pamphili de la plaza Navona, donde habitó desde 1713, y desplegó un espléndido mecenazgo.

El cónclave que se abrió a la muerte de Benedicto XIII (1730) duró cinco meses largos, desde el 6 de marzo hasta el 12 de julio. A punto estuvo de ceñir la tiara el cardenal Imperiali, candidato de los zelantes, pero el cardenal Bentivoglio, en nombre de España (a quien luego se adhirió Francia) le puso el veto. Como ningún partido era bastante poderoso para imponer su candidatura, las negociaciones se prolongaron tanto que varios cardenales murieron y otros enfermaron gravemente. Los comienzos del calor y la actitud del cardenal Alvaro Cienfuegos, que se adhirió con todos los imperiales a los electores del car-

denal Corsini, provocó la precipitada elección de este último el 12 de julio de 1730. Escogió el nombre de Clemente XII en memoria de Clemente XI, que le había nombrado cardenal, y unos días después se ciñó con gran solemnidad la tiara, mientras que la toma de posesión de San Juan de Letrán la retrasó hasta el 19 de noviembre.

A pesar de que el nuevo papa contaba 78 años de edad, su viveza intelectual se conservaba fresca; solamente la gota, acompañada de fiebre, empezó pronto a atormentarle las manos y los pies; su vista era débil y a los dos años de pontificado quedó completamente ciego, por lo que había que guiarle la mano para que pudiera firmar los documentos. Aunque siguió ocupándose intensamente de los asuntos de gobierno, su salud era cada vez peor y su sobrino Neri Corsini, creado cardenal el 14 de agosto de 1730, tuvo que desempeñar un papel preponderante, aunque demostró más interés por las artes y las letras que por la política.

El gobierno de la Iglesia. Una de las primeras medidas que tomó Clemente XII fue reparar los daños del pontificado anterior. Encontró las finanzas arruinadas y nombró una comisión que tratase de sanearlas, y como pronto se descubrieron los abusos y la mala administración del cardenal Coscia se le llamó a Roma, pero él escapó a Nápoles y se puso bajo la protección del emperador, lo que indignó al papa, que le privó de todos sus privilegios y le secuestró las rentas de sus beneficios. Ante la amenaza de excomunión, volvió a Roma y, después de un largo proceso, en 1733 le condenaron a diez años de prisión en el castillo de Sant'Angelo.

También encomendó el papa a una congregación de cardenales la revisión del concordato firmado con el rey de Cerdeña en 1727, al descubrir que los negociadores pontificios se habían dejado sobornar para hacer mayores concesiones al rey. Se comunicó al rey que las graves irregularidades que se habían cometido en la negociación del concordato lo hacían inválido, pero ni el monarca ni su ministro Ormea, principal autor del concordato, quisieron escuchar al papa, y las relaciones entre Roma y Turín se hicieron difíciles, aunque se suavizaron un poco en 1736, cuando el ministro sardo mandó arrestar al mayor enemigo de Roma en Italia, el escritor napolitano Giannone, desterrado de Nápoles y ex

En el terreno de la política eclesial, Clemente XII estuvo aún más expuesto que sus predecesores a los ataques contra el Estado pontificio por parte de los gobiernos, que postergaron los derechos de la Santa Sede y las inmunidades eclesiásticas. A la muerte del duque de Parma, Antonio Farnese (1731), el papa decretó el retorno de Parma y Piacenza al dominio de la Santa Sede, pero ocupados por las tropas del infante español Carlos de Borbón, permanecieron en su poder hasta 1735 que pasaron a los austríacos. El destino de los ducados fue decidido por las potencias europeas sin tener en cuenta los derechos y las protestas pontificias. Lo mismo ocurrió cuando el infante Carlos, aprovechando la guerra de sucesión polaca (1733-1735), conquistó en 1734 el reino de Nápoles y en la paz de Viena (1735) se le confirmó la posesión del reino de las Dos Si-

cilias sin tener en cuenta los derechos del papa, que además se veía obligado a ceder Parma y Piacenza al emperador.

Las relaciones del papado con España se deterioraron por la política italiana de Felipe V en favor de su hijo Carlos. El trasiego de tropas españolas por el Estado pontificio, los reclutamientos de soldados y la negativa del papa a conceder la investidura del reino de Nápoles a Carlos de Borbón, desembocaron en una nueva ruptura de las relaciones diplomáticas entre Roma y Madrid en 1736. La ruptura —y la práctica ocupación de Roma por fuerzas españolas— fue el medio que aprovechó Madrid para forzar un convenio ventajoso. En el forcejeo se desató el furor regalista, alentado por el ministro Patiño (1666-1736) y el obispo Gaspar Molina, presidente del Consejo de Castilla. Las negociaciones acabaron con la firma de un concordato el 26 de septiembre de 1737 (A. Mercati, *Raccolta del concordato*, I, pp. 321-27), que no satisfizo a ninguna de las partes. En Roma lo consideraron gravoso y en España disgustó a gran parte del clero y no agradó a los regalistas del Consejo. No resolvió ninguna de las grandes cuestiones sobre reservas, dispensas, espolios, pensiones y coadjutorías, y la controversia sobre el derecho de patronato real quedó aplazada. El concordato de 1737 sólo sirvió para restablecer las relaciones, conceder la investidura de Nápoles a Carlos de Borbón e imponer un crecido subsidio sobre las rentas del clero.

Clemente XII tuvo que hacer frente a las primeras escaramuzas del jurisdiccionalismo, reforzó la posición de la Iglesia contra los jansenistas y, siguiendo el ejemplo de algunos príncipes, condenó la masonería con la bula *In eminentí* (28 abril 1738), prohibiendo a todos sus súbditos pertenecer a ella o asistir a sus conventículos bajo pena de excomunión.

A pesar de los apuros financieros del Estado de la Iglesia, el papa desarrolló un importante mecenazgo. Mandó construir en la cima del Quirinal el palacio de la Consulta, como sede del tribunal pontificio, y encargó a Nicolás Salvi la Fontana di Trevi, que no se terminará hasta 1762; hizo reestructurar el pórtico de Santa María la Mayor y levantó la imponente fachada de San Juan de Letrán, según el proyecto del arquitecto Galilei. En esta basílica construyó una capilla familiar en honor de san Andrés Corsini, en la que hoy se puede contemplar su sepulcro. Interesado por la cultura, enriqueció la Biblioteca Vaticana y encargó de la misma al sabio cardenal Quirini; en el Capitolio instaló el primer museo de escultura y antigüedades europeas y lo abrió al público. Murió Clemente XII el 6 de febrero de 1740, a los 87 años de edad, y fue sepultado en su capilla de San Juan de Letrán.

Benedicto XIV (17 julio 1740 - 3 mayo 1758)

Personalidad y carrera eclesiástica. Próspero Lambertini nació en Bolonia el 3 de marzo de 1675. Miembro de una antigua familia venida a menos, recibió una buena educación. A los trece años fue enviado a Roma para seguir su formación en el Colegio Clementino y luego pasó a la Sapienza para estudiar derecho y teología, consiguiendo el grado de doctor en ambas disciplinas

(1694). Amante de las letras, Lambertini se convirtió en un prestigioso cano- nista y en un buen conocedor de la historia de la Iglesia y de la literatura hu- manista, sin olvidar las ciencias positivas y prácticas que la corriente ilustrada trataba de difundir.

Para abrirse camino en la carrera curial entró de pasante en el despacho del auditor de la Rota de Bolonia. En 1701 fue nombrado abogado consistorial y en 1708 promotor de la fe. En este oficio se especializó en los métodos y nor- mas de la canonización de los santos, que más tarde expondría en su clásica obra *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione* (Bolonia, 1734- 1738), que fue muchas veces editada y constituye una monumental sistematiza- ción histórico-crítica de la praxis de la Congregación de Ritos. En 1712 Cle- mente XI le concedió un canonicato en San Pedro, al siguiente le nombró con- sultor del Santo Oficio y en 1720 secretario de la Congregación del Concilio. Obispo titular de Teodosia a partir de 1725, Benedicto XIII le nombró arzo- bispo de Ancona el 26 de enero de 1727 y, un año después, le concedió la púr- pura cardenalicia (30 abril 1728); en mayo de 1731 Clemente XI le promovió a la sede arzobispal de su ciudad. En Bolonia preparó y dio a la imprenta algu- nas de sus principales obras: la ya citada *De servorum* y *De synodo dioeclesana libri tredecim* (editada en Roma en 1748), que expresa la exigencia típica de la primera mitad del siglo xviii del relanzamiento de la tradición sinodal tridentina. Otros escritos, como la *Raccolta* (1733-1740) de las cartas pastorales y de los edictos para el gobierno de la diócesis, reflejan las nuevas preocupaciones pastorales de Lambertini en Bolonia, que en algunos aspectos quedaron refle- jadas en sus dos tratados litúrgico-devocionales sobre las fiestas del Señor y de la Virgen, y de la misa.

El cardenal Lambertini tenía fama de buen canonista y estaba bien consi- derado en el colegio cardenalicio, pero en el cónclave que se inició el 19 de febrero de 1740 no aparecía entre los papables. Sólo después de seis meses de negociaciones se impuso su candidatura. A la muerte de Clemente XII (1740), siguió el cónclave más largo de los últimos siglos por las diferencias entre las distintas facciones. Los franceses estaban unidos con los austríacos; los españoles con los napolitanos, toscanos y sardos; Neri Corsini acaudillaba a los cardenales que había nombrado su tío Clemente XII, mientras que Anibal Albani dirigía a los creados por Clemente XI. Además, se dibujaban dos cor- rientes en el cónclave: la de aquellos que deseaban un papa intransigente y firme en la defensa de los derechos de la Iglesia (los *zelanti*), y la de los que abogaban por un papa más conciliador. Los escrutinios se repitieron sin ningún resultado hasta mediados de agosto, en que se lanzó la candidatura de Lam- bertini, bien conocido por su preparación jurídica, por su espíritu conciliador y por la integridad de sus costumbres. Todas las corrientes se polarizaron en él, y en la mañana del 17 de agosto fue elegido papa por unanimidad, siendo así que en el escrutinio precedente no había tenido ni un solo voto. Tomó el nom- bre de Benedicto XIV, en recuerdo de Benedicto XIII que le había creado car- denal, y el 21 del mismo mes fue coronado con la tiara pontificia.

El nuevo papa tenía fama de sabio y estudioso, pero también de alegre conversador, ingenioso dicharachero, fácil a la ironía y aun al sarcasmo. Le gustaba seguir siempre una vía media, prudencial, tan lejos de los rígidos como de los extremadamente tolerantes. En una de sus encíclicas sobre el préstamo a interés, aconseja a moralistas y teólogos no confiar en su propia sabiduría, sino dudar de sí mismos, «absteniéndose de los extremos, que siempre son viciosos»; por tanto, ni sean demasiado severos ni demasiado indulgentes. Fue un ilustrado católico que estuvo en contra de los conservadores, que se negaban a cualquier innovación por miedo a la herejía, y defendió el progreso y aceptó los avances de la ciencia que fuesen compatibles con la fe. Por eso, procuró tener buenas relaciones con los hombres de letras y con los políticos. Espíritu tolerante, Benedicto XIV trató de insuflar nueva vitalidad a las instituciones eclesiásticas, recuperar posiciones perdidas y crear nuevas posibilidades de encuentro entre el catolicismo y la sociedad. La correspondencia epistolar que mantuvo con el cardenal Tencin (*Lettere di Benedetto XIV*, Roma, 1984) es una de las fuentes más importante para conocer la psicología del pontífice y muchos momentos de su pontificado.

La política conciliadora. Para llevar a cabo su programa de renovación, Benedicto XIV supo burlar con gran habilidad las resistencias del sacro colegio y de algunos cardenales influyentes, y también la sorda oposición de las congregaciones. Además, se rodeó de excelentes colaboradores, como el secretario de Estado Silvio Valenti Gonzaga y el prodatario Aldobrandi, entre otros, que fueron los artífices de la política concordataria que, en opinión de Bertone (*Il governo della Chiesa nel pensiero di Benedetto XIV*, Roma, 1977), representa desde el punto de vista político uno de los aspectos más sobresalientes del pontificado de Benedicto XIV.

En los años anteriores se habían firmado ya algunos concordatos con Estados italianos y europeos (con el reino de Cerdeña en 1727, con Portugal el 1736 y con España en 1737), pero el primero había sido denunciado por Roma (1731) y los otros no habían afrontado todos los problemas pendientes. La política concordataria de Benedicto XIV tuvo un matiz nuevo, porque dio preeminencia a los aspectos religiosos frente a los intereses eclesiástico-institucionales, tuvo en cuenta el proceso histórico que se estaba abriendo en la sociedad europea y pretendió hacer salir a la Iglesia de un aislamiento estéril y peligroso. Con estos presupuestos, consiguió firmar con bastante rapidez un nuevo acuerdo con el reino de Cerdeña (5 enero 1741), gracias a la intervención del papa ante el monarca y su ministro marqués de Ormea. Más difíciles resultaron las negociaciones con el reino de Nápoles por las rígidas posiciones jurisdiccionalistas napolitanas, pero las concesiones y el interés del papa hicieron posible la firma del concordato en el mismo año (2 junio 1741). Roma hacía importantes concesiones acerca de la inmunidad personal, real y local, y se creaba un tribunal mixto de eclesiásticos y seculares, que autorizaba a los laicos para ejercer la jurisdicción eclesiástica. En 1745 se ratificó el anterior concordato firmado con Portugal, añadiendo nuevas concesiones en materia benefi-

cial. Mayor trascendencia que los anteriores convenios tuvo el concordato que se concluyó con España en 1753 por las consecuencias que acarreó a las finanzas pontificias. Las negociaciones, que se prolongaron durante trece años, llegaron a buen puerto por el deseo de Benedicto XIV de zanjar tantas disputas amargas con la corte española. El 11 de febrero de 1753 se firmó el acuerdo y nueve días después se publicó el documento definitivo (A. Mercati, *Raccolta dei concordati*, I, pp. 422-37), cuidado personalmente por el papa, que se encargó de ratificarlo por bulas y breves posteriores para cortar aplicaciones e interpretaciones torcidas por el nuncio y por la curia. El acuerdo concedía al monarca el derecho de presentación de todos los beneficios seculares y regulares, a excepción de 52 beneficios no consistoriales que se reservaba la Santa Sede. Sánchez Lamadrid (*El concordato español de 1753*, Jerez de la Frontera, 1937) afirma que el número de beneficios que pasaron a la libre disposición del rey superaba los 50.000. Quedaban abolidos también los espolios, las pensiones sobre los frutos de los beneficios y las vacantes. España indemnizó a la curia romana por los derechos y emolumentos que perdía con 1.143.333 escudos romanos, sin contar los 95.000 con que recompensó al cardenal Valenti, los 36.000 para el papa y los 13.000 para el prodatario. El último concordato estipulado por Benedicto XIV fue con la Lombardía austríaca (1757), y con él se hizo una regulación de la tasación de los beneficios eclesiásticos en función del Catastro de María Teresa.

La política conciliadora que Benedicto XIV quiso mantener con los Estados y sus soberanos no siempre fue posible por los problemas de política internacional. En la guerra de Sucesión austríaca (1740-1748) que siguió a la muerte del emperador Carlos VI, la política pontificia se mostró vacilante y contradictoria, subordinada al juego político-diplomático de las potencias, en función del papel secundario y pasivo que el papado había asumido en el esquema político europeo después de Westfalia. Benedicto XIV cometió un primer error, por lo menos de tiempo, al apresurarse a reconocer el derecho hereditario de María Teresa al trono imperial (1740), a pesar de la oposición francesa y española, y los consejos del secretario de Estado. Poco después, ante la marcha de los acontecimientos y con el deseo de un rápido fin del conflicto, aceptó la nueva situación de hecho y reconoció la elección imperial de Carlos Alberto de Baviera (1742), que disputaba el derecho a María Teresa. A pesar de la neutralidad del Estado pontificio, su territorio fue violado una y otra vez por los austríacos y españoles, y las llamadas de Benedicto XIV a la paz no se escucharon por la dura reacción de María Teresa ante la «traición» del papa. Improvisadamente, la difícil situación se desbloqueó con la muerte de Carlos VII (1745). El papa pudo asumir una neutralidad más convincente, aunque mostrándose cada vez más cercano a Austria, reconociendo formalmente a Francisco de Lorena, esposo de María Teresa, como nuevo emperador el 25 de noviembre de 1746. Las relaciones con Viena fueron normalizándose lentamente, y en 1751 Benedicto XIV, después de largas negociaciones, se prestó a suprimir el milenario patriarcado de Aquileia y crear dos arzobispados en Goricia y Udine, para solu-

cionar la difícil situación pastoral del territorio, dividido entre la jurisdicción austríaca y la veneciana. La solución, querida por Viena, acentuó el tradicional anticurialismo veneciano, pero produjo un acercamiento entre Benedicto XIV y los Habsburgo-Lorena. El concordato de 1757 con la Lombardía, antes mencionado, concluyó esta etapa filoaustríaca de la política del papa Lambertini.

La guerra de Sucesión austríaca creó nuevos problemas a la política pontificia en Alemania con la ocupación de la católica Silesia por Federico II (1740-1786) y su incorporación al reino de Prusia, pues Federico II trató de integrar inmediatamente (1742) la jurisdicción eclesiástica católica dentro de la estructura jurídica y administrativa estatal. Las negociaciones para solucionar el problema dieron ocasión a un hecho absolutamente nuevo en la historia de las relaciones entre el papado y los príncipes protestantes. Por primera vez, desde la Reforma, representantes de un soberano protestante condujeron las negociaciones directamente con Roma. Los negociadores prepararon el terreno para establecer un *modus vivendi* dentro del marco político-eclesiástico que se había creado en Alemania después de Westfalia; luego, el pragmatismo de Federico II y la flexibilidad de Benedicto XIV hicieron posible el acuerdo general de 1748 sobre la legislación matrimonial y la materia benefical.

El realismo político de Benedicto XIV y su capacidad negociadora consagraron en toda Europa la fama de un pontífice sabio y tolerante. Una fama que también se difundió en la Inglaterra anglicana, radicalmente antipapista, y entre los ilustrados europeos. En 1745 Voltaire (1694-1778) le dedicó su tragedia *Mahomet ou le fanatisme* y Benedicto XIV le respondió, presionado por los cardenales Passionei y Quirini que mantenían correspondencia con Voltaire, acusando recibo de «la bellísima tragedia que hemos leído con sumo placer». Pero el breve idilio con la Ilustración se rompió al poco de nacer; era demasiado grande la distancia entre la mentalidad abierta del papa y la ideología de la nueva cultura. Benedicto XIV confirmó la condena de la masonería con la bula *Providas romanorum* (18 marzo 1751), renovando la que había hecho Clemente XII en 1738, e incluyó en el índice de libros prohibidos, después de largas discusiones, el *Esprit des lois* de Montesquieu (1752). La publicación de la *Enciclopedia*, iniciada en 1751, muestra de forma simbólica la conducta de la Iglesia en su relación con el mundo ilustrado. Cuando la obra se puso en marcha, encontramos entre sus suscriptores a personas de probada ortodoxia, como Bernabé Chiaramonti, futuro Pío VII, y entre sus colaboradores hay algunos eclesiásticos. Hasta 1759 la obra lleva el *nihil obstat* de la Sorbona, lo que indica que durante mucho tiempo no hubo hostilidad abierta. Después el clima cambió y comenzaron los primeros recelos. En 1758 murió Benedicto XIV y en el pontificado de Clemente XIII antes de que quedase concluida la obra fue puesta en el índice. La ruptura total se había producido. La celebrada tolerancia de Benedicto XIV tenía unos límites muy precisos, que algunos historiadores quisieron olvidar al contraponer su figura a la de sus inmediatos sucesores.

La vida interna de la Iglesia. Ante el matiz anticatólico que el movimiento ilustrado iba mostrando en algunos países, el papa pidió que se hiciera un

frente compacto entre los católicos, desterrando las polémicas entre las distintas escuelas teológicas y las divisiones que debilitaban al mundo católico. «Sería ya tiempo —dice a Tencin— de que terminen estas disputas y que los teólogos católicos escribiesen contra los materialistas, los ateos y los deístas, que amenazan los fundamentos de nuestra santa religión.» Benedicto XIV siempre trató de que las discusiones doctrinales se desarrollasen en un clima de libertad; pero la tolerancia del papa no pudo impedir que las polémicas, sobre todo entre dominicos y jesuítas, alcanzasen momentos durísimos. La actitud moderada y conciliadora de Benedicto XIV para atraer a los jansenistas, a fin de que aceptasen la bula *Unigénitas* de Clemente XI, sirvió para que le tacharan de simpatizante de los jansenistas, contribuyendo al reforzamiento de la corriente filojansenista o antijesuítica, no identificada necesariamente con las posiciones jansenistas en el campo teológico, que se desarrolló en Italia y posteriormente en España (E. Appolis, *Entre jansenistas et zelanti*, París, 1960). El movimiento jansenista italiano perdió o atenuó su carácter dogmático y acentuó la tendencia práctica, antijesuítica y anticurial, que acudió muchas veces a la ayuda de las autoridades civiles para reformar los abusos practicados por la curia o por ella tolerados: excesivo número de eclesiásticos, riqueza de la Iglesia, prácticas externas cercanas a la superstición, proliferación de cofradías y reliquias, etc. Los centros más importantes del movimiento fueron Pavía (donde enseñó largo tiempo Tamburini), Roma (donde no faltaban prelados de la curia imbuidos de espíritu antirromano y hasta cardenales, como Passionei, prefecto de la Congregación del índice) y Nápoles, donde el jansenismo adoptó un matiz jurisdiccionalista.

Benedicto XIV no simpatizaba con los jesuítas, a excepción de algunos verdaderamente doctos, como el humanista Azevedo y el científico Boscowich (1711-1787), pero tampoco era hostil. Ponderó la ingente labor de los bolandistas en su *Acta Sanctorum* y los alentó a llevar adelante la monumental obra. Y lo que parece más extraño en un papa «tolerante» es que no entendiera la conducta de los misioneros jesuítas y condenase los ritos chinos por la bula *Ex quo singulari* (11 julio 1742) y los malabares por la *Omnium sollicitudinum* (12 septiembre 1744), dejándose impresionar por los rumores que esparcían algunos religiosos que venían de Oriente contra los jesuítas. Una de las medidas que más daño hizo a los jesuítas fue la que tomó Benedicto XIV poco antes de morir, al encomendar al cardenal Saldanha, arzobispo de Lisboa, la visita y examen de los jesuítas portugueses (1 abril 1758), cediendo a las presiones del ministro Pombal.

Preocupado porque la censura de libros fuera más racional y justa, reformó la congregación con la constitución *Sollicita ac provida* de 9 de julio de 1753, estableciendo el nuevo procedimiento que se debía seguir en la elaboración del *Index*, admitiendo la defensa del autor de la obra sometida al examen del índice. El 23 de diciembre de 1757 se publicó, siguiendo en la misma línea, la nueva edición del *índice de libros prohibidos*, que estará en vigor hasta el pontificado de León XIII, y en el que ya no se incluyeron los escritos en defensa del

sistema copernicano y, por tanto, los de Galileo, en base a los nuevos estudios físico-astronómicos y por la intervención del jesuíta Boscowich.

Como pastor de la Iglesia exhortó a los obispos a la visita pastoral de la diócesis, la vista *ad limina* y la vigilancia del clero, a fin de que los sacerdotes edificasen al pueblo con la pureza de costumbres. Confirmó las congregaciones religiosas de los pasionistas de san Pablo de la Cruz (1694-1773) y de los redentoristas de san Alfonso María de Ligorio (1696-1787). En 1642 Urbano VIII había reducido las fiestas de precepto a 36, además de los domingos, pero en el siglo de las luces parecían excesivas, y el Concilio de Tarragona de 1727 pidió a Roma la reducción de su número, que es lo que hizo Benedicto XIV en 1742. El extraordinario conocimiento que tenía del derecho canónico le capacitó para desplegar una increíble actividad legislativa, cuya huella puede seguirse en los cuatro tomos del *Bullarium romanum*.

Como soberano «ilustrado» del Estado pontificio se preocupó del bien de sus súbditos y de la promoción de la cultura y de las artes. La mejora de la gravísima situación financiera del Estado pontificio era necesaria para llevar a cabo reformas en el plano económico y administrativo. Con la ayuda de Valenti y Aldobrandi preparó una serie de medidas para reducir el déficit, que había crecido de forma alarmante con Clemente XII, y con la constitución *Apostolice Sedis aerarium* (18 abril 1746) estableció un método unitario de administración, ordenando el registro de las entradas y salidas de la Cámara apostólica, la formación de balances anuales y el rendimiento de cuentas. Esta línea desembocó en el *motu proprio* del 29 de junio de 1748, que liberalizó no sólo el comercio interior de granos, sino también el comercio interno en general. Como colofón de estos intentos de reforma, el 1 de octubre de 1753 aparecieron dos constituciones: con la *Super bono regimine communitatum* estableció una Congregación que debía afrontar los problemas del comercio interior y exterior y preocuparse del desarrollo de la agricultura y de la industria; y con la *Ad coercendum delinquentium flagitia* estableció un plano de reforma del procedimiento penal. Con estas medidas Benedicto XIV intentó corregir los abusos y las disfunciones existentes en el sistema administrativo y financiero, pero sin cambiar las estructuras económico-sociales del Estado pontificio.

Benedicto XIV dio un extraordinario impulso a la cultura y a las artes. Promovió la cultura con la creación de cuatro academias en Roma (arqueología, historia de la Iglesia, historia de los concilios y liturgia) y favoreció a sabios, como Muratori, padre de la historiografía italiana; a Orsi, historiador de la Iglesia; Mamachi, arqueólogo, etc. Esta política permitió el florecimiento de los estudios en la arqueología clásica, influenciados por Winckelmann, y en la cristiana, con un renovado interés por la catacumbas y por la Iglesia primitiva. En este clima la Biblioteca Vaticana experimentó un gran desarrollo, con la adquisición de la biblioteca del marqués Capponi y, sobre todo, de la rica Ottoniana (1748); a la vez, se inició la descripción de los manuscritos vaticanos y se publicaron los primeros catálogos de los manuscritos orientales. Llevó a cabo una reforma de la Universidad de Roma y se preocupó por engrandecer la de

Bolonia, impulsando los estudios de anatomía y creando una cátedra de cirugía. Benedicto XIV también se preocupó de la restauración de edificios antiguos, como el Coliseo o el Pantheon, o religiosos, como Santa María la Mayor, Santa María de los Ángeles, etc.

Murió Benedicto XIV el 3 de mayo de 1758, cuando contaba 83 años de edad, y fue sepultado en la basílica de San Pedro. La historiografía no se pone de acuerdo a la hora de emitir un juicio sobre el papa más importante del siglo xviii. La corriente que confluye en Pastor (*Historia de los papas*, XXXV, pp. 528-29) presenta un balance negativo de la obra de Benedicto XIV por su política conciliadora y haber cedido ante las presiones de los Estados; en cambio, la imagen de un papa ilustrado y tolerante, que tiene su origen en los círculos jansenistas, tendrá éxito entre la historiografía protestante y en la liberal. El ansia de reforma religiosa de Benedicto XIV viene así ligada al pontificado de Gregorio XIV y contrapuesta a los pontificados «políticos» y «jesuíticos» de Clemente XIII y Pío VI.

Clemente XIII (6 julio 1758 - 2 febrero 1769)

Personalidad y carrera eclesiástica. Carlos Rezzonico nació en Venecia el 7 de marzo de 1693. Su padre, Juan Bautista, pertenecía a una familia oriunda de Como que se había trasladado a Venecia a mediados del siglo xvii y se había enriquecido con el comercio, accediendo a la nobleza en 1687; en cambio, su madre Vitoria Barbarigo era de estirpe noble. Hizo los primeros estudios en el colegio de los jesuitas de Bolonia y luego cursó derecho en la Universidad de Padua. En 1714 pasó a Roma y, después de completar sus estudios, entró en la carrera curial, que inició con el cargo de protonotario apostólico y refrendatario de la Signatura. Luego fue nombrado gobernador de Rieti (1716-1721) y de Fano (1721-1723), miembro de la Consulta (1723-1728) y auditor de la Rota por Venecia (1727-1737). El 20 de diciembre de 1737, a instancias de la república de Venecia, Clemente XII le creó cardenal del título de San Nicolás in carcere. Dos años más tarde el mismo papa le designó prefecto de la congregación De Propaganda Fide y en 1743 Benedicto XIV le nombró obispo de Padua, cuya sede ocupó quince años consecutivos, preocupándose por la revitalización de la vida religiosa, la disciplina eclesiástica y la formación intelectual del clero.

Ya antes de que muriera Benedicto XIV, las cortes católicas de Madrid, París y Viena pedían informes acerca de los cardenales papables, a fin de dar instrucciones a sus cardenales sobre la táctica a seguir en el próximo cónclave. Éste se inició el 15 de mayo de 1758, y en seguida se observaron dos facciones: los *zelanti*, que querían un papa que luchara por restaurar a todos los niveles la autoridad de la Iglesia, y el partido de las «coronas», favorable a que se continuase la política del antecesor. Dos influyentes cardenales, Corsini y Portocarrero, patrocinaban la candidatura de Cavalchini, y el 28 de junio estuvo a punto de ser elegido, pero el cardenal Luynes interpuso el veto en nombre del monarca francés. Al día siguiente se incorporó al cónclave el cardenal Rodt, representante de la corte imperial, y con el apoyo de Spinelli lanzaron la candi-

data de Rezzonico que, después de duras negociaciones, fue elegido papa el 6 de julio de 1758. Quiso llamarse Clemente XIII en honor de Clemente XII que le había nombrado cardenal. El día 16 fue coronado y el 13 de noviembre siguiente tomó posesión de San Juan de Letrán.

Clemente XIII era la antítesis de su predecesor. No era un sabio, ni siquiera un gran talento, pero no le faltaba viveza de ingenio. Los soberanos católicos, que esperaban un papa que continuara la línea de Benedicto XIV, se sintieron desde el primer momento defraudados y se aprestaron a darle batalla. Pero se encontraron con un pontífice que, con toda su natural bondad y amabilidad, no admitía condescendencia y transacciones en la defensa de los derechos de la Iglesia. Actitud que se acentuó con el nombramiento del cardenal Torrigiani como secretario de Estado en septiembre de 1758. El nuevo secretario era amigo fiel de los jesuitas y autoritario, y dice Roda que «es de genio fuerte, casi insolente; no atiende que su ministerio principal es serlo del vicario de Cristo, se imagina serlo del rey de Prusia y obligaría al papa a la guerra para defender derechos y posesiones».

El regalismo y las expulsiones de los jesuitas. El nuevo papa, al defender las reservas y derechos pontificios, se enfrentó a los soberanos católicos celosos de sus regalías y dispuestos a limitar los poderes de la Iglesia. Las teorías que otorgaban al Estado amplias prerrogativas en materia eclesiástica (jurisdiccionalismo, galicanismo o regalismo) se fueron desarrollando gradualmente desde el final de la Edad Media y alcanzaron su apogeo en la segunda mitad del siglo xviii, en que los monarcas trataron de recuperar los «derechos originarios» que habían sido «usurpados» por Roma: privilegios jurídicos y fiscales, plena jurisdicción de los obispos, autoridad del soberano sobre el clero, etc. Pero, mientras que los monarcas se conformaron con «reformar» a la mayoría de los regulares, en el caso de los jesuitas optaron por la expulsión y posterior extinción, porque la Compañía representaba «la encarnación del espíritu obstinadamente conservador que los reformadores combatían en la Iglesia» (W. Bangert, *Storia della Compagnia di Gesù*, Roma, 1990). Las etapas de la gradual expulsión de los jesuitas de los principales Estados católicos se sucedieron a lo largo del pontificado de Clemente XIII.

Fue Portugal la primera nación que expulsó a los jesuitas. Sin una investigación adecuada se los declaró «reos de negociación ilícita» y, tras el fallido atentado contra el rey José I (3 septiembre 1758), se les acusó de haber tomado parte en el complot. Al año siguiente los jesuitas fueron expulsados de la metrópoli y de sus colonias y sus bienes confiscados (J. Caeiro, *Historia da expulsão da Companhia de Jesus da provincia de Portugal*, Lisboa, 1991). El papa protestó por el hecho y el nuncio también fue expulsado el 15 de junio de 1760.

El ejemplo de Portugal no tardó en ser imitado por Francia, donde también un atentado contra Luis XV (1715-1774) dio motivo para iniciar una campaña difamatoria contra los jesuitas (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXVI, pp. 194-296). La última gota que colmó el vaso fue el escándalo que suscitó la quiebra del padre Lavalelte en las Antillas, que se metió en vastas especula-

dones comerciales, prohibidas por el derecho canónico y la Compañía. Como el provincial de París se negó a pagar las deudas, el parlamento de París hizo responsable a toda la Compañía y presentó una moción para que se cambiaran sus constituciones y se instituyera en Francia un vicario general. El general de los jesuítas, padre Ricci, de acuerdo con el papa, rechazó la propuesta y un decreto del parlamento de París (6 agosto 1762), que pronto fue imitado por otros parlamentos provinciales, declaró a la Compañía «incompatible con cualquier Estado» y la privó de existencia legal. El 1 de diciembre de 1764 el rey aprobó la decisión parlamentaria. El papa levantó su voz muchas veces en defensa de los jesuítas, y lo hizo solemnemente con la bula *Apostolicum pascendi* (7 enero 1765) para hacer una apología de los jesuítas; pero la bula fue recibida con desprecio en los medios oficiales franceses, y los gobiernos de otras naciones, por amistad con el rey de Francia, prohibieron su publicación.

La expulsión de los jesuítas de España vino a ser el tercer acto de la tragedia. En 1765 ya se empezó a susurrar, pero había que esperar a la muerte de Isabel de Farnesio, gran defensora de los jesuítas. Apenas falleció, el motín contra Esquilache (22 marzo 1766) sirvió de pretexto para incriminar a la Compañía y decretar su expulsión (27 marzo 1767) «de todos mis dominios e Indias, islas Filipinas y demás adyacentes [...] y que se ocupen todas las temporalidades» (*Historia de la Iglesia en España*, IV, Madrid, 1979, pp. 745-94). Para las misiones fue un golpe tremendo e irreparable, pues más de 2.000 jesuítas tuvieron que abandonar su trabajo. Apenas el papa tuvo noticia de la resolución tomada por Carlos III (1759-1788), le dirigió la carta *ínter acerbissima* (16 abril 1767), conjurándole con sollozos más que con palabras a revocar el edicto.

El 31 de octubre del mismo año de 1767 se decretó la expulsión de los jesuítas del reino de las Dos Sicilias y, para hacer comprender a su joven rey, Fernando IV (1759-1791), hijo de Carlos III de España, la conveniencia de su expulsión, el poderoso ministro Tanucci le hizo una descripción de los jesuítas como si fueran la encarnación del mal. El gran maestre de Malta firmó el decreto de expulsión el 22 de abril de 1768, declarando que lo hacía en virtud de sus obligaciones feudales para con Nápoles.

El último acto tuvo lugar en el ducado de Parma, antiguo feudo de la Santa Sede (que los Borbones desde 1731 se negaban a renunciar). El duque Fernando de Borbón (1765-1802), sobrino de Carlos III, y su ministro Du Tillot, llevaron a cabo una política eclesiástica regalista y Clemente XIII protestó con el *Monitorio de Parma* (30 enero 1768), condenando las injerencias en asuntos considerados como eclesiásticos y declarando incursos en todos los anatemas posibles de la bula *In coena Domini* a sus ejecutores y a los que a ella se opusieran. La reacción de las cortes borbónicas fue inmediata. Parma decretó la expulsión de los jesuítas el 3 de febrero de 1768 y se amenazó al papa con invadir los Estados Pontificios si no retiraba el monitorio, aunque se contentaron con que Francia ocupase Avignon y el condado de Venaissin, y Nápoles las ciudades de Benevento y Pontecorbo. El conflicto internacional fue aprovechado por Carlos III de España, que restableció la pragmática del *exequátur* (se so-

metían a rigurosa censura previa del Consejo de Castilla todas las bulas, breves y demás despachos de Roma para juzgar si contenían nada contrario a las regalías), y se consumó la práctica incomunicación con Roma, una vez que la nunciatura se hallaba vacante a causa de la muerte del nuncio Lucini. La decisión española surtió efectos inmediatos. Nápoles, Módena, Milán y Viena se apresuraron a prohibir el *Monitorio* y la publicación de la bula *In coena Domini*. Y lo más decisivo, se acusó al general de los jesuítas de ser el inspirador del breve conminatorio y las cortes católicas formaron una coalición formidable, cuya meta se centró en lograr la extinción de los jesuítas. En enero de 1769 los embajadores de España, Francia y Nápoles pidieron al papa la supresión total de la Compañía. Clemente XIII se aprestó a la resistencia, pero pocos días después murió.

La actividad eclesiástica. Aunque el pontificado de Clemente XIII estuvo oscurecido por la expulsión de los jesuítas, también desarrolló una importante actividad eclesiástica, tanto luchando contra las nuevas ideas como impulsando la renovación religiosa. La lucha contra la Ilustración irreligiosa constituyó la primera fase de la restauración religiosa proyectada en 1758, y se tradujo en potenciar la actividad de la Congregación del índice, que en 1759 condenó *L'esprit* de Helvetius, la celebre *Encyclopédie* de D'Alembert y Diderot, y el *Entile* de Rousseau (1671-1741); en 1761 condenó mediante un breve la *Exposition de la doctrine chrétienne* del jansenista Mésenguy en todas las lenguas y ediciones, lo que enfrentó a Roma con Nápoles y Madrid; y en 1764 lo hizo con la *De statu Ecclesiae* de Febronio, que había sido publicada el año anterior por el obispo coadjutor de Tréveris, Nicolás Hontheim (1701-1790) y defendía que la autoridad suprema en la Iglesia primitiva residía en los obispos y en el concilio. Aunque Roma incluyó el libro en el índice, los obispos alemanes se mostraron indecisos y más bien reacios a intervenir. Varios decenios duró la polémica suscitada por el libro, extendiéndose desde Polonia hasta Portugal y desde Nápoles hasta Bruselas. Aparecieron varias refutaciones de la obra, entre las que destacó por su solidez el *Antifebronio* del jesuíta Zaccaría, que contribuyó a la renovación de la apología romana que se desarrolló en el último tercio del siglo xviii. Como los decretos del índice no tenían fuerza de ley en la mayoría de los países, Clemente XIII prohibió la lectura de los libros perniciosos para la doctrina católica e hizo una condena general de la «filosofía» y de la irreligión con la encíclica *Christianae reipublicae* de 25 de noviembre de 1766.

Como jefe espiritual de la Iglesia, en uno de sus primeros actos de gobierno recordó a los obispos el deber de residencia impuesto por el Concilio de Trento y los exhortó a mostrarse hombres de oración y de doctrina, padres de los pobres y ángeles de la paz (1758). Con la bula *Cum primum* de 17 de septiembre de 1759 renovó los antiguos cánones que prohibían a los clérigos el ejercicio del comercio y de la industria. Por la encíclica *In dominica* (1761) exhortó a los obispos a servirse del catecismo romano de san Pío V para instruir a los fieles en la doctrina cristiana. Promovió el culto a la eucaristía, puso a España bajo el patronato de la Inmaculada Concepción y otorgó al reino de

Polonia y a la Archicofradía romana del Corazón de Jesús el rezo propio y la misa del Corazón de Jesús.

Durante su pontificado la situación financiera del Estado pontificio se agravó aún más por los muchos socorros que tuvo que distribuir entre sus súbditos durante la grave carestía de 1764. En 1766 nombró tesorero general a Braschi, futuro Pío VI, para que modernizara el sistema financiero y la economía en general. Suavizó el sistema penitenciario, fomentó los montes de piedad y reglamentó la biblioteca y el museo vaticanos. Prosiguiendo el embellecimiento de Roma, terminó la Fontana di Trevi y levantó la Villa Albani. Protegió al pintor Mengs y al arqueólogo Winckelmann, al que nombró comisario de antigüedades en 1763.

Clemente **XIII**, próximo ya a cumplir los 76 años, atacado repentinamente por una apoplejía, falleció en la noche del 2 de febrero de 1769. Con él desapareció el único baluarte que les quedaba a los jesuítas. Enterrado en la basílica de San Pedro, el escultor neoclásico Canova (1757-1822) levantó en su memoria uno de los más egregios y expresivos monumentos sepulcrales de la basílica vaticana.

Clemente XIV (19 mayo 1769 - 21 septiembre 1774)

Personalidad y carrera eclesiástica. Antonio Ganganelli nació en Sant'Arcangelo de la Romagna el 31 de octubre de 1705, donde su padre ejercía la profesión de médico. Después de estudiar en modestos colegios de Rímimi, en 1723 tomó el hábito franciscano y cambió su nombre por el de Lorenzo, en recuerdo de su padre. Concluido el año de noviciado en Urbino, hizo los votos perpetuos en 1724. En los cuatro años siguientes completó su formación teológica en los conventos de Pesaro y Fano, y en el trienio siguiente en el colegio de San Buenaventura de Roma, donde se doctoró en teología. Entre los años 1731-1740 enseñó teología en diferentes conventos de su congregación. En 1740 fue llamado a Roma para que se hiciera cargo de la dirección del colegio de San Buenaventura y en 1741 le nombraron definidor general de la orden. Supo ganarse la estima de algunos cardenales, entre ellos de Andrés Negroni, familiar del papa, que sin duda influyó para que le nombraran consultor del Santo Oficio en 1746. Desempeñó este cargo durante quince años y tomó parte en las primeras condenas de la filosofía de las luces. Clemente **XIII** le concedió el capelo cardenalicio el 24 de septiembre de 1759 y, en los años siguientes no tomó posición por ningún partido, pero a partir de 1764, en gran parte por los enfrentamientos con el secretario de Estado Torrigiani, se hizo «aficionadísimo a la corte de España, que lo quiso por ponente de la causa de Palafox, y muy amigo de don Manuel Roda».

El cónclave de 1769, que siguió a la muerte de Clemente **XIII**, fue el más politizado de la historia pontificia. Duró tres meses largos (15 de febrero a 19 de mayo). Quienes manejaban su lento desarrollo y el subir y bajar de las candidaturas no eran los cardenales, sino los embajadores de las cortes católicas, arbitros de la situación eclesiástica. No se trataba de elegir un buen papa,

sino de elevar al solio pontificio a un enemigo de los jesuitas o, al menos, a un cardenal de carácter débil que cediese a la presión de las cortes borbónicas. Lo que allí se jugaba era la suerte de la Compañía de Jesús. El cardenal Ganganelli entró en el cónclave sin haberse adherido explícitamente ni al partido filojesuítico, fiel a la política practicada por Clemente XIII y capitaneado por el cardenal Torrigiani, ni al partido «zelante» moderado, conducido por el cardenal Albani, ni siquiera al poderoso «partido de las coronas», a cuyo frente estaban los cardenales españoles Solís y Spínola de la Cerda, y el francés Bernis, que gozaban del apoyo de los embajadores de España, Francia y Nápoles y estaban decididos a conseguir que el nuevo papa se comprometiera a suprimir la Compañía de Jesús. Dos meses y medio gastaron los conclavistas en propuestas y discusiones, explorando las tendencias de los papables y dando largas a la elección, hasta que a fines de abril llegaron los cardenales españoles Francisco Solís, arzobispo de Sevilla, y Buenaventura Spínola de la Cerda, patriarca de las Indias Occidentales. Después de múltiples negociaciones, combinaciones y presiones, el 19 de mayo los cardenales eligieron por unanimidad al cardenal Ganganelli, que tomó el nombre de Clemente XIV en memoria de su antecesor que le había hecho cardenal. Consagrado obispo el día 28 de mayo en la basílica de San Pedro, el 4 de junio recibió la tiara de manos del cardenal Albani y el 26 de noviembre entró en posesión de San Juan de Letrán.

La supresión de la Compañía de Jesús. Mucho se ha discutido acerca de si hizo promesa formal de suprimir la Compañía de Jesús. Promesa formal parece que no hubo y así lo afirmó el cardenal Bernis, presente en el cónclave, rechazando esa calumnia y confesando que a él le había dado buenas palabras, pero nunca una promesa formal. Lo rechazaron igualmente Cordora (*De suis ac suorum rebus*, Turín, 1933) y otros jesuitas. Con todo, el rumor de un pacto circuló como verosímil cuando ya era una realidad la abolición de la Compañía, y algunos quisieron probarlo después cuando en 1848 se dio a conocer un billete que Ganganelli había escrito en el cónclave. Pero en él solamente se afirmaba la opinión teológica de que el papa podía suprimir la Compañía de Jesús observando las reglas canónicas y, que si lo reyes lo deseaban, sería bueno complacerles. Esto podría interpretarse, a juicio de Ravignan (*Clément XIII et Clément XIV*, París, 1854, pp. 368-72), como una debilidad, pero no como un pacto formal.

Clemente XIV pensó que adoptando la política de conciliación que había practicado el papa Lambertini se captaría la benevolencia de los sobemos. El intransigente Torrigiani fue sustituido en la Secretaría de Estado por el cardenal Pallavicini, que había sido nuncio en Nápoles y Madrid; se apoyó en los consejeros personales, no buscó ayuda en los cardenales y trató de establecer relaciones directas y personales con los soberanos. Clemente XIV cosechó algunas alabanzas de las cortes, pero no consiguió que detuvieran la política anticurialista ni que dejaran de reclamar la supresión de los jesuitas. En la encíclica *Cum summi apostolatus* (12 diciembre 1769), que dirigió a los obispos y monarcas católicos, notificándoles su ascenso al trono pontificio, les manifestó su deseo de

«guardar la paz y la unión con las cortes católicas a fin de que le ayudasen contra sus enemigos, para oponerse a los progresos de la irreligión que invadía la sociedad». Fiel a su política de conciliación, sin abolir explícitamente el *Monitorio* enviado por su antecesor al duque de Parma, renunció a su aplicación, a la vez que concedió la dispensa necesaria al duque para casarse con la archiduquesa María Amalia, hija de la emperatriz María Teresa. No protestó por la abolición del derecho de asilo en Toscana (1769) y, en breve tiempo, consiguió restablecer las relaciones diplomáticas con Portugal, rotas diez años atrás. Nombró nuncio en Lisboa y premió a Pombal concediendo el capelo cardenalicio a su hermano Pablo Carvalho. Dejó de publicar la bula *In coena Domini*, que se consideraba contraria a las prerrogativas reales. Los frutos de esta política conciliadora no se dejaron esperar: se restablecieron las relaciones con Portugal, Carlos III de España revocó la pragmática que había publicado el año anterior contra los derechos de Roma y mejoraron las relaciones con Francia y Nápoles, aunque no devolvieron los territorios pontificios (Avignon, condado Venaisin, Benevento y Pontecorbo) ocupados en 1768.

A pesar de las concesiones pontificias, cada vez era más fuerte la presión de las coronas, exigiendo al papa que decretara la supresión de la Compañía de Jesús (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXVII, pp. 118-250). Clemente XIV trató de ir dando largas al asunto, y con objeto de complacer a las cortes borbónicas comenzó a tomar algunas medidas contra los jesuitas: visita al colegio romano, secularización del colegio de los irlandeses, etc. Esperó la caída de Choiseul (1770) y alguna moderación en la postura española, pero la situación internacional evolucionó en sentido contrario. La influencia de José II (1765-1790), corregente de Austria desde 1765, y de su hermana Carolina, reina de Nápoles desde 1768, indujeron a la emperatriz María Teresa, anteriormente neutral, a ponerse del lado de las coronas borbónicas; por otra parte, el primer reparto de Polonia (1772) debilitó aún más la situación de la Compañía, que de forma paradójica era sostenida por la Prusia protestante de Federico II (1740-1786) y la Rusia ortodoxa de Catalina II (1762-1796). El nombramiento de José Moñino (1727-1808), buen jurista y convencido regalista, como embajador de España en Roma el 7 de julio de 1772, precipitó la situación. La presión combinada de Moñino con los embajadores de Francia y Nápoles acabó con la resistencia del papa. El 21 de julio 1773, Clemente XIV firmó el breve *Dominus ac Redemptor*, por el que se suprimía la Compañía de Jesús, aunque no se comunicó al padre Ricci y a los asistentes de la orden hasta el 16 de agosto. El breve, después de recordar la capacidad de la Santa Sede para suprimir institutos religiosos y denunciar los abusos y desórdenes de los jesuitas, decretaba la supresión: «extinguimos y suprimimos la susodicha Compañía, anulamos y abrogamos sus oficios, ministerios, administraciones, casas, escuelas, colegios, hospicios [...], estatutos, costumbres, decretos, constituciones [...]. Es nuestra mente y voluntad que los sacerdotes sean considerados como presbíteros seculares». Para ejecutar el breve y confiscar los bienes de la Compañía en los Estados Pontificios se constituyó una comisión cardenalicia: los co-

legios fueron cerrados, el general padre Ricci y sus principales colaboradores fueron encarcelados en el castillo de Sant'Angelo, los jesuitas ordenados *in sacris* fueron secularizados, los legos reducidos al estado laical y los novicios mandados a sus casas. En las naciones católicas no hubo dificultad en la promulgación y ejecución del breve, pero sí la hubo en Prusia y en la Rusia Blanca, cuyos monarcas estaban interesados en mantener los colegios de los jesuitas. En compensación, Francia y Nápoles devolvieron al papa la jurisdicción sobre Avignon y el condado Venaissin, Benevento y Pontecorbo en los primeros meses de 1774.

El breve pontificado de Clemente XIV aparece eclipsado por la supresión de los jesuitas y la historia apenas se ha ocupado de su actuación en otros campos. Atento a las necesidades de la Iglesia, erigió varios obispados en Portugal y creó en Hungría uno de rito católico-griego, y en 1771 aprobó la instalación en España de un tribunal de la Rota para recibir apelaciones en representación de la autoridad pontificia. Al igual que su predecesor, combatió con decisión el anticristianismo de la filosofía de las luces, incluyendo en el índice las obras más representativas: *Compendio de la Historia eclesiástica de Fleury*, atribuida al abate Prades (1770), la *Histoire philosophique* de Raynal, el tratado *De l'homme* de Helvetius (1774), etc.

Como soberano del Estado pontificio, bajo la dirección del tesorero general Braschi, el futuro Pío VI, tomó algunas medidas para la reforma del sistema fiscal y el desarrollo del comercio y de la industria, se trabajó en la desecación de las lagunas pontinas, y en el invierno de 1772-1773 tuvo que hacer grandes expensas para comprar trigo y distribuirlo a los que morían de hambre por la carestía. En Roma favoreció las artes y las ciencias; para enriquecer la colección de esculturas ya existente en el Belvedere, compró valiosas antigüedades, que formaron el museo, llamado primeramente Clementino y después Pío-Clementino, por las aportaciones de Pío VI.

Después de la abolición de la Compañía de Jesús, el papa sólo vivió un año y dos meses, dudando si los móviles para extinguir la Compañía eran válidos y conducentes para el bien de la Iglesia, dado que los buenos efectos no se veían por ninguna parte. Falleció el 21 de septiembre de 1774 y fue enterrado de momento en la basílica de San Pedro, pero en 1802 fue trasladado al sepulcro que construyó Canova en la iglesia franciscana de los Santos Apóstoles. El agente imperial escribía el 2 de octubre que «a la muerte de Clemente XIV la situación de la Santa Sede quedó en total confusión, efecto necesario de la inercia del papa en materia de negocios y la versatilidad y caprichos de sus pocos favoritos, tan ineptos como cínicos, que todo lo tenían en sus manos» (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXVII, p. 465). Entre los mismos cardenales había muchos que estaban descontentos del gobierno débil de Ganganelli, pero como las cortes borbónicas y sus aliados estaban firmemente resueltas a no cambiar de política, el horizonte de la Iglesia aparecía oscurecido.

Pío VI (15 febrero 1775 - 29 agosto 1799)

Personalidad y carrera eclesiástica. Juan Ángel Braschi nació en Cesena el 25 de diciembre de 1717. Hijo del conde Marco Aurelio y Ana Teresa Bandi, familia noble venida a menos, fue educado junto a los jesuitas en el colegio romano y consiguió la licenciatura en ambos derechos (1735). Pasó después a Ferrara para ampliar estudios en la universidad, bajo la protección de su tío materno Juan Carlos Bandi, que era auditor del legado pontificio cardenal Ruffo, y al poco tiempo fue nombrado secretario del cardenal. Acompañó a éste al cónclave en el que se eligió papa a Benedicto XIV (1740), que designó al cardenal Ruffo decano del sacro colegio y obispo subvicario de Ostia y Velletri, y Braschi ascendió al puesto de auditor del cardenal, sucediendo a su tío que había sido nombrado obispo. En el desempeño de su nuevo cargo se ocupó de la administración de los dos obispados y el papa le encargó solucionar algunos conflictos de tipo jurisdiccional surgidos entre Roma y Nápoles. Braschi desarrolló su cometido a satisfacción del papa y le nombró camarero secreto, y después de la muerte del cardenal Ruffo en 1753, secretario particular, canónigo de San Pedro y refrendatario de la Signatura. En 1758 se ordenó de presbítero y, al año siguiente, después de la elección de Clemente XIII, su sobrino, el cardenal Carlos Rezzonico le hizo su auditor y secretario. En 1766 Clemente XIII le nombró tesorero de la Cámara apostólica (auténtico ministro de finanzas) y trató de sanear las finanzas del Estado pontificio y potenciar la actividad económica, que continuará después siendo papa. El 26 de abril de 1773 Clemente XIV le creó cardenal del título de San Onofrio y abad comendatario del monasterio de Subiaco.

El 5 de octubre de 1774 se reunió el cónclave que debía nombrar sucesor a Clemente XIV y, una vez más, el colegio cardenalicio se encontraba dividido: los *zelanti* anhelaban un papa que defendiese la inmunidad de la Iglesia, liberándola de la servidumbre en la que la tenían los gobiernos; enfrente se movía el partido de las cortes borbónicas, que rechazaban cualquier candidato filojesuita; y en medio oscilaba el partido de los independientes, dispuestos a unirse a uno u otro según las circunstancias. Francia y España abogaron por la candidatura de Pallavicini, secretario de Estado de Clemente XIV, pero fue rechazada por Viena. Entonces, el cardenal Albani, jefe de los *zelanti*, destacó la figura del cardenal Braschi, que figuraba entre los independientes y parecía la única solución. Apoyado por las cortes borbónicas, fue elegido papa en la mañana del 15 de febrero de 1775, a pesar de la oposición de Portugal. Escogió el nombre de Pío VI, en recuerdo de san Pío V y al que se proponía imitar en su pontificado; fue coronado el 22 de febrero y el 30 de noviembre tomó posesión de San Juan de Letrán.

El nuevo papa era irreprochable en su conducta y se hacía notar por su prudencia en el gobierno, su elegancia y la afición a la solemnidad y al fausto. «*Tanto é bello quanto é santo*», decía el pueblo romano de Pío VI. El único vicio que se le notó fue el nepotismo, que parecía desterrado ya de la corte romana. Monumento perenne de aquel nepotismo fue el palacio Braschi, que le-

vantó el sobrino del papa con el dinero pontificio. Su largo pontificado fue también atormentado y se desarrolló durante un período de profundas crisis para la Iglesia católica, atacada primero por las reformas de los ilustrados y después por la Revolución francesa.

La defensa de la integridad doctrinal. En su primera encíclica *Inscrutabile divinae sapientiae* (25 diciembre 1775) hizo una dura condena del movimiento ilustrado, afirmando que le aterraba el estado actual del pueblo cristiano por causa de «esos filósofos perversos que intentan disolverlo todo, gritando hasta la náusea que el hombre nace libre», y amenazan con romper la tradicional concordia entre los Estados y la Iglesia. Al mismo tiempo, asustado ante las infiltraciones liberales en el Estado pontificio, usó de su autoridad contra los judíos prohibiéndoles leer el *Talmud* y los libros que contuviesen afirmaciones anticristianas, y para poder adquirir o poseer cualquier otro libro tenían que someterlo al *nihil obstat* eclesiástico. También condenó en 1778 las tendencias cismáticas de la Iglesia de Utrecht, siguiendo el ejemplo de Benedicto XIV y Clemente XIII; en 1786 volvió a condenar la doctrina de Febronio y en 1792 puso en el *Index* las *Institutiones theologicae* (conocida como *Theologia Lugdunensis*) del oratoriano francés Valla, por sus resabios jansenistas y galicanos. A pesar de su intransigencia doctrinal, en los primeros años de su pontificado practicó una hábil política para superar las disensiones en el interior de la Iglesia y recuperar la unidad del catolicismo en torno a la autoridad papal. Sin embargo, la acentuación del absolutismo y del primado pontificio le condujo al enfrentamiento con los jansenistas. Para potenciar la propaganda católica el papa apoyó la publicación del *Giornale ecclesiastico di Roma*, que se convirtió en el órgano oficioso del papado y fue uno de los instrumentos más eficaces para la defensa de la doctrina católica (G. Pignatelli, *Aspetti della propaganda cattolica da Pio VI a Leone XII*, Roma, 1974).

Las relaciones con buena parte de los Estados católicos no fueron fáciles por problemas doctrinales y jurisdiccionales. En Italia, el papa encontró las mayores dificultades en Toscana, donde el gran duque, Leopoldo de Austria (1765-1790), que venía practicando una política eclesiástica jurisdiccionalista desde 1769, inició en 1778 una reforma religiosa de signo episcopalista con la ayuda del obispo de Pistoia, que culminó en los «cincuenta puntos eclesiásticos» (carta magna del reformismo leopoldino) que envió a los obispos en 1786 y en el sínodo de Pistoia (1786), donde se acordaron reformas radicales (M. Batllori, *El concíabulo de Pistoia*, Roma, 1954). Como al año siguiente, en el sínodo nacional celebrado en Florencia, casi todos los obispos rechazasen tales reformas, Leopoldo disolvió la asamblea y continuó las reformas por su cuenta. Su nombramiento para el trono imperial en 1790 comportó un cambio rápido en Toscana. El obispo de Pistoia tuvo que renunciar a su sede en 1791 y Pío VI condenó en 1794, con la bula *Auctorem fidei*, 85 proposiciones del sínodo de Pistoia. En Nápoles, la acentuación de la política jurisdiccionalista en la década de los ochenta y la negativa de seguir prestando el secular tributo de vasallaje de la *chinea* al papa, situaron las relaciones al borde de la ruptura.

El reformismo religioso en ninguna parte fue tan sistemático como en la Austria de José II (1780-1790). El objetivo eclesiástico-político del «josefinismo» era la plena subordinación de la Iglesia al Estado, es decir, José II quería lograr un especie de Iglesia nacional con la mayor independencia de Roma. En 1781 comenzó las reformas con el decreto sobre la tolerancia y las disposiciones sobre las dispensas matrimoniales; en 1782 decretó la supresión de los conventos y la aplicación de sus bienes a un «fondo para la religión», reforma de las cofradías, reducción de las fiestas, etc. Ante este proceder, Pío VI se decidió a realizar un viaje a Viena para frenar las reformas del emperador (1782). José II recibió al papa con toda magnificencia, pero apenas le hizo concesiones en los asuntos eclesiásticos. El éxito del viaje estuvo en el entusiasmo y veneración que el pueblo tributó al pontífice. José II continuó dando disposiciones sobre la formación del clero, la creación y dotación de parroquias, límites de las diócesis, ceremonias litúrgicas, etc., con tanta minucia que Federico II de Prusia le puso el apodo de «hermano sacristán» (L. Pastor, *Historia de los papas*, XXXVIII, pp. 357-407). Ante la creación de una nunciatura en Munich (1785), a instancias del príncipe elector de Baviera, los arzobispos de Colonia, Tréveris, Maguncia y Salzburgo se sintieron mermados en sus derechos y acudieron al emperador (1786), y en la declaración de principios de Ems formularon un plan de Iglesia alemana que eliminaba los recursos a Roma, las exenciones y la jurisdicción de los nuncios.

Mejores fueron las relaciones con Portugal, pues a la muerte de José I (1777), su hija María (1777-1807) destituyó a Pombal y frenó la política regalista. En España continuó con gran vitalidad la política de reformas religiosas hasta la muerte de Carlos III (1788). Pero los gobiernos de Carlos IV (1788-1808) carecieron de la sensibilidad religiosa patente en el reinado anterior y los problemas fundamentales que se ventilaron con Roma obedecían más a motivaciones políticas y económicas que eclesiales.

Gran dinamismo desplegó Pío VI en el gobierno del Estado pontificio durante los años de paz, tanto en el campo de las artes como de la administración. Fue un gran mecenas de las letras y de las artes. Creó nuevas cátedras en la Universidad de Roma. Sin ser erudito, tenía gustos de bibliófilo y de arqueólogo, coleccionó libros selectos, grabados y medallas; animó al cardenal Lorenzana en sus labores de editor de los Padres y concilios toledanos; apoyó al ex jesuita Zaccaría, apologista del pontificado, nombrándolo profesor de historia eclesiástica en la Sapienza y presidente de la Academia de nobles eclesiásticos de Roma; al dominico Mamachi, erudito en antigüedades y director de la Biblioteca Casanatense, le nombró secretario de la Congregación del índice; al barnabita Gerdil, filósofo y científico, le concedió el capelo cardenalicio. Con igual dignidad condecoró en 1785 a Garampi, que siendo prefecto del Archivo Vaticano, emprendió la ardua tarea de su catalogación. Al cardenal Zelada le hizo bibliotecario de la Vaticana, enriquecida por el papa con preciosos códices manuscritos. Enriqueció con ricas piezas el museo Pío-Clementino, y Ennio Quirino Visconti, uno de los fundadores de la ciencia arqueológica, ofreció al

papa su obra monumental sobre la *Descrizione del Museo Pio-Clementino* en siete volúmenes, el primero de los cuales (obra de Visconti padre) está dedicado a Pío VI, «patrono de las artes». Los tres obeliscos egipcios descubiertos fueron colocados en la plaza del Quirinal, en la de Trinitá dei Monti y en la de Montecitorio. A Canova le encargó el monumeto funerario de Clemente XIII, y mandó construir una sacristía para la basílica de San Pedro, digna de tan grandioso templo.

Como soberano del Estado pontificio, en los años pacíficos de su pontificado llevó a cabo un programa de reformas que, por primera vez, constituyeron un plan orgánico para llevar a cabo la modernización de la economía y de la administración. En el ámbito económico, la primera preocupación fue la de sanear las finanzas y disminuir el elevado déficit público acumulado, preocupándose también por la modernización de la agricultura y de las técnicas agrícolas, favoreciendo la difusión de la publicística económica y la fundación de academias agrarias. En el campo de la administración llevó a cabo un programa de centralización y unificación contra los privilegios y ordenamientos particulares, que no siempre tuvo éxito, y que sería continuado y desarrollado durante la república. Uno de los proyectos de más envergadura que realizó fue el esfuerzo por sanear las *paludes pontinas*, terrenos pantanosos situados en el litoral tirreno entre Cistena y Terracina. A fuerza de mucho trabajo y grandes inversiones logró, si no la plena desecación de aquellas tierras (esto sólo se consiguió en el gobierno de Mussolini), sí de una parte importante, que Vicente Monti celebró en su poema histórico-mitológico *La Feroniade*.

La Revolución francesa. La segunda etapa del largo pontificado de Pío VI fue más trágica y dolorosa, al tener que sufrir las consecuencias de la Revolución francesa (O. Chauwick, *The Popes and the European Revolution*, Oxford, 1981). En un primer momento, Pío VI se mostró cauto ante las medidas que la Asamblea constituyente tomó en materia religiosa; pero, después de la promulgación de la constitución civil del clero (12 julio 1790) y la imposición a los eclesiásticos de un juramento de fidelidad a la nueva ley, con el breve *Quod aliquantum* de 10 de marzo de 1791 condenó en bloque todo lo decretado por la Asamblea en materia eclesiástica, y por otro breve del 13 de abril suspendió a todos los clérigos que hubiesen prestado el juramento y anuló las elecciones episcopales que se habían hecho sin su consentimiento. En mayo del mismo año, el nuncio abandonó París y las relaciones diplomáticas se consideraron oficialmente rotas. Como reacción, Francia ocupó y se anexionó los territorios pontificios de Avignon y del condado Venaissin, sin hacer caso a las protestas del papa. La emigración de un elevado número de eclesiásticos al Estado pontificio, la ejecución de Luis XVI (1774-1793) y los progresos de la descristianización de Francia, agudizó aún más las relaciones entre Roma y la Revolución. En el Estado pontificio, al igual que en otros países católicos, se desarrolló una publicística que presentaba a la Revolución como obra satánica y resultado de un vasto complot anticatólico. Tales escritos, ante la invasión de Italia por Napoleón, y a pesar de la oficial neutralidad del Estado pontificio, llamaban a los

pueblos y a los gobiernos a la cruzada y a la guerra santa contra los franceses en defensa de la religión. Esta publicística alimentó la movilización popular contra Francia, pero no detuvo a Napoleón, que obligó al papa a firmar el humillante armisticio de Bolonia (23 junio 1796), que comprometía al papa a renunciar a Bolonia, Ferrara y Ancona, y a entregar 21 millones de escudos, 500 preciosos manuscritos y 100 obras maestras de escultura clásica y pintura renacentista. Como el papa se aliase después con Austria, los franceses invadieron el Estado pontificio y, ante la imposibilidad de resistir, tuvo que firmar el tratado de paz de Tolentino (10 febrero 1797), que costó a Pío VI la cesión definitiva de Avignon y Venaissin, la renuncia a las legaciones de Bolonia, Ferrara y Romagna, y la entrega de 46 millones de escudos y numerosas obras de arte.

No por esto reinó la paz en los Estados de la Iglesia, soliviantados por partidarios de la Revolución. La muerte del general Duphot en un tumulto callejero de Roma sirvió de pretexto para que el general Berthier, en nombre de Napoleón, ocupase la ciudad de Roma el 15 de febrero de 1798. En el Capitolio se depuso a Pío VI como soberano temporal y se proclamó la república romana. En seguida fueron ocupados el Quirinal y el Vaticano, embargados los archivos y arrestado el papa. Pío VI fue condenado al exilio y el 20 de febrero abandonó Roma. Después de una estancia en Siena, fue recluido en la cartuja de Florencia, donde continuó ocupándose de los asuntos religiosos y tomando medidas en interés de la Iglesia y de sus súbditos. El 13 de noviembre de 1798 dictó la bula *Quum nos*, dando disposiciones para el caso de sede vacante y sobre el futuro cónclave. En marzo de 1799 el papa fue trasladado a Parma y luego a Turín, y después, a fines del año, aquel anciano de 81 años, seriamente enfermo, fue portado en una silla de manos, a través de los Alpes hasta Briancon (Francia), y no creyéndolo seguro de algún golpe de mano de los austríacos lo llevaron a Valence, donde llegó el 13 de julio de 1799. Allí acabó su peregrinación de sufrimientos, pues murió el 29 de agosto de 1799. El cuerpo de Pío VI fue embalsamado y encerrado en una caja de plomo, pero sus restos sólo llegaron a Roma en febrero de 1802. A su muerte, Napoleón escribió que la «vieja máquina de la Iglesia se deshará por sí sola», pero los atropellos contra el anciano Pío VI y los desórdenes revolucionarios hicieron que aflorasen por doquier simpatías hacia el papado y se produjera una recuperación del catolicismo.